



JOSTEIN GAARDER

**El vendedor
de cuentos**

Siruela Biblioteca Gaarder

JOSTEIN GAARDER

El vendedor de cuentos

 **Siruela**

**EL VENDEDOR
DE CUENTOS**

JOSTEIN GAARDER

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Biblioteca Gaarder Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

El vendedor de cuentos

Petter el Araña

María

Ayuda al Escritor

La escritura en la pared

Beate

Créditos

EL VENDEDOR DE CUENTOS

...opino que se ha llegado a tal extremo –en el sentido intelectual, quiero decir– que podría pensarse en hacer una pequeña pausa cultural y descansar sobre lo que se ha conseguido, es decir, digerir lo que se ha ingerido.

Johan E. Mellbye, diputado al Parlamento noruego
(Partido Agrario)
2 de mayo de 1927

Desconectarse del mundo mediático y de los que dirigen la cultura es como introducirse en otro mundo, un mundo mágico. Es como retroceder a la realidad.

Pasaron ya los tiempos de los sueños.

Håvard Simensen, jurista y periodista
(Diario *Aftenposten*)
18 de agosto de 2001

Me hierve la cabeza. Estoy preñado de cientos de ideas nuevas que emergen a la superficie sin cesar.

Tal vez sea posible, en cierta medida, controlar los pensamientos, pero difícilmente se podrá dejar de pensar. Mi alma rebosa de formulaciones divertidas, soy incapaz de conservarlas antes de que nuevas ocurrencias las repriman. No logro distinguir un pensamiento de otro.

Rara vez consigo recordar lo que he pensado. Antes de que me dé tiempo a reflexionar sobre una idea, suele fundirse, transformándose en una idea aún mejor, pero también es ésta tan fugaz en su naturaleza que tengo que esforzarme por salvarla de la erupción volcánica de nuevas ocurrencias...

Una vez más mi cabeza está saturada de voces. Me persigue un iracundo enjambre de almas que utilizan las células de mi cerebro para charlar entre ellas. No dispongo de la serenidad suficiente para alojarlo todo, de modo que me veo obligado a vaciarme de algo. Tengo un considerable excedente espiritual, y por ello he de vaciarme una y otra vez. Cada cierto tiempo me veo obligado a sentarme con lápiz y papel para evacuar me de pensamientos...

Al despertarme hace unas horas, estaba seguro de haber formulado la frase más adecuada de la existencia. Ya no estoy tan seguro, pero al menos he otorgado a ese aforismo virgen un lugar destacado en la libreta de notas. Estoy convencido de que se podrá vender por una buena cena. Si logro vendérselo a una persona que ya tiene un nombre, tal vez entre directo en la próxima edición de Frases inspiradas.

Por fin he decidido lo que quiero ser. Seguiré haciendo lo que he hecho siempre, pero a partir de ahora voy a vivir de ello. No siento la necesidad de hacerme famoso, lo cual es una premisa importante, pero podré llegar a ser muy rico.

Siento nostalgia al ojear el viejo diario. Las anteriores citas están fechadas los días 10 y 12 de diciembre de 1971, cuando tenía diecinueve años. María se había marchado a Estocolmo unas semanas antes, estaba embarazada de tres o cuatro semanas. En los años siguientes nos vimos en algunas ocasiones, pero ahora hace veintiséis años que la vi por última vez. No sé dónde vive, y ni siquiera sé si vive.

Debería verme ahora. He tenido que tomar temprano un avión para escapar de todo. La presión exterior ha llegado por fin al nivel de la presión interior, así hay equilibrio. Ahora pienso con más claridad. Si actúo con prudencia, es probable que pueda vivir aquí unas semanas, antes de que se me cierre la red en serio.

Puedo estar contento de haber salido sano y salvo de la feria del libro. Me siguieron hasta el aeropuerto, pero no habrán podido averiguar en qué avión volaba. Me hice con el primer asiento libre que salía de Bolonia. ¿Pero sabe usted dónde quiere ir? Contesté que no. Sólo quiero salir de aquí en el primer avión, dije. La joven puso cara de sorpresa, luego se echó a reír. No son ustedes muchos, dijo, pero créame, cada vez son más. Y al darme el billete añadió: ¡Felices vacaciones! Seguramente se las ha merecido...

Si ella hubiera sabido... Si ella hubiera sabido lo que me merecía...

Veinte minutos después del despegue, salió otro avión para Frankfurt. Yo no iba en ese avión. Pensarían que iba a casa, a Oslo, con el rabo entre las piernas. Pero el que va con el rabo entre las piernas no hace siempre bien en coger el camino más corto a casa.

Aquí me alojo en un antiguo albergue junto a la costa. Estoy mirando el mar, en un saliente hay una vieja torre árabe. Veo a los pescadores en sus barcas azules, algunos están aún en la cala recogiendo las redes, otros van camino del muelle con la captura del día.

El suelo está cubierto de baldosas de cerámica. Las siento frías bajo los pies. Me he puesto tres pares de calcetines, pero no sirven contra los gélidos azulejos. Si la situación no mejora, arrancaré la colcha de la gran cama y la pondré doblada debajo del escritorio, a modo de cojín para los pies.

Acabé aquí de pura casualidad. Ese primer avión de Bolonia podría haber tenido como destino Londres o París, por eso considero aún más significativo el hecho de estar escribiendo en un viejo escritorio donde hace mucho tiempo lo hizo otro noruego, también él en una especie de exilio. Me encuentro en una de las primeras localidades de Europa que empezó a producir papel. Las ruinas de los viejos molinos aún se ven como perlas ensartadas por el valle. Por supuesto, iré a verlos, pero debo pasar la mayor parte del tiempo en el hotel. He elegido pensión completa.

Es poco probable que por estos lares alguien haya oído hablar de El Araña. Aquí todo trata de limones y turismo, pero, por fortuna, estamos fuera de temporada. Algún turista que otro pasea por la orilla del mar, pero aún no hace tiempo para bañarse, y a los limones les queda todavía algunas semanas en los árboles.

Hay teléfono en la habitación, pero no tengo amigos con quienes sincerarme, ni los he tenido desde que se marchó María. Y claro, tampoco soy una persona amable, ni se podrá decir de mí que soy un hombre de bien, pero al menos tengo un conocido que no desea mi muerte. Me dijo que había visto un artículo en el *Corriere della Sera*, y que parecía que todo estaba a punto de desmoronarse. Fue entonces cuando decidí marcharme temprano a la mañana siguiente. En el viaje hasta aquí tuve tiempo para repasar los acontecimientos. Sólo yo conozco el verdadero alcance de mi actividad.

He decidido contarlo todo. Escribo con el fin de entenderme a mí mismo, y escribiré con tanta sinceridad como sea capaz. Eso no significa que sea una persona que se ajuste a la verdad. Quien se hace pasar por una persona que se ajusta a la verdad en algo que escribe sobre su propia vida y obra, suele haber naufragado ya antes de hacerse a la mar.

Mientras estoy aquí pensando, hay un hombrecillo paseándose por la habitación. No mide más de un metro, pero se trata de un adulto. Lleva un traje gris oscuro, zapatos de charol negro, un picudo sombrero verde de fieltro y agita un pequeño bastón de bambú. De vez en cuando me señala con el bastón, lo que significa que debo apresurarme a comenzar a relatar mi historia.

Es el hombrecillo del sombrero de fieltro el que me ha azuzado para que confiese todo lo que recuerdo.

Cuando mis memorias estén publicadas, será un poco más difícil matarme. El mero rumor de que las memorias están en camino desanimaría al más osado. Me ocuparé personalmente de sembrar tales rumores.

Unas cuantas casetes de dictáfono están a salvo en la caja fuerte de un banco. Ya está dicho, no digo dónde, pero mantengo en orden mis asuntos. En las casetes he recogido cerca de cien voces, lo que significa que el mismo número de personas ha confesado tener un motivo para asesinarme. Algunas me han amenazado sin rodeos, y todo está en las casetes, numeradas del I al XXXVIII. Además, he ideado un ingenioso registro por el que resulta fácil rebobinar hasta una voz determinada. He sido previsor, algunos di - rían astuto. Estoy seguro de que han sido los rumores sobre las casetes lo que me ha salvado la vida durante el último par de años. Al ser complementadas con las presentes anotaciones, esas pequeñas maravillas tendrán un valor añadido.

No pretendo decir que mis confesiones me sirvan de salvoconducto, tampoco lo son las casetes. Me imagino que iré a Sudamérica o a algún lugar de Oriente. Por el momento, me limito a soñar con una isla del Pacífico. De todos modos estoy aislado, siempre lo he estado. Me parece más triste estar aislado en una gran ciudad que en una pequeña isla del Pacífico.

Me convertí en un hombre acaudalado. No me extraña. Puede que haya sido el primero de la historia en esta profesión, al menos con esta envergadura. El mercado ha sido ilimitado, y nunca me ha faltado mercancía para vender. El negocio no ha sido ilegal, incluso he conseguido pagar impuestos. Además, he vivido con tanta modestia que podría pagar una considerable suma de impuestos atrasados, si se diera el caso. Las transacciones tampoco han sido ilegales para los clientes, sólo vergonzosas.

Sé que a partir de hoy seré un proscrito, y por ello más pobre que la mayoría. Pero no habría cambiado mi vida por la de un profesor de instituto, ni tampoco por la de un escritor. Dudo que hubiera sido capaz de vivir una sola vida.

El hombrecillo me está poniendo nervioso. La única manera de olvidarme de él es apresurarme con la escritura. Empezaré desde tan atrás como sea capaz de recordar.

Petter el Araña

Creo que tuve una infancia feliz. Mi madre no lo creía. Fue informada de la conducta asocial de su Petter incluso antes de que éste comenzara el colegio.

La primera vez que citaron a mi madre para mantener una charla seria sobre mí fue en la guardería, porque llevaba toda la mañana mirando jugar a los demás, pero no estaba ni triste ni incómodo. Me divertía ver lo intensamente que vivían mis compañeros. A muchos niños les divierte contemplar gatitos, canarios o hámsters. A mí también, pero me resultaba aún más divertido contemplar a niños de verdad. Además, era yo quien los dirigía, el que decidía todo lo que decían o hacían. Ellos no lo sabían, ni tampoco la profesora. Algunas veces tenía mucha fiebre y me veía obligado a quedarme en casa, escuchando las cotizaciones en bolsa por la radio. Esos días no ocurría nada en la guardería. Los niños se limitaban a quitarse y ponerse sus monos. No los envidiaba. Creo que ni siquiera se comían el sándwich.

A mi padre sólo lo veía los domingos. Solíamos ir al circo. El circo estaba bastante bien, pero, al volver a casa, me ponía a planificar el mío propio. Era mucho mejor. Todo esto era antes de saber escribir, pero construí mi propio circo en la cabeza. No era muy difícil. También lo dibujaba, no sólo la carpa y las jaulas, sino también todos los animales y artistas. Eso sí era difícil. No era buen dibujante. Dejé de dibujar mucho antes de comenzar el colegio.

Estaba sentado en la enorme alfombra sin mover un dedo, y mi madre me preguntó varias veces en qué estaba pensando. Dije que estaba jugando al circo, lo cual era verdad. Me preguntó si quería que jugáramos a otra cosa.

La niña que cuelga del trapecio se llama Panina Manina, dije. Es la hija del director del circo. Pero nadie en el circo lo sabe, ni siquiera ella, ni tampoco el director.

Mi madre escuchaba con atención, bajó el volumen de la radio y yo proseguí: Un día se cae del trapecio y se desnuda, es la última función, cuando ya no queda más gente en la ciudad que quiera ir al circo. El director del circo se inclina sobre la desgraciada niña y descubre la fina cadena que lleva al cuello. De la cadena cuelga un amuleto de ámbar, y dentro del amuleto hay una araña que tiene millones de años. Entonces el director del circo se da cuenta de que Panina Manina es su hija, porque él mismo le compró ese raro amuleto el día en que la niña nació.

Así que por lo menos sabía que tenía una hija, objetó mi madre.

Pero él creía que la niña se había ahogado, expliqué, porque la hija del

director del circo se cayó al río Aker cuando tenía un año y medio. Entonces se llamaba simplemente Anne Lise. El director del circo no sabía que seguía viva.

Mi madre abrió los ojos de par en par. Daba la impresión de no creerse lo que le estaba contando, por eso añadí: Pero, por fortuna, una pitonisa que vivía sola en una caravana de color rosa en Nydalen la rescató del agua helada. Y desde ese día, la hija del director del circo vivió en la caravana con la pitonisa.

Mi madre se había encendido un cigarrillo. Estaba en medio de la habitación exhibiendo un ajustado traje de chaqueta. ¿De verdad vivían en una caravana?

Asentí con la cabeza. La hija del director del circo había vivido en una caravana desde que nació, por eso le hubiera resultado muy extraño mudarse a un piso moderno en un bloque de Frysja. La pitonisa no sabía cómo se llamaba la niña, pero le puso de nombre Panina Manina, y ése es el nombre que ha tenido hasta hoy.

¿Y cómo volvió al circo?, preguntó mi madre.

No creo que sea muy difícil de entender, dije; cuando se hizo mayor, fue por su propio pie al circo. No le resultó complicado, ¡pues sucedió antes de quedarse inválida!

Pero es imposible que pudiera recordar que su padre era el director del circo, protestó mi madre.

Me sentí abatido. No era la primera vez que mi madre me decepcionaba, a veces podía llegar a ser bastante simple.

Ya hemos hablado de eso, señalé. Te he dicho que ella no sabía que era la hija del director del circo, ni él tampoco. Evidentemente, no podía reconocer a su propia hija, ya que no la veía desde que tenía año y medio.

Llegado a este punto, mi madre pensó que me detendría a pensar en cómo seguir, pero no fue así. Continué: El mismo día en que la pitonisa recogió del río a la hija del director del circo, miró fijamente su bola de cristal y predijo que la niña llegaría a ser una famosa artista de circo, así que Panina Manina se fue un buen día al circo por su propio pie, porque ya sabes que todo lo que una pitonisa ve en su bola de cristal se cumple. Por eso la pitonisa le puso a la niña un nombre circense; y para curarse en salud, le enseñó algunas valiosas artes del trapecio.

Mi madre había apagado el cigarrillo en un cenicero que había sobre el piano verde. Dijo: Pero ¿por qué tuvo que enseñarle la pitonisa...?

La interrumpí: Cuando Panina Manina llegó al circo y mostró sus artes, enseguida le dieron trabajo, y en poco tiempo era más famosa que Abbott y Costello. Pero el director del circo seguía sin saber que era su hija. Si lo hubiera sabido, no le habría permitido hacer todos esos peligrosos ejercicios en el trapecio.

Creo que me doy por vencida, dijo mi madre. ¿Damos un paseo por el

parque?

Pero yo proseguí: Además, la pitonisa había visto en la bola de cristal que Panina Manina se rompería la nuca en el circo, y nadie puede hacer nada contra una verdadera profecía. Por eso cogió sus bártulos y se mudó a Suecia.

Mi madre había ido a la cocina a por algo. Ahora estaba de nuevo delante del piano con un gran repollo en las manos. Al menos no era una bola de cristal. Se había quedado estupefacta: ¿Por qué se mudó a Suecia?

Ya había reflexionado sobre ese punto, y contesté: Porque así no tendría que discutir con el director del circo sobre con quién de ellos viviría Panina Manina cuando se rompiera la nuca y no pudiera valerse por sí misma.

¿La pitonisa sabía que el director del circo era el padre de la niña?, preguntó mi madre.

No hasta que Panina Manina iba camino del circo, expliqué. En ese momento, y no antes, vio en la bola de cristal que la chica se reuniría con su padre en cuanto se rompiera la nuca, así que era mejor que cogiera la caravana y se mudara a Suecia. Le pareció muy bien que Panina Manina volviera por fin a reunirse con su padre, pero no le pareció tan bien que tuviera que romperse la nuca para que él la reconociera.

No sabía cómo seguir, no porque fuera difícil sino por todo lo contrario: porque había muchas posibilidades entre las que escoger. Dije: Ahora, Panina Manina está sentada en una silla de ruedas en el circo, vendiendo algodón de azúcar. Es un algodón de azúcar hecho de una manera tan especial que todos los que lo comen se ríen tanto de los payasos que casi pierden el aliento. Y una vez hubo un niño que lo perdió. Le pareció muy divertido reírse de los payasos, pero no tanto perder el aliento.

En realidad, el cuento sobre Panina Manina acabó ahí, pues ya había empezado a contar la historia del niño que se rió tanto que perdió el aliento. Además, tenía muchos más artistas del circo en que pensar, pues era responsable de todo el circo.

Eso no lo sabía mi madre. Preguntó: Panina Manina también tendría una madre, ¿no?

No, contesté creo que gritando. ¡Porque había muerto!

Y entonces me eché a llorar. Puede que me pasara una hora entera llorando. Como siempre, mi madre me consoló. No lloraba porque la historia fuera triste. Lloraba porque me daba miedo mi propia imaginación. También me daba miedo el hombrecillo del bastón de bambú. Él había estado sentado en el puf persa mirando los discos de mi madre mientras yo contaba la historia, pero ahora se había puesto a andar por la habitación. Sólo yo podía verlo.

Al hombrecillo del sombrero verde lo vi por primera vez en un sueño, pero

salió del sueño y desde entonces me ha perseguido por la vida. Cree que es él quien decide sobre mí.

Resultaba demasiado fácil imaginarse cosas, era como bailar sobre una fina capa de hielo, como hacer divertidas piruetas en una frágil membrana sobre «setenta mil fanegas de profundidad». Siempre había algo frío y oscuro amenazando bajo la superficie.

Nunca me ha resultado difícil distinguir entre fantasía y realidad. El problema ha sido distinguir entre imaginación recordada y realidad recordada. Eso es algo muy distinto. Siempre sabía diferenciar entre lo que me había inventado y lo que realmente había observado o vivido. Pero conforme avanza el tiempo, puede resultar complicado distinguir entre los sucesos reales y los inventados. La memoria no tiene compartimentos para cosas que he visto y oído y para cosas que he imaginado. No tengo más que un solo recuerdo, y en él deben tener cabida tanto las impresiones sensoriales del pasado como la vida imaginada. Y las dos juntas constituyen lo que se llama memoria. Sin embargo, a veces pienso que es la memoria la que me falla cuando de vez en cuando se mezclan las dos categorías. En el mejor de los casos, se trata de una formulación poco precisa. Cuando recuerdo algo como realmente vivido, aunque sólo sea algo que haya soñado, es porque mi memoria es demasiado buena. Siempre he considerado un triunfo de la memoria el ser capaz de recordar sucesos que sólo han tenido lugar en mi imaginación.

Pasaba mucho tiempo solo en casa. Mi madre trabajaba en el Ayuntamiento hasta bastante avanzada la tarde y algunas veces iba luego a visitar a sus amigas. Jamás tuve amigos, me pareció mejor así. Hacer cosas con amigos no era nada comparado con todo lo que podía inventar conmigo mismo.

Siempre me he sentido mejor en mi propia compañía. Las pocas veces que recuerdo haberme aburrido en la infancia, estaba en compañía de alguien de mi edad. Lo recuerdo como un juego lento y pesado. A veces decía que me tenía que ir a casa porque esperaba visita. No era verdad.

No olvidaré la primera vez que unos chicos llamaron a la puerta para preguntar si quería salir a jugar con ellos. Llevaban la ropa sucia, uno de ellos tenía mocos, y me preguntaron si quería jugar a indios y vaqueros. Debí de inventarme que tenía dolor de estómago o quizá les di alguna explicación más elegante. No le veía ningún sentido a jugar a vaqueros e indios entre tanto coche y ropa tendida. A eso jugaba yo mucho mejor en mi imaginación, donde había verdaderos caballos y tomahawks, rifles, flechas y arcos, vaqueros, jefes

indios y brujos. Sin mover un dedo, era capaz de estar sentado en la cocina o en el cuarto de estar y escenificar las más fantásticas batallas entre indios y blancos. Yo siempre tomaba partido por los indios. Hoy casi todo el mundo toma partido por los indios ya, un poco demasiado tarde, en mi opinión. Ya a los tres o cuatro años procuré oponer a los yanquis una firme resistencia. Si no hubiera sido por mis esfuerzos, tal vez no habría hoy en día ni una sola reserva india.

Los chicos volvieron a intentar hacerme salir muchas veces, querían que participara en toda clase de juegos, como el fútbol o soplar serbas en tubos de cristal. Pero pronto dejaron de darme la lata. Ya no subían a llamar a la puerta. De hecho, creo que nadie llamó después de cumplir los ocho o nueve años. Alguna que otra vez me sentaba en una silla tras la persiana de la cocina a espiar a mis coetáneos. En ocasiones resultaba entretenido, pero nunca sentí la necesidad de estar con ellos.

Sólo la pubertad rompió este esquema. A partir de los doce años había muchas cosas que me hubiera gustado hacer con una chica de mi edad, y tampoco me hubiera importado que ella fuera mayor. El deseo me ponía tenso, pero nunca vino ninguna chica a llamar a la puerta preguntando si quería salir. No me hubiera importado nada acompañar a alguna chica de las que me gustaban a un paseo por el bosque o a la charca de las salamandras.

No me sentí solo hasta que hubo algo que echar de menos. La soledad y la añoranza son dos aspectos de la misma cosa.

Cuando estaba solo en casa usaba mucho el teléfono, y únicamente para lo que solía denominar «gamberradas telefónicas». En un lugar preferente de esa clase de llamadas estaban las que hacía a radiotaxi. Una vez llamé para pedir hasta seis taxis a la misma dirección: la casa de enfrente. Me lo pasé muy bien sentado delante de la ventana de la cocina mirando todos los coches que acudían. Los taxistas salieron de los coches y se pusieron a charlar, seguramente pensando que iban a recoger a todos los invitados de una gran fiesta. Al final, uno de ellos entró y llamó a un piso de la planta baja, pero allí no vivía ninguna señora Nielsen. Ellos no lo sabían, pero yo sí. Agitaron los brazos antes de volver a meterse en los coches y salir pitando. Uno de ellos permaneció un rato mirando a su alrededor, como si se encontrara en un gran escenario, pero no se veía público alguno. Tal vez pensara que sólo Dios lo veía. Yo lo estaba observando a través de las láminas de la persiana, sonriendo. Fui a beber un trago de zumo de naranja y el hombre seguía sin moverse de allí. Al menos podría haberse metido en el coche a apagar el taxímetro. También me divertía llamar y pedir taxis para otros lugares. Me gustaba pensar en esos coches que se

ponían en marcha y circulaban por las calles. Aunque no podía verlos con los ojos, los veía claramente en mi cabeza y era casi tan divertido como verlos de verdad. Otras veces llamaba a ambulancias y a los bomberos. Una vez llamé a la policía y dije que había visto un hombre muerto en la huerta. Tuve que dar mi nombre y dirección, y decir a qué colegio iba. Lo inventé todo, era fácil. Sabía que el coche de la policía tendría que pasar por nuestro bloque para llegar a la huerta. No tardó más de ocho minutos en aparecer, y dos minutos después llegó una ambulancia. Eran mis coches.

Todo esto es realidad recordada, de eso estoy completamente seguro. El negro aparato de teléfono que había sobre la mesita de la entrada representaba una constante tentación. Algunas veces me sentaba al lado de la mesita y marcaba un número al tuntún. Antes de las cuatro casi siempre contestaban señoras, y cuando hablaba con alguna de ellas, cambiaba la voz y le preguntaba con qué frecuencia solía follar con su marido. También le preguntaba si había follado con otros que no fueran su marido, o me presentaba como asesora comercial de una conocida marca de compresas. Solía anotar el tiempo que las señoras tardaban en colgar. Normalmente tardaban unos segundos, pero una vez hablé con una durante más de media hora. Al final, ya estaba harto y le pregunté algo tan descarado que también ella tuvo que darse por vencida. Nunca he oído nada igual, exclamó. Claro que no, pensé, y colgó. Pensé que ella había tenido mucha suerte por hablar conmigo durante más de media hora.

A veces me inventaba largas historias para las señoras con las que hablaba. Decía, por ejemplo, que mis padres se habían ido a Londres en barco y que me habían dejado solo en casa nueve días, aunque sólo tenía siete años. A veces añadía que ya teníamos nevera y que mi madre me había dejado un montón de comida en ella, pero que no me atrevía a coger nada porque me daban miedo los afilados cuchillos de la cocina, o bien empezaba la conversación diciendo que mi padre había ido a cazar perdices y mi madre estaba en la cama tan enferma que ni siquiera podía hablar. Con dar nombre y dirección, las ofertas de ayuda eran ilimitadas. Pero, claro, no podía dar una información tan delicada, y entonces era mejor decir que el hombre - cillo me había hecho llamar para gastar una broma. No mide más de un metro, decía, y se pasea por todo el piso, y si no hago lo que dice, me pega con su bastón.

En una ocasión, mi madre se quejó de la factura del teléfono. Estaba fuera de sí y confesé inmediatamente. Le dije que había llamado muchas veces seguidas al teléfono de información horaria porque me aburría. Luego hice como si no supiera que La señorita Reloj (como se denominaba el servicio noruego de información telefónica) no era una señora de verdad, y dije que había intentado que me respondiera y que por eso había llamado una y otra vez. Al oír esa explicación, mi madre, como era de esperar, me perdonó. Entonces acordamos

que no haría más que dos llamadas al día. Cumplí la promesa y ni siquiera me pareció un sacrificio, pero tuve que empezar a planificar con quién quería hablar. Supuso una mejora. Planificar con quién iba a hablar resultaba casi tan divertido como el llamar en sí. Así no volvieron a derrocharse los pasos del contador en nuestra casa.

Estoy al cincuenta por ciento seguro de que en una ocasión hablé con el primer ministro, Gerhardsen. Pero también puede tratarse de imaginación recordada. Sin embargo, estoy al cien por cien seguro de que llamé a fábricas de refrescos Nora para quejarme de que una botella de zumo de naranja que había comprado sabía a vinagre. Lo sé con toda seguridad porque unos días después llegó a nuestra puerta una caja de botellas de zumo de naranja. A mi madre le dije que me había tocado en un sorteo del tendero de nuestro barrio. Me hizo muchas preguntas, lo cual estuvo muy bien, porque así tuve que inventarme un montón de respuestas. Creo que también a mi madre le gustaban esas conversaciones inteligentes. No se daba por vencida hasta haberse asegurado de que le estaba contando la verdad.

Una vez mantuve una interesante conversación telefónica con el rey Olav. Acordamos dar juntos un largo paseo con esquís por el campo, ya que ni él ni yo conocíamos a nadie con quien nos gustara pasear. Me dijo por teléfono que ser rey era aburrido. Luego me preguntó si me parecía infantil por su parte comprar un enorme tren eléctrico para montarlo en el salón de baile de palacio. Le contesté que me parecía una idea excelente, siempre que me permitiera ayudarlo a montarlo. Tuvo que prometerme que sería un tren de la marca Märklin, al menos cuatro veces más grande que el que tenían en el Museo de la Tecnología. Yo tenía una máquina de vapor y un mecano, pero no tenía un tren Märklin.

Estoy al noventa y nueve por ciento seguro de que la historia con el rey es imaginación recordada. Pero eso no significa que no sea verdad. Ese tren eléctrico que el rey y yo montamos en palacio durante las semanas siguientes es tan de verdad como el sol y la luna. Sigo conservando una imagen detallada del aspecto de las instalaciones. Aún puedo visualizar todos los túneles y los puertos de montaña, los cambios de agujas y las vías muertas.

Un día entró en el salón de baile el príncipe heredero, exigiendo que desmontáramos todo porque quería usar la gran sala para una fiesta juvenil. El príncipe heredero me llevaba quince años y yo le tenía bastante respeto, pero me pareció irrazonable que de repente le diera por mandar sobre el rey. Suponía, como mínimo, una violación de los buenos modales. Como el rey y yo nos negamos a recoger el tren inmediatamente, el príncipe heredero volvió enseguida con una botella de kékfir y la lanzó sobre el tren. La botella se rompió, claro, y el agrio kékfir chorreó por toda la instalación, haciendo que pareciera un

paisaje invernal, aunque no olera precisamente como suele oler los días de competición de saltos de esquí en Holmenkollen. Desde entonces, los trenes dejaron de circular por el palacio.

Como mi madre trabajaba en el Ayuntamiento, muchas veces le daban entradas para cines y teatros. Siempre le regalaban dos, y como mi padre y ella no se podían ni ver, me tocaba acompañarla, y así se ahorra el canguro, yo había dejado K.O. a muchos canguros.

Cuando íbamos al teatro, solíamos vestirnos para la ocasión, y a mi madre le gustaba hacer un pequeño pase de modelos para mí antes de decidir qué vestido o traje ponerse. Me llamaba «su pequeño acompañante». Yo llevaba las cerillas en el bolsillo de la chaqueta para encenderle los cigarrillos, y cuando en los intermedios se encontraba con alguien y se ponía a charlar, yo me colocaba en la cola para comprar bebidas. En una ocasión pedí un refresco de naranja para mí y una copa de Cinzano para mi madre. La señora del bar del teatro se negó a servirme la copa de Cinzano, aunque mi madre estaba a unos metros del mostrador, guiñándole enérgicamente el ojo. La señora dijo que no le estaba permitido servir Cinzano a menores, y que mi madre hiciera el favor de acercarse y recoger ella misma la copa. Muy pocos niños frecuentaban el teatro para adultos, y mi madre sabía que la señora ya me conocía de otras veces.

Después de nuestras visitas al cine o al teatro, contaba siempre a mi madre cómo la película o la obra podrían haberse hecho mucho mejor. Algunas veces decía de la obra que era directamente mala. Nunca decía que era aburrida, pues el teatro jamás me resultaba aburrido. Incluso una mala obra de teatro me resultaba divertida, al menos actuaban en ella personas vivas. Era maravilloso cuando era especialmente mala, porque entonces teníamos un montón de cosas de que hablar de camino a casa.

Al volver del cine o del teatro, nos sentábamos casi siempre en la cocina a continuar la charla. Mi madre encendía velas y hacía algo apetitoso de cena. Podía tratarse de algo tan simple como rebanadas de pan con mortadela y pepinillos en vinagre, pero mi cena favorita eran los canapés de tartar con yema cruda y alcaparras. Mi madre me consideraba demasiado joven para que me gustaran las alcaparras, me lo decía a menudo, pero creo que en el fondo apreciaba que me gustaran. Lo único que no le gustaba era que dijera que una obra de teatro era mala o que tal persona era un director malísimo.

Siempre estudiaba a fondo los programas, estaban escritos para mí, y, naturalmente, conocía los nombres de los actores principales. A mi madre le parecía excesivo que también conociera los nombres de todos los que componían la ficha técnica, pero me tomé muy en serio lo de ser su acompañante.

Durante la función le susurraba quién era el regidor, sobre todo si algo fallaba en el escenario.

Una vez que asistimos a una representación de *Casa de muñecas*, a Nora se le cayó el vestido, simplemente se le cayó, delante del doctor Rank. Los dos estaban solos en el salón y la última réplica del doctor Rank contribuyó a que la caída del vestido de Nora justo en esa escena resultara aún más cómica. «¿Y qué maravillas me quedan aún por ver?», preguntó el doctor Rank. «Ya no verá nada más, porque es usted un desobediente», contestó Nora, y en ese instante se le cayó el vestido. Entonces me incliné hacia mi madre y le susurré al oído el nombre del encargado del vestuario.

Una noche que nos quedamos hasta muy tarde discutiendo sobre una obra de teatro, confesé a mi madre que, en mi opinión, ella se parecía a Jacqueline Kennedy. Creo que le gustó oírlo. No fue un mero invento con el fin de adularla pues, para mí, mi madre era casi idéntica a Jacqueline Kennedy.

Cuando tenía once años, mi madre y yo vimos la película *Candilejas* de Chaplin. Me hice adulto cuando vi esa película. Después de ver a Claire Bloom en el papel de la infeliz bailarina, comprendí que me gustaría hacer algunas cosas con una chica bastante mayor que yo. Lo mismo me ocurrió cuando vi a Audrey Hepburn en el papel de Eliza en *My Fair Lady*. A mi madre le habían dado entradas para el estreno de la obra en Noruega.

Me gustaba sobre todo Chaplin, y más que nada la música de sus películas, en particular el conocido tema de *Candilejas*, aunque los primeros compases no eran más que un reflejo del inicio del concierto de Chaikovski en si bemol menor. Tampoco la melodía «Smile» de *Tiempos modernos* era mucho más original, pues no era más que una versión «bemolizada» de una melodía popular rusa. Además, sospechaba que Chaplin había robado algunas ideas musicales a Puccini, al menos era a veces igual de melodramático. Sin embargo, era un ventaja que Chaplin se hubiera dejado inspirar por otros compositores, porque yo adoraba tanto a Chaikovski como a Puccini, y lo mismo le ocurría a mi madre. Fuimos a la ópera a ver *Madama Butterfly*. Intenté no llorar, pero me resultó muy difícil. No fue porque Pinkerton abandonara a Madama Butterfly, ni tampoco porque ella acabara por suicidarse, pues ya desde el principio del segundo acto sabía que sería lo que acabaría haciendo. Fue la música lo que me obligó a esforzarme por no llorar, desde el momento en que Madama Butterfly aparece en el primer acto subiendo la cuesta, seguida del gran coro femenino. Yo tenía sólo doce años, pero la imagen de todas esas mujeres que suben cantando por el sendero de Nagasaki con sus alegres sombrillas sigue impresa en mi memoria.

En casa poníamos en el tocadiscos *La Bohème*, con Jussi Björling y Victoria

de los Ángeles. En el momento en que Musetta llega arrastrando a Mimí enferma en el cuarto acto, mi madre siempre lloriqueaba. Entonces solía irme a otra habitación, pero dejaba la puerta abierta, no porque quisiera oír llorar a mi madre, sino porque así podía escuchar la música. Y a veces también derramaba alguna que otra dulce lágrima.

Hasta que no vi *Candilejas* de Chaplin, fueron Puccini y Chaikovski los únicos verdaderos genios que conocía. Cuando estaba solo en casa, ponía el último movimiento de la sinfonía *Patética*. Me habría dado mucha vergüenza que mi madre lo hubiera descubierto. Tenía edad suficiente para que me gustaran las alcaparras, pero incluso yo tuve que admitir que era demasiado joven para que me gustara tanto la música clásica. La ponía a todo volumen, a la vez que oía si mi madre subía por la escalera. A veces, el hombrecillo se quedaba escuchando por si alguien abría el portal.

Me había informado sobre Chaikovski en la enciclopedia. Murió de cólera a los pocos días del estreno de la *Patética*. Su obra estaba concluida. Desde el estreno de la sinfonía, no se preocupó de desinfectar el agua que bebía. Había compuesto su propio réquiem y estaba ya vacío de tonos. Había acabado con este mundo. También yo me sentía algo acabado con este mundo al sonar las últimas notas del último movimiento de la sinfonía.

Mi madre y yo nunca hablábamos de la muerte. Tampoco hablé jamás con ella sobre chicas. Me esforzaba tanto por ocultar que escuchaba la *Patética* como por esconder las revistas eróticas.

Sólo tenía siete años cuando vi *Al este del Edén*, con James Dean en el papel de Cal. Mi madre estuvo a punto de derrumbarse hacia el final de la película, cuando la novia de Cal tiene que suplicar al padre que quiera a su hijo. Es muy doloroso no sentirse querido, dijo mi madre, hace que las personas se vuelvan malas. Muéstrole usted que le ama. ¡Inténtelo! ¡Por favor!

El padre de Cal odiaba a su hijo porque pensaba que el chico había tomado partido por su madre, quien había abandonado a esposo e hijos, convirtiéndose en una desalmada «madame de un burdel». No obstante, el padre logra reconciliarse con el hijo antes de morir. Le pide que eche a la enfermera. Quiero que *tú* te ocupes de mí, dice, lo que equivale a decir que quiere a su hijo.

A mi madre le resultaba muy difícil hablar de esa película. Comprendí que fue ella la que pidió a mi padre que se marchara de casa. Eso no sucedía con frecuencia en aquella época. No era normal que una madre echara de casa al padre de un niño pequeño.

Al ir a acostarme aquella noche, mi madre sugirió que invitáramos a mi padre a comer un domingo. Me pareció una propuesta aceptable, pero nunca se hizo realidad, y tampoco quise ponerme pesado con ella para que lo invitara.

Tenía algunas percepciones vagas, casi oníricas, de cosas que habían sucedido en casa antes de que mi padre se marchara. Es posible recordar la atmósfera de un sueño sin recordar de qué trataba realmente. Sabía que era algo frío y duro que intentaba olvidar, y me esforcé tanto por hacerlo desaparecer que ya no recuerdo lo que intentaba olvidar.

Lo único que recordaba era que en aquella época había tenido unos misteriosos sueños sobre un hombre que era exactamente igual de alto que yo, pero que, sin embargo, era un adulto con sombrero y bastón. Y de repente un día apareció en mi casa también durante el día. Su llegada coincidió más o menos con la marcha de mi padre.

Me imaginaba que tal vez había alguien dentro del país de los sueños que lo echaba de menos. Tal vez también ese hombrecillo hubiera dejado a su mujer y a sus hijos, o puede que lo hubieran echado a patadas del cuento por no haberse portado bien. Pero podía ser que oscilara entre dos realidades. Me preguntaba si el hombrecillo volvía al país de los sueños por la noche mientras yo dormía. No habría sido muy extraño porque, cuando dormía, yo también viajaba a aquel país. Lo curioso era que el hombrecillo fuera capaz de pasearse por nuestra casa en pleno día.

Era el único de mi clase cuyos padres estaban divorciados, pero el padre de una de las chicas era comunista y el padre de Hans Olav había estado en la cárcel.

A mí me parecía bien que mis padres estuvieran divorciados. Prefería estar con uno de ellos cada vez. Además, creo que mis padres me hacían mejores regalos de Navidad que a los otros niños los suyos. Siempre recibía por partida doble. Mis padres ni siquiera lograban unirse para comprarme regalos; al contrario, pienso que se peleaban por hacerme cada uno el mejor regalo. Entre ellos nunca se regalaron nada.

Mi padre me llevaba a campeonatos de patinaje sobre hielo y de saltos de esquí. Era especialista en tiempos y puntuación de estilo. Él no tiene la culpa de que yo sea como soy. Estuvimos en los saltos de esquí de Holmenkollen viendo saltar a «las tres Tes»: Toralf Engan, Torbjørn Yggeseth y Torgeir Brandtzæg. Saltaron *antes* del gran Wirkola. Era fácil. Saltar *antes* de Wirkola no suponía ningún problema.

Cuando tenía ocho años, mi padre y yo fuimos en barco a Copenhague. Sólo pasamos allí una tarde, y la pasamos entera en el famoso parque de atracciones Tivoli. Creía que había estado antes en un Tivoli, porque también llamaban así a las ferias modestas, como la de Ivar, en el barrio de Tøyen, pero el de Copenhague era algo muy distinto. Me sentía como un turista de un país

subdesarrollado, y avergonzado me imaginé lo que pensarían los niños daneses de los noruegos si visitaran el «Tívoli» de Ivar en el barrio de Tøyen.

Mi padre estaba de un humor excelente, y creo que se sentía orgulloso de haber logrado alejarme de mi madre. En el barco me dijo en un tono de colegas que también sería bueno para mi madre disfrutar de unos días para ella sola. No era verdad, estaba seguro de que ella hubiera querido llevarme a Copenhague, pero no pudo ser, claro, ya que fue a mi padre al que se le ocurrió la idea. Creo que se dio cuenta de que me hubiera gustado ir con mi madre al Tívoli, porque así ella y yo podríamos haber paseado entre la gente comentando todo lo que veíamos y pensábamos. Mi madre y yo pensábamos muchas veces exactamente lo mismo. O también podríamos habernos sentado en un café a charlar.

Mi padre tenía el bolsillo de los bombachos lleno de monedas danesas y quiso que montáramos en los coches de choque, túneles del terror, tiovivos, montañas rusas, norias y túneles del amor. Aunque yo sólo tenía ocho años, me daba vergüenza ir por el túnel del amor con mi padre, y, además, le olía el aliento. Resultaba incómodo estar sentado junto a él en una minúscula barca, escuchando el artificial piar de los pájaros, dentro de un túnel lleno de flores de papel y colores pastel. Creo que también él se sentía avergonzado, porque no dijo ni una palabra. Tuve miedo de que de repente me pusiera el brazo alrededor del hombro y me susurrara algo así como qué bonito es esto, ¿verdad Petter? Lo peor es que estaba convencido de que era justamente eso lo que hubiera querido hacer de todo corazón, sólo que no se atrevía a ponerme el brazo alrededor del hombro, porque sabía que no me gustaría. Tal vez por eso ninguno de los dos dijo nada.

Subí en todos esos coches y vagones más que nada por mi padre. A mí personalmente me interesaba más andar y ver todo lo que había en el Tívoli. Decidí fijarme en todo, hasta en la más insignificante tómbola o puesto de perritos calientes. Desde el primer momento me di cuenta de que esa visita daría lugar a una considerable cantidad de trabajo posterior, y me sentía muy inspirado. Paseaba por las instalaciones pensando en que pronto volvería a casa y crearía el mejor Tívoli del mundo. Como esto ocurrió después de que hubiera dejado de dibujar, tenía que esforzarme para recordar con precisión cómo era todo. Conseguí formarme una imagen muy detallada del Tívoli de Copenhague, pero estaba obligado a dibujarlo todo en mi cabeza, a estudiármelo todo de memoria. No siempre resultaba fácil, porque de vez en cuando tenía que mirar a mi padre y decirle algo, para que no pensara que estaba descontento. Justo antes de marcharnos, me tocó un tigre de peluche en una tómbola. Se lo di a una niña que estaba llorando. Mi padre creyó que lo hice por bondad, no entendió que no tenía ningún interés por un tigre rojo de

peluche. Si mi madre me hubiera visto recibir una cosa así, le habría dado uno de esos ataques de risa tan típicos de ella.

Ya en el Tívoli me había construido un túnel del terror con todos los ingredientes, desde esqueletos colgantes hasta fantasmas y monstruos. Pero también colocaría a una persona vivita y coleando en medio del túnel, un hombre normal y corriente, con sombrero y abrigo, que podría estar comiéndose una zanahoria, por ejemplo. Me imaginé que la gente que fuera en el tren lanzaría gritos más desgarradores que nunca al toparse de repente con una persona de verdad en el túnel.

En determinadas situaciones, el encuentro con un ser humano puede ser tan aterrador como el encuentro con un fantasma, por lo menos en un túnel del terror. Los fantasmas son fantasía, y si algo real entra en la fantasía, puede resultar casi tan aterrador como la aparición de una figura de la fantasía en la realidad.

Me asusté de verdad la primera vez que vi al hombrecillo del bastón de bambú fuera de un sueño, pero pronto se convirtió en una costumbre. Si de repente empezaran a emerger de los bosques montones de elfos y trolls, nos asustaríamos, claro, pero antes o después nos acostumbraríamos a ellos. No nos quedaría más remedio que habituarnos.

Una vez soñé que me encontraba un monedero con cuatro dólares de plata dentro. Me habría asustado bastante si me hubiera despertado con el monedero en la mano. En ese caso, habría tenido que convencerme a mí mismo de que todavía estaba dormido, y luego habría tenido que intentar volver a despertarme de nuevo.

Creo que también estamos despiertos cuando soñamos, pero *sabemos* que estamos despiertos cuando no dormimos. Tenía una teoría según la cual ese hombrecillo del bastón estaba dormido en el país de los sueños y sólo soñaba que estaba en la realidad. Cuando fui al Tívoli, yo era ya bastante más alto que él. Había comenzado a llamarle El Metro, porque no medía más de un metro.

No dije nada de mi proyecto de un nuevo Tívoli a mi padre, pues no era mi intención quejarme. Tal vez fuera un poco injusto que toda mi inspiración fuera a parar a mi madre, que cada vez tenía más celos de mi padre porque él me había llevado a Copenhague. Estás obsesionado con el Tívoli, me dijo unos días después de volver. Le comenté que tal vez se debiera a que yo había sido un gran Tívoli en una vida anterior. Mi madre se rió. Querrás decir que trabajaste en un gran Tívoli en una vida anterior, objetó. Le hice un gesto negativo y precisé que yo había sido el Tívoli entero.

Recibí muchas palizas de niño, pero nunca de mis padres.

Creo que el hecho de que mis padres no me pegaran se debía a que estaban divorciados. Como no vivían en la misma casa, nunca conseguían ponerse de acuerdo sobre cuándo merecía un castigo. Mi madre sabía muy bien que si se portaba mal conmigo, mi padre sería el primero en enterarse. Alguna vez yo llamaba a mi padre con el fin de pedirle permiso para quedarme levantado una hora o dos más de lo que me dejaba mi madre. Él siempre me apoyaba cuando comprendía que, a la vez que podía hacerme feliz a mí, podía irritar a mi madre. Así yo me aprovechaba a tope. También llamaba a mi padre cuando necesitaba más dinero del que mi madre me daba. Él nunca se enfadaba. Sólo me veía una vez por semana. A los dos nos pareció suficiente.

Fueron los chicos del colegio los que me propinaron las palizas, lo cual no era para presumir, porque yo no era ni grande ni fuerte. Me llamaban Petter el Araña. De pequeño visité el Museo Geológico con mi madre, y allí vimos un trozo de ámbar en cuyo interior había una araña de hacía muchos millones de años, y en una ocasión hablé en clase de esa araña. Acabábamos de estudiar la lección sobre la electricidad y expliqué a la clase que la palabra «electricidad» provenía de la palabra griega para «ámbar». Desde ese día, todos me llamaron Petter el Araña.

Aunque era bajito, era muy fanfarrón, por eso me ganaba tantas palizas. Era especialmente elocuente cuando había adultos cerca, por ejemplo al subir a un autobús o al abrir la puerta para meterme en el portal. A veces estaba tan inspirado que no pensaba mucho en las consecuencias. No se me daba muy bien eso que hoy en día llamamos planificación a largo plazo, nunca me paraba a calcular si merecía la pena correr el riesgo, ya que de todos modos iba a volver a ver a los chicos y no siempre había un adulto cerca.

Yo era mucho más hábil que mis coetáneos dando explicaciones, y también mucho mejor contando historias. Me resultaba más fácil expresarme que a muchos de los que iban tres o cuatro cursos por delante de mí. Por eso me gané muchos moratones. En aquellos tiempos se daba poca importancia a la libertad de expresión. Habíamos aprendido un montón sobre los derechos humanos en el colegio, pero nunca nos recordaron que la libertad de expresión también rige sin límites para los niños y entre los niños.

Una vez, Ragnar me envió derecho al gran tendedero que había en el patio de nuestro bloque y me hice una brecha en la cabeza. Cuando empecé a sangrar, tuve valor para decir muchas cosas que en otras circunstancias me hubiera guardado para mí. Hice públicas algunas verdades espectaculares sobre la familia de Ragnar, como que su padre siempre se estaba emborrachando con vagabundos e indigentes. Podría haberse defendido con palabras, pero Ragnar

no era muy hábil hablando y se limitó a mirar cómo sangraba. Entonces le acusé de cobarde por no atreverse a callarme la boca, y dije que no se atrevía porque todo lo que había dicho era la pura verdad. Luego añadí que una vez le había visto comer caca de perro, y que su madre tenía que lavarlo como a un bebé porque se meaba y ensuciaba los pantalones. Dije que todo el mundo sabía que su madre compraba pañales en la tienda, compraba tantos que le hacían un descuento. Mi cabeza seguía chorreando sangre. Cuatro o cinco chicos me miraban con gran respeto. Me toqué y noté que tenía el pelo empapado. Sentí escalofríos. Dije que toda nuestra calle sabía que el padre de Ragnar era un paleta. Y también que sabía por qué se había venido a vivir a la ciudad. Era un secreto que Ragnar tal vez no conociera, pero yo podía contárselo. Su padre había tenido que huir a la ciudad porque la policía lo había arrestado. El motivo del arresto era que follaba con las ovejas. Tanto follaba con las ovejas, dije, que muchas enfermaron, y una de ellas murió. Esas cosas no están muy bien vistas, expliqué, ni siquiera en la región de Hadeland, de donde era su padre. Después de esa última información, todos se largaron, no sé si debido a lo de las ovejas de Hadeland o a la sangre que me salía de la cabeza, pues había un enorme charco a mis pies sobre el asfalto. Me sorprendió mucho que la sangre de la cabeza fuera tan densa y espesa, me la imaginaba de un color más claro y un poco más fluida que la de otras partes. Por unos instantes fijé la mirada en un cartel luminoso que había sobre la entrada del sótano. En grandes letras verdes ponía REFUGIO. Intenté leer la palabra al revés, pero las letras verdes me mareaban. De repente, El Metro vino disparado por la esquina, yo ya le llevaba cabeza y media de altura. Levantó la vista y me miró estupefacto, señaló mi cabeza con su bastón de bambú y exclamó: *¡Pero bueno! ¿Y ahora qué hacemos?*

Me daba vergüenza volver a casa, porque sabía que a mi madre no le gustaba ver sangre, sobre todo si se trataba de la mía, pero no tenía elección. En cuanto me vio, me enrolló con varias toallas de hilo la cabeza y parecía un moro. Fuimos en un taxi a Urgencias. Tuvieron que darme doce puntos. El médico dijo que era el récord de aquel día. Luego volvimos a casa a comer crepes.

Lo que acabo de relatar es realidad recordada. Sigo teniendo una ancha cicatriz justo donde empieza el pelo, encima del ojo izquierdo. No es la única cicatriz que me queda de cuando era pequeño, tengo varios rasgos distintivos. Por lo menos ahora ya no te ponen estas cosas en el pasaporte.

Como es natural, mi madre quiso saber qué había sucedido. Le dije que me había pegado con un desconocido porque me había dicho que mi padre era un follador de ovejas. Por una vez mi madre se apiadó de mi padre. Casi siempre era la primera en hablar mal de él, pero había un límite. Creo que consideró

muy positivo que yo defendiera el honor de mi progenitor. Su único comentario fue: Entiendo que te enfadaras. Y yo estuve totalmente de acuerdo.

Nunca fui un chivato. Chivarse equivalía a copiar acontecimientos reales. Resultaba demasiado trivial. Chivarse y pegar era algo propio de los que no sabían expresarse verbalmente.

Conforme nos iban poniendo más deberes en el colegio, recibía menos palizas, pues empecé a ayudar a los demás alumnos de la clase con los deberes. No es que me sentara con ellos a hacerlos, eso nunca, pues habría resultado muy aburrido. Además, tenía siempre miedo de hacer amigos. Pero, cada vez con mayor frecuencia, primero hacía mis deberes y, al acabar, los hacía de nuevo una o dos veces. Esos trabajos duplicados los regalaba o los vendía por una chocolatina o un helado a otros de la clase.

Solían dejarnos elegir entre tres temas diferentes de redacción. Si por ejemplo había escrito sobre «Algo parecido a un cuento», me entraban ganas de escribir también sobre el que llevaba por título «Cuando se fue la luz», pero como sólo se me permitía entregar una redacción, regalaba la otra a Tore o a Ragnar.

Fue una buena idea la de regalar redacciones a Tore y Ragnar, porque así dejaron de darme palizas, aunque no creo que fuera por agradecimiento, sino más bien por temor a que me chivara de que les había hecho las redacciones. Por mi parte, no hubiera tenido ningún problema en decírselo al profesor. Yo no tenía la culpa de que sólo se nos permitiera entregar una. Tampoco era yo el que entregaba los trabajos de Tore y Ragnar, porque evidentemente ellos mismos pasaban a limpio las redacciones. Faltaría más.

Jamás iba por ahí exhibiendo esos trabajos extraordinarios, pero, poco a poco, los chicos empezaron a acercarse a preguntar si les vendía alguna ayudita. De esa forma surgieron los negocios. No siempre tenía que ser a cambio de dinero o chocolate, había muy distintas formas de devolver los favores. A veces bastaba la promesa de pronunciar un par de palabras obscenas en la clase de manualidades, o de colocar una bola de nieve en la silla del profesor. Recuerdo que ese tipo de ayuda con los deberes duró incluso hasta la época en que un trabajo escolar podía venderse por la promesa de un chico de la clase de tirar del tirante del sujetador de alguna de las chicas que ya habían comenzado a usar esa prenda, y que no eran, dicho sea de paso, las más agraciadas. Si ese tipo de devolución de favores no se cumplía, los implicados sabían que estaban en peligro, pues significaba que me vería obligado a decir al profesor que había ayudado a Øivind o a Hans Olav con los deberes.

Ese tipo de ayuda no se limitaba a la asignatura de lengua. También ofrecía mis servicios para trabajos de geografía, religión, ciencias naturales o

matemáticas. Lo único que había que cuidar era que no se parecieran demasiado a los que yo entregaba. Primero hacía mis ejercicios de matemáticas sin ningún fallo y luego no tardaba nada en elaborar un par de ejercicios más, pero con la obligación de cometer un número adecuado de fallos en cada uno. Sería demasiado improbable que Tore entregara unos deberes perfectos. Se contentaba con un notable alto, así que yo tenía que hacer unos ejercicios que merecieran esa calificación. Si otro aspiraba a la misma nota, yo tenía que elaborarlos para el mismo nivel pero, claro, con otros fallos.

También confeccionaba a menudo trabajos para aprobado o aprobado alto. Tampoco en ese nivel me faltaba mercado. Comprendía muy bien que a Arne y a Lisbeth no les diera la gana hacer los deberes, porque el premio jamás sobrepasaba el aprobado hicieran lo que hicieran. Y sin embargo, nunca cobré por los trabajos de aprobado bajo. Algún límite tenía que poner. Para mí era premio suficiente el confeccionarlos. Sobre todo, me gustaba mucho hacer trabajos con un gran número de errores, pues requerían más imaginación que los perfectos.

Cuando realmente necesitaba dinero, en esas raras ocasiones en que mis padres se hablaban y los dos se negaban a darme algo más de la paga normal, a veces me desprendía de algún sobresaliente. Incluso creo que una vez llegué a entregar una prueba de geografía de matrícula de honor a Hege, que hacía baile de salón y participaba en concursos. Estaba muy ocupada ensayando para uno de cha-chachá y samba. En esas ocasiones, solía cometer uno o dos pequeños errores en mi propio trabajo para optar sólo a un sobresaliente bajo y no solapar del todo el otro. Entonces el profesor ponía «¿Te has distraído, Petter?» o algo por el estilo. Era divertido. Ya a principios de los sesenta, algunos profesores habían introducido lo que más adelante se llamaría «puntuación individualizada». Era un comentario individualizado sostener que un trabajo merecedor de sobresaliente bajo fuera «distraído». Si hubiera sido el trabajo de Lisbeth, habría escrito «¡Enhorabuena, Lisbeth! ¡Buen trabajo!». El profesor no sabía que me había equivocado aposta y que había hecho trampas para conseguir una nota más baja.

Al final, Hege tuvo que leer su maravilloso trabajo de geografía en voz alta delante de toda la clase. No se lo esperaba, pero el profesor le pidió que subiera inmediatamente al estrado y se sentara en su silla. Él se sentó en el pupitre de ella, que estaba junto al mío. Yo me sentaba en el tercer pupitre, en la fila del centro, y Hege se sentaba a mi derecha. Hege empezó a leer en voz alta, era de las mejores de la clase en lectura, pero esta vez leía en voz tan baja que el profesor tuvo que decirle que elevara el volumen. Hege lo elevó, pero al cabo de un rato la voz se le quebró y tuvo que empezar de nuevo. Me miró varias veces, y una de ellas le hice una discreta señal con el dedo índice de la mano

izquierda. Al terminar la lectura, el profesor empezó a aplaudir no por la lectura en sí, sino por el contenido de lo que había leído, y entonces yo también me puse a aplaudir. Cuando Hege bajó del estrado, pregunté al profesor si había tiempo para que Hege nos bailara un cha-cha-chá, pero el profesor contestó alegremente que lo dejáramos para otra ocasión. Hege parecía querer hacerme una mueca, pero no se atrevió. Tal vez tuviera miedo de que yo de repente la despojara del honor, proclamando en voz alta que había sido yo quien había tenido la cortesía de ayudarla con los deberes, porque ella estaba ensayando para un concurso de baile. Nunca ocurriría, porque Hege siempre había cumplido puntualmente lo acordado entre nosotros, y ya me había dado dos coronas con cincuenta. Pero ese hecho no pareció tranquilizarla, pues no era consciente de lo normal que era que yo ayudara a los chicos de clase con los deberes. No era la primera vez que escuchaba una de mis obras leída por otro. No me disgustaba, al contrario, disfrutaba mucho con ello. Yo era el buen ayudante, me responsabilizaba de todos mis compañeros.

Hege empezó también el instituto en la misma clase que yo, y en primero hicimos una apuesta muy divertida. A la profesora Laila Nipen le había tocado un montón de dinero en la lotería, y se compró un flamante Fiat 500. Se me ocurrió sugerir que entre unos cuantos podríamos meter el minúsculo vehículo por las anchas puertas dobles del edificio del colegio y colocarlo en el aula magna. A Hege le pareció una buena idea, pero no creyó que nos atreveríamos a hacer algo tan arriesgado. Aproveché la ocasión para sugerirle que hiciera la solemne promesa de ir conmigo a dar un romántico paseo por el bosque si el Fiat de Laila se encontraba en el aula antes de acabar la semana. En caso contrario, me comprometía a hacerle los deberes de matemáticas durante un mes. Unos días después, el coche estaba en el aula magna. La operación entera había durado diez minutos, se llevó a cabo durante un recreo mientras se celebraba un claustro de profesores. Incluso tuvimos la sangre fría suficiente para atar un lazo azul de seda alrededor del minicoche rojo para que pareciera un verdadero premio de lotería. Por parte del colegio, jamás se descubrió quién estaba detrás de esa pequeña travesura, pero Hege tuvo que ir conmigo a dar un paseo por el bosque. No intentó eludir la evidente segunda lectura de paseo «romántico» por el bosque. Hege no era tonta, y sabía lo astuto que yo podía llegar a ser. Y, al fin y al cabo, había participado por ella en el transporte de un coche al aula magna del colegio. Además, creo que yo le gustaba. Nos metimos en un cobertizo cerca de la colina de Linderud. Fue la primera vez que estuve con una chica desnuda. Sólo teníamos catorce años, pero ella estaba totalmente desarrollada. Me pareció la cosa más maravillosa que había tocado jamás.

A veces también ayudaba a los profesores. Les proponía divertidos temas de

redacción y otro tipo de deberes para casa. En alguna ocasión, me ofrecí a ayudar al profesor de matemáticas a corregir los ejercicios de la clase. Otras veces les pedía que precisaran o profundizaran más sobre algo que habían explicado en clase. Si habíamos estudiado un tema sobre la historia de los egipcios, por ejemplo, pedía al profesor que nos hablara de la piedra Roseta. De no ser por esa piedra, los investigadores no habrían podido descifrar los jeroglíficos, le expliqué, y en ese caso no sabríamos gran cosa de cómo pensaban los antiguos egipcios. Cuando el profesor nos explicó la lección sobre Copérnico, le pedí que nos hablara también de Kepler y Newton, porque era bien sabido que Copérnico no acertó en todas sus suposiciones.

Yo era ya bastante leído a los once o doce años, pues en casa teníamos tanto la enciclopedia de Aschehoug como la de Salomonsen, en total cuarenta y tres volúmenes. Tenía tres modos diferentes de aproximarme a una enciclopedia, dependiendo de mi estado de ánimo: unas veces buscaba artículos sobre un tema determinado, por regla general relacionado con algo sobre lo cual llevaba tiempo meditando; otras veces, me ponía a leer durante horas cualquier tomo de la enciclopedia, totalmente al azar, y otras me daba por estudiar un volumen entero, de la primera a la última página, por ejemplo el volumen número 12 de la enciclopedia de la editorial Aschehoug, de *kvam* a *madeira*, o el volumen XVIII de Salomonsen, desde *Nordlandsbaad* a *Perleøerne*. Mi madre tenía además en las estanterías del salón varias decenas de libros interesantes. Me atraían sobre todo las obras que recogían todo el saber sobre un tema determinado, como *El mundo del arte*, *El mundo de la música*, *El cuerpo humano*, *Historia de la literatura mundial*, *Historia de la literatura noruega* o el *Diccionario etimológico de los idiomas noruego y danés*. Cuando tenía doce años, mi madre compró *Mi vida*, de Charles Chaplin, y aunque no era muy objetivo, se convirtió en una especie de enciclopedia para mí. Mi madre siempre me daba la lata con que tenía que volver a colocar los libros en su sitio, y un buen día me prohibió tener más de cuatro libros a la vez en mi habitación. Si no puedes leer más que un libro al mismo tiempo, decía. Ella no entendía que lo divertido a veces era precisamente eso, comparar lo que en los distintos libros ponía sobre un mismo tema. Me temo que mi madre no tenía mucha idea de lo que yo llamaría hacer un uso crítico de las fuentes.

Aprovechando que en la clase de religión habíamos estado hablando de los profetas, le pedí al profesor que abriese la Biblia por el profeta Isaías, capítulo 7, versículo 14. Quise que explicara a la clase la diferencia entre una «virgen» y «una mujer joven». Pues ¿sabía el profesor que la palabra hebrea para «virgen» en este versículo en realidad sólo significa «mujer joven»? Eso era algo que yo, de pura casualidad, había leído en la enciclopedia de Salomonsen. Por otra parte dije que Mateo y Lucas seguramente no se habían estudiado lo bastante el texto

original hebreo. Tal vez se habían contentado con la traducción griega, llamada Septuaginta, que me parecía un nombre muy divertido. *Septuaginta* era número 70 en latín, y ése fue el nombre que recibió la primera traducción griega del Antiguo Testamento, porque fue elaborada por setenta judíos eruditos en setenta días. Todo eso le dije al profesor.

El profesor no recibía siempre con el mismo entusiasmo esos complementos míos a sus explicaciones, aunque siempre me cuidaba mucho de no corregirle cuando decía algo claramente equivocado. Cuando me atreví a atacar el dogma de la Inmaculada Concepción, haciendo referencia a algo que yo entendía como un lapsus de traducción en la Septuaginta, él aludió a su compromiso con la enseñanza de la Iglesia y las normas del Ministerio de Educación. También intentó hacerme callar cuando señalé algo tan inocente como que la actividad pública de Jesucristo se desarrolló durante un período de tres años, según el evangelio de San Juan, pero sólo de uno según los demás evangelistas.

Durante las clases de fisiología me parecía penoso que el profesor usara el término «colita» para referirse a una determinada parte del cuerpo masculino, al menos en relación con la procreación. Dije que la palabra «colita» estaba anticuada, especialmente cuando se trataba de sexualidad. ¿Entonces qué palabra debo emplear, en tu opinión?, preguntó el profesor. Era un tipo muy comprensivo, aparte de ser un hombre grande y fuerte, de casi dos metros de altura. Pero entonces estaba desconcertado. Ni idea, contesté, pero tendría que buscar otra. No obstante, procure evitar el latín, añadí.

Nunca daba ese tipo de consejos a los profesores en clase. No se trataba de mostrar a los demás que sabía más que ellos, o que incluso en algunas ocasiones más que el profesor. Siempre daba esos amables consejos al profesor al entrar o salir de clase. No lo hacía para impresionarle, y tampoco para mostrarme más interesado por el trabajo escolar de lo que en realidad estaba. Más bien al contrario, pues algunas veces fingía un interés menor del que realmente tenía, pues así resultaba mucho más divertido. ¿Era entonces por pura bondad? No, tampoco.

De vez en cuando daba algunos buenos consejos al profesor porque me resultaba divertido observar sus reacciones. Me gustaba ver actuar a las personas. Me gustaba verlos bailar el baile de la vida.

Todos los sábados escuchaba el programa infantil de la Radio Nacional Noruega. No era yo solo, todos los niños noruegos escuchaban el programa de los sábados por la tarde. Hace poco vi una estadística oficial que mostraba que entre 1950 y 1960 el noventa y ocho por ciento de los niños noruegos escuchaban el programa infantil de los sábados. Creo que la estadística se queda corta.

Vivíamos en lo que los investigadores llaman una «cultura unificada». Todo el mundo que se preciaba escuchaba las dramatizaciones de las novelas infantiles de Astrid Lindgren y el pequeño Lord Fauntleroy. Todos leíamos las historias de Los Cinco. Nos criamos con Lauritz Johnson, Torbjørn Egner, Alf Prøysen y Anne-Cath. Vestly. Teníamos además una base común en los larguísimos partes meteorológicos, las asépticas cotizaciones de bolsa, los shows del sábado en el estudio grande de la Radio Nacional, las peticiones del oyente, Tráfico y Música, y la serie de detectives «Dickie Dick Dickens», el terror de Chicago. Todos los noruegos de mi edad tenemos las mismas referencias culturales. Éramos como una gran familia.

Para el programa infantil de los sábados nos compraban una chocolatina de cincuenta céntimos, una botella de refresco de naranja de 1,75 decilitros, y un paquete de galletitas en forma de letras o, alternativamente, una cajita de pasas o cacahuetes. Algunas veces nos daban las dos cosas, y entonces hacíamos una mezcla. Las chucherías de los sábados estaban casi tan institucionalizadas como el desayuno escolar. En ese desayuno, el Ayuntamiento nos daba leche entera, pan integral con queso de cabra y paté, caviar noruego y mermelada de escaramujo. Durante esos desayunos hacía de vez en cuando pequeñas encuestas para averiguar las chucherías que tomaban los demás durante el programa infantil. Resultó que a todos les daban exactamente lo mismo que a mí. Recuerdo que me resultó escalofriante que existiera una invisible conjura por parte de los padres. Eso fue antes de que supiera hasta qué punto puede llegar a calar una cultura unificada.

A veces nos daban una corona para que fuéramos al quiosco a elegir nuestras propias chucherías para el sábado. Eso era evidentemente mucho mejor que la mezcla habitual de cacahuetes, pasas y galletas de letras. Por una corona se podían adquirir diez chocolatinas, pero también por diez céntimos podíamos comprar una gominola, dos golosinas de regaliz, un Sweetmint, dos chocolatinas de cinco céntimos cada una y cuatro caramelitos Tos. O podíamos comprar una chocolatina Riegel de veinticinco céntimos, un sobre de refresco y varios regalices. Yo era muy hábil sacando provecho al dinero. Además, de vez en cuando le cogía a mi madre algunos céntimos del monedero mientras estaba en el baño arreglándose, durmiendo la siesta o por la tarde, cuando se sentaba en el sillón a escuchar *La Bohème*. No tenía mala conciencia por coger una o dos monedas, porque sólo lo hacía cuando llevaba varios días sin usar el teléfono. Cuatro llamadas al día sumaban una corona; yo ya era un hombrecito muy organizado. Pero, por respeto a mi madre, tenía siempre mucho cuidado de no hacer ruido con las llaves y monedas cuando metía la mano en el bolsillo de su abrigo. El Metro a menudo me veía hacerlo, pero no se chivaba. Con una corona extra siempre resultaba más fácil elegir las chucherías para el sábado.

No todo el mundo tenía un moderno aparato de radio. Mi madre y yo sí lo teníamos. Acabábamos de cambiar el antiguo Radionette por un magnífico Tandberg Huldra. Estaba colocado en una estantería de teca en el cuarto de estar y conectado a dos altavoces. En otra estantería, debajo de la radio y el tocadiscos, mi madre tenía todos sus discos: una considerable cantidad de viejos vinilos de 78 rpm, pero también una buena colección de elepés y singles modernos. Cuando me había comprado la bolsita de golosinas para el programa infantil de los sábados, me sentaba en el puf persa, muy cerca de los altavoces, y ponía todos los dulces en una larga fila encima de la radio. Los días que tenía más golosinas de las que oficialmente debía tener, colocaba una pequeña fila secreta de chocolatinas y gominolas en la estantería de los discos. En esos casos, siempre me comía primero la fila de abajo.

Los adultos también solían comprar algo para el café de los sábados por la tarde. También sobre ese tema hice averiguaciones exhaustivas durante el desayuno escolar. El resultado encajaba casi siempre a la perfección con la experiencia de mi propia casa. Los adultos comían grandes frutas escarchadas de veinticinco céntimos, bombones rellenos de coñac y chocolatinas con sabor a naranja o regaliz. Cuando recibían visitas los sábados por la mañana, tomaban té acompañado de panecillos recién hechos con ensaladilla, y cuando querían hacerlo más fino, compraban baguettes, o pan de París, como se llamaba, para hacer elegantes y alargados bocadillos de roastbeef, ensaladilla de gambas, jamón york o paté.

Mi madre creía que escuchaba el programa infantil porque me divertía. No se daba cuenta de que estaba absorto en mis propios pensamientos, de que mientras estaba sentado en el puf estaba pensando en cómo mejorar ese programa. Me parecía que si la radio acaparaba la atención de todos los niños noruegos durante una hora entera cada sábado, debería tenerse muy en cuenta la calidad de la emisión. Elaboré un montón de excelentes sugerencias de programas, desde concursos de oyentes, chistes e historias de terror, hasta entremeses, historias de animales, historias reales, cuentos y obras de teatro para radio, todo ingeniado y creado por mí. Cronometré cada uno de los apartados y me mantenía siempre dentro de los sesenta minutos. Aprendí muchísimo. Era impresionante cuánto daba de sí un espacio de sesenta minutos si se tenía sentido crítico. Yo siempre lo he tenido, pero, por desgracia, Lauritz Johnson, el eterno director de ese programa radiofónico, no lo tenía. Incluso un hombre como el querido poeta y trovador Alf Prøysen debería haberse preguntado cuántas veces podíamos soportar los niños noruegos su cancioncilla sobre la hucha... Walt Disney sí tenía sentido crítico en lo que hacía, era divino, había creado su propio universo. Walt Disney y yo teníamos varias cosas en común.

Él también se inspiró en su momento en el Tívoli de Copenhague para construir su propio Disneylandia y yo también inventé varias historias divertidas del Pato Donald con el firme propósito de enviárselas a Walt Disney, pero nunca llegué a hacerlo.

Tampoco envié mis sugerencias a la Radio Nacional de Noruega. De haberlo hecho, las habrían tenido en cuenta, qué duda cabe, pero no sentía la necesidad de escuchar un programa infantil en la radio cuando yo ya lo había ideado en la cabeza. Así que me guardé para mí todas mis ideas innovadoras. No todo el mundo sabe hacerlo. La evolución de la televisión es un buen ejemplo de ello.

Cuando la televisión noruega inauguró su primera emisión oficial en 1960, yo estaba en casa de un vecino, y escuché el discurso del primer ministro, Einar Gerhardsen, quien señaló que muchas personas temían que la televisión fuera a repercutir de un modo negativo en la vida de los niños y de la familia. Tenían miedo de que ver la televisión causara un efecto perjudicial sobre actividades escolares tales como los deberes, e incluso sobre los juegos al sol y al aire libre, dijo. Supongo que con la televisión ocurre lo mismo que con la radio, señaló el primer ministro: cuando algo es nuevo, es natural que uno quiera empaparse de ello. Pero Einar Gerhardsen pensó que eso sería sólo al principio, que luego seríamos capaces de elegir. Tenemos que aprender a elegir lo bueno, dijo Einar Gerhardsen, tenemos que aprender a apagar la televisión cuando emitan programas que no nos interesen. Entonces por fin la televisión será un instrumento de placer y utilidad. Gerhardsen expresó su esperanza de que la televisión contribuyera a la enseñanza y la ilustración popular, de que se convirtiera en un nuevo medio para divulgar conocimientos y saber por todo el país. Esperaba que fuese una llave que abriera nuevos valores para el pensamiento y el espíritu, y señaló que habría que ser severos en la exigencia de calidad en los programas para niños y jóvenes.

Einar Gerhardsen tenía una fe inquebrantable en el futuro. Además, era una buena persona y por fortuna no llegó a vivir la degeneración de la televisión. Si Einar Gerhardsen hubiera vivido hoy, habría podido elegir entre una rica flora de telenovelas y *reality-shows* en varias cadenas, habría podido comprobar la gran habilidad de los canales de televisión para competir en calidad, sobre todo en lo que se refiere a programas para niños y jóvenes, y habría podido ver lo habilísimos que somos ya para seleccionar lo que realmente vale la pena.

Como iba diciendo, me había autoinvitado sin ningún reparo a casa de un vecino que acababa de comprar un televisor. Ya había cumplido ocho años, las vacaciones de verano habían terminado y había empezado segundo de básica. Era indispensable que estuviese al tanto del nuevo medio desde el principio.

El vecino no tenía hijos, lo cual me vino estupendamente. Y tampoco creo que tuviera esposa, al menos nunca lo había visto en compañía de una mujer. Pero tenía un gran labrador que se llamaba Waldemar. Para satisfacer al vecino, procuré llegar pronto con el fin de que me diera tiempo a jugar un poco con el perro, antes de que empezara la primera emisión oficial de la televisión noruega. Le pregunté al vecino si creía que los perros eran capaces de pensar y contestó que estaba seguro de que sí. También dijo que podía saber por los ojos de Waldemar cuándo soñaba y cuándo sólo dormía, y que podía adivinarlo por el movimiento del rabo. Seguro que sólo sueña con huesos o galletas para perros, objeté, y tal vez también con perras. Pero no creo que un perro pueda soñar una obra de teatro. Como los perros no saben hablar, tam - poco creo que sean capaces de soñar gran cosa, añadí. El vecino me aseguró que Waldemar se expresaba claramente cuando tenía hambre y cuando tenía que hacer sus necesidades, y tampoco resultaba difícil saber cuándo estaba triste o alegre o tenía miedo. Pero no sabe contar cuentos, insistí, no tiene una imaginación desbordante, y por eso tampoco sabe llorar. El vecino me dio la razón en eso. Dijo que procuraba sacar a pasear a Waldemar para que no se meara en el suelo del salón, pero, por fortuna, no tenía que preocuparse de que de repente Waldemar convirtiera los cojines del sofá en un teatro de títeres o empezara a hacer dibujos del Pato Donald en las paredes. Los perros no son tan charlatanes como nosotros, dijo, tal vez es a eso a lo que te refieres. Era justo lo que había querido decir. Añadí: Y sin embargo a lo mejor son tan felices como los humanos.

No nos dio tiempo a decir nada más, porque era el turno de Einar Gerhardsen. El vecino y yo compartimos un histórico evento nacional. Waldemar se fue a la cocina a hacer otras cosas.

El nuevo medio se convirtió muy pronto en un enorme desafío. Más o menos al cabo de un año, logré convencer a mi madre de que comprara un televisor, y no tardé en estar lleno de ideas para nuevos programas. No envié ninguna de las propuestas a la televisión noruega, pero llamaba muy a menudo para dar mi opinión.

Una de mis ideas para un programa consistía en meter a diez personas en una casa vacía. Estarían aislados del resto del mundo y no se les sacaría de allí hasta que hubiesen creado algo nuevo, algo importante para todos los seres de la Tierra. Podrían, por ejemplo, redactar una nueva y mejor declaración de los derechos humanos, crear el cuento más bello del mundo o ensayar la obra de teatro más divertida. A los participantes habría que darles mucho tiempo. Creo que calculé cien días. Eso es mucho tiempo. Como además se trataría de diez

personas cuyo cometido sería llenar de contenido los cien días, serían en realidad mil días, es decir, más de tres años. Si hay buena voluntad, diez personas pueden hacer muchas cosas en cien días. En primer lugar tendrían que aprender a colaborar, ésa era una condición indispensable. Cada vez que tuvieran algo importante que comunicar a la humanidad, podrían llamar a la televisión, y entonces Erik Bye o Rolf Kirkvaag –los más famosos de la tele– irían a la gran casa con una cámara para averiguar qué habían ideado los participantes que fuera tan importante para la humanidad. En aquella época no se solían emplear veinte o treinta cámaras distintas para un programa de televisión, no había tantas cámaras en toda la televisión noruega, pues estoy hablando de antes de que se encontrara petróleo en el mar del Norte. Cuando se hablara ante una cámara de televisión, convendría tener algo importante que decir. No todo el mundo lo tenía, pero al menos se consideraba una ventaja el tener algo que contar. También en aquella época se celebraban orgías desenfundadas, pero habría resultado impensable filmar una fiesta que durara cien días. Eran otros tiempos, tal vez otra cultura, e incluso tal vez algo tan diferente como otra civilización. No digo esto para defenderme, pero no fui capaz de imaginarme la cultura televisiva de hoy. Pronto llené una libreta con buenas ideas para programas, pero sobrepasó mis fantasías más enloquecidas el que se llegaran a conseguir récords de audiencia con series televisivas, de varios centenares de horas, sobre una pandilla de chicas tontas y chicos sobones. Tampoco es probable que César o Napoleón tuvieran la fantasía suficiente como para imaginarse las armas nucleares o las bombas de fragmentación. A veces conviene guardar para la posteridad algunos inventos, no es una meta en sí agotar las ideas ingeniosas enseguida.

De niño pasé mucho tiempo solo. Conforme iba creciendo, más horas pasaba solo. Me encantaba, disfrutaba mucho meditando en soledad. Con el tiempo, me fui concentrando cada vez más en idear tramas para libros, películas y obras de teatro.

Traje conmigo de mi infancia y adolescencia notas para cientos de historias. Se trataba de bocetos para toda clase de cuentos, novelas y relatos, y también para obras de teatro y guiones de cine. Jamás hice ningún intento de elaborar y desarrollar alguna de esas ideas, creo que ni siquiera se me ocurrió. Con tantísimas tramas para elegir, ¿cómo saber cuál escoger para una novela?

De todos modos, nunca hubiera logrado escribir una novela, pues siempre he tenido demasiada inspiración. Estaba tan inspirado durante mis procesos de pensamiento y anotación que constantemente era interrumpido por mi propio razonamiento discursivo al surgir sin cesar ideas nuevas y a veces mucho

mejores que las iniciales. Los novelistas tienden a concentrarse en una misma idea durante mucho tiempo, a veces varios años. A mí eso me parecía una falta de energía, de lucidez mental.

Aunque hubiera sido capaz de concentrarme para escribir una novela, no me habría dado la gana hacerlo. No habría tenido motivación suficiente para escribir una novela, una vez que la idea había sido concebida y se encontraba a salvo en una libreta o carpeta. Lo más importante ha sido recoger y aislar la mayor parte de las ideas, o lo que luego pasé a llamar temas y sinopsis. Tal vez se me pueda comparar con un cazador a quien le encanta cazar animales raros, pero que no necesariamente tiene que estar presente en el posterior descuartizamiento, preparación y consumo de la carne. No es contradictorio el ser un buen tirador y a la vez vegetariano por una cuestión de salud, por ejemplo. Lo mismo ocurre con muchos pescadores deportivos, a los que no les gusta el pescado y, sin embargo, pueden pasarse horas enteras tirando del sedal, y si cogen un gran pez se apresuran a regalarlo a un amigo o a gente que pase casualmente por allí. La élite de los pescadores deportivos va aún más lejos: echan el anzuelo al agua y sacan el pez para, acto seguido, devolverlo al agua. A Dios gracias no se está todo el día pescando con el único fin de ahorrar un poco en los gastos domésticos... El meollo de este noble arte de pescar *capturando y soltando* es precisamente que carece por completo del elemento de captura o utilidad. Se pesca porque es algo maravilloso. Pescar es un juego sutil, un arte noble. La comparación me hace pensar en Ernst Jünger, que escribió en uno de sus diarios de guerra que uno no debe sufrir por un pensamiento que se escapa. Es como un pez que se suelta del anzuelo y vuelve a las profundidades para emerger luego más grande... Si, por el contrario, se saca al pez del agua y se le mete en un cubo de plástico, significa un adiós definitivo al posterior desarrollo del pez. Exactamente lo mismo se puede decir de la idea de una novela si es desarrollada y fijada en una forma más o menos lograda, por no decir publicada. Tal vez la vida cultural se caracterice por capturar demasiado y *soltar* demasiado poco.

Existe otra razón más para que nunca me haya lanzado a escribir una novela, o a «escribir» en general, como se suele decir: me parecía demasiado vanidoso. Desde pequeño he tenido tanto miedo de mostrarme amanerado como de que mi padre de repente empezara a susurrar palabras empalagosas en aquel túnel del amor. No había nada que me resultara más odioso que el que me acariciaran el pelo o la mejilla. Me parecía antinatural y no sabía cómo responder a esa clase de intimidades.

No quiero decir con esto que el ser vanidoso sea una mala cualidad, al

contrario, me encanta la gente vanidosa, siempre me ha divertido sobremanera. Las únicas personas que me resultan aún más interesantes que las vanidosas son las claramente exhibicionistas o autocomplacientes, pues son aún más divertidas que las que son sólo un poco egocéntricas. En los lugares donde hay mucha gente reunida, siempre se me van los ojos rápidamente a los más pomposos, se distinguen con mucha facilidad, pues no es difícil descubrir a un pavo real cuando tiene la cola desplegada. Me resulta más divertido conversar con la gente engreída que con la que tiene un ego más bien leve, ensombrecido total o parcialmente por un considerado interés por los demás. Las personas vanidosas se esfuerzan siempre al máximo por ser lo más divertidas y entretenidas posible. No descansan. Suelen poner en marcha todo un espectáculo.

Por desgracia, yo he estado siempre desprovisto de vanidad. Seguramente habré resultado aburrido a mi entorno, pero me he acostumbrado a vivir con ello. Nunca me permitiría poner en marcha un espectáculo. Reconozco que es una actitud mezquina, pero nunca he accedido a bailar al son que los demás tocan. No digo que no sea hábil, pero nunca he tolerado la idea de que alguien me diga que lo soy.

Con esto quiero explicar por qué nunca he conseguido hacer algo tan vanidoso como escribir y luego publicar y presentar una novela o colección de relatos. ¿Para subir al estrado y recibir aplausos y reverencias? Además, se ha convertido en algo demasiado común. Un día será tan normal escribir novelas como antes lo era leerlas.

Al ver *Candilejas* con mi madre comprendí lo corta que es la vida. Comprendí que pronto me moriría, dejando todo atrás. Al contrario que los vanidosos, he tenido una capacidad especial para seguir ese pensamiento hasta sus últimas consecuencias. Nunca me ha resultado difícil imaginarme salas de cine y teatro llenas, incluso mucho tiempo después de mi muerte. No todo el mundo consigue eso. Muchos están tan embriagados por sus propias sensaciones que son incapaces de entender que existe un mundo. De la misma manera, también son incapaces de entender lo contrario: que el mundo acaba un día, que estamos sólo a unos latidos de corazón de ser separados de la humanidad para siempre.

Jamás he intentado adornar mi carácter exhibiéndome ante los demás o dándome aires ante el espejo. Sólo estoy de breve visita en el mundo. Ésa es una de las razones por las que me ha resultado refrescante toparme con personas vanidosas.

Hablar con niños pequeños o ver una comedia de carácter de Holberg o Molière, puede producirme a veces una purificación mental. De la misma manera, ha constituido una bendición encontrarme con personas vanidosas, son tan cándidas como los niños pequeños, y esa candidez es precisamente lo que

envidia. Viven como si sirviese de algo, como si hubiera algo en juego. Pero somos polvo. De modo que de nada sirve darse aires. O, como dice Mefistófeles al morir Fausto: *¡De qué sirve el eterno crear a ciegas si todo lo creado va a desaparecer!*

Mi madre murió en 1970, justo antes de Navidad. Yo estaba en el último curso de bachillerato. La enfermedad llegó de repente y fue breve, primero un mes en casa con tratamiento ambulatorio diario y luego sólo unas semanas en el hospital.

Mis padres se reconciliaron en las semanas previas a la muerte de ella, justo antes de que fuera ingresada en el hospital. Mi padre me dijo que había destrozado la vida de mi madre, y ella dijo lo mismo de él, es decir, que le había arruinado la vida. Pero continuaron hasta el final con sus reproches y sus calumnias. La diferencia era que ya no se reprochaban el uno al otro, ahora sólo se reprochaban cada uno a sí mismo. No obstante, la suma de reproches y calumnias seguía siendo la misma. A mí no me importaba gran cosa si mis padres se torturaban entre ellos o simplemente a sí mismos.

Fue un entierro precioso. Mi padre pronunció un largo discurso sobre lo maravillosa que había sido mi madre. También mencionó lo que él llamaba el gran «pecado original» en la vida de los dos. No obstante, en la última época habían conseguido encontrarse de nuevo, se habían perdonado el uno al otro sus defectos, dijo. De esa forma habían logrado, a pesar de todo, cumplir la promesa que antaño se habían dado ante el altar. Habían estado juntos en lo bueno y en lo malo, pero también les había dado tiempo a amarse hasta que la muerte los separó.

No hubo ni pizca de fingimiento en las palabras conmemorativas de mi padre, amó realmente a mi madre durante las semanas que precedieron a su muerte. A mí me parecía demasiado tarde, y pensé que podría haberse abstenido de acudir esas últimas semanas. Aunque tal vez la amara aún más las primeras semanas después de su muerte, y no era sólo para que le prestaran atención.

Se suponía que también yo iba a pronunciar algunas palabras en el entierro de mi madre, pero fui incapaz. Estaba destrozado. Creo que mi dolor era más profundo que el de mi padre, por eso no pude decir nada, no era momento para divertimentos. Si no hubiera estado tan afectado por la muerte de ella, seguro que habría pronunciado un discurso conmovedor. No sabía que me fuera a afectar tantísimo. Me limité a levantarme de mi asiento y acercarme al ataúd con un ramo de nomeolvides. Hice un gesto con la cabeza a mi padre y al sacerdote, y ambos me devolvieron el gesto. Al volverme a sentar, vi que el

hombrecillo del sombrero verde de fieltro caminaba por el pasillo central agitando su fino bastón. Estaba de mal humor.

Yo tenía ya dieciocho años y mi padre pensó que debía quedarme con el piso, aunque mi madre ya no estaba. En los meses siguientes continuamos viéndonos una vez por semana. Pero a partir del comienzo de la primavera nos pareció suficiente vernos una vez al mes. Ya habíamos dejado atrás las carreras de velocidad sobre patines y los saltos de esquí y esas cosas. Tampoco hubo más paseos por el túnel del amor. Mi padre murió con más de ochenta años.

Recuerdo que en las semanas posteriores a la muerte de mi madre pensé: Mi madre ya no me ve. ¿Quién me va a ver ahora?

María

No me olvidé de mi madre, nunca se irá de mi memoria, pero me agradó disponer del piso para mí solo. No muchos jóvenes de mi edad tenían entonces su propio piso.

Por algún tiempo no tuve a nadie con quien ir al cine o al teatro, lo añoraba, pero no tardé en empezar a invitar a chicas para que me acompañaran. No me daba vergüenza, no me resultaba nada difícil acercarme a una chica desconocida entre clase y clase con el fin de invitarla al cine o al teatro. A veces conocía a chicas en el autobús o en alguna tienda, o incluso en el centro de la ciudad. Prefería invitar a desconocidas a pedírsele a alguna chica de mi clase, pues eso hubiera podido dar lugar a malentendidos, además requeriría un seguimiento. Aunque no conociera a la chica a la que invitaba, siempre deducía algo sobre ella por su aspecto, y también podía adivinar más o menos su edad.

Me resultaba fácil entablar conversación con las chicas, y pocas veces me decían que no. Se reían, pero dada la forma en la que presentaba el asunto no les parecía extraño que las invitara al cine o al teatro, aunque jamás hubiéramos hablado antes. La manera de proponérselo les hacía sentirse como las elegidas. Y de hecho lo eran, pues no invitaba a cualquiera que se cruzara en mi camino.

A las chicas les gustaba que tuviera mi propio piso. Las invitaba a casa a tomar vino tinto, queso o cerveza y huevos revueltos. Alguna vez se quedaban a dormir, pero sólo excepcionalmente repetía con la misma chica. Pues si permitía que la misma chica viniera varias veces, podía sentirse frustrada si no la invitaba más a menudo, ya que podía crearle expectativas que era incapaz de cumplir, y entonces tenía que dar explicaciones que prefería no tener que dar, aunque siempre haya sido muy hábil para hacerme entender.

Ninguna me guardaba rencor por invitarla sólo a una obra de teatro, una cena y alojamiento por una noche. Los problemas no solían aparecer hasta después de cuatro o seis visitas de ese tipo. Era una paradoja. Una chica que había pasado una noche en mi casa solía quedarse satisfecha. Y tampoco iba luego por ahí contándoselo a todo el mundo. A la mayoría les daba un poco de vergüenza pasar sólo una noche en casa de un desconocido. Pero en cuanto las noches se aproximaban a un número de dos cifras, empezaban a lloriquear, a hablar con las amigas del tema y a dar casi por sentado que el número de noches se convertiría en un número de tres y hasta cuatro cifras.

Jamás he engañado a una chica. Nunca les prometía una cena antes de haber ido al cine o al teatro, ni cama hasta después de haber cenado, y jamás les daba

esperanzas de volver. Era más bien generoso con los piropos, porque apreciaba de corazón esas visitas femeninas, pero nunca di a entender que deseaba o podía comprometerme para un período más largo. Con el fin de evitar malentendidos, subrayaba a veces, mientras le prestaba a alguna chica una toalla, un cepillo de dientes o uno de los viejos albornoces de mi madre, que aunque me encantaba tenerla de visita hasta la mañana siguiente, no debería darle más importancia de la que tenía, es decir, una mera visita agradable. Si la chica me gustaba de verdad, tal vez más que todas las demás chicas juntas, consideraba un deber sagrado el decirle que no tenía intención de atarme. Eso las impresionaba y ninguna salió pitando. Pensaba que hablar claro, como yo hacía, despertaba más su interés por pasar la noche conmigo. A veces se aprecia más lo que uno no espera repetir que las cosas que uno piensa que tendrá eternamente.

Me resultaba divertido recibir visitas de muchas chicas porque cada una de ellas se fijaba en cosas completamente diferentes de mi casa. Algunas iban derechas a la librería a sacar los libros que les interesaban, una tal Irene se puso a hojear *El mundo del arte*, y a una tal Randi le dio por leer en voz alta el libro del doctor Karl Evang sobre la vida sexual. Yo había leído fragmentos de ese libro de pequeño, pero ahora me parecía bastante caduco. Una de las chicas se apresuró a sentarse al piano verde y tocó con gran torpeza un nocturno de Chopin, creo que se llamaba *Ranveig*, y Turid improvisó con unos simples acordes varias melodías del musical *Hair*. La mitad de ellas o más se contentaba con poner un disco en cuanto entraba en el salón. Yo tenía de todo, Joan Baez, Janis Joplin, Simon & Garfunkel o Peter, Paul & Mary. Una rubia de ojos azules quiso que pusiéramos un disco del musical infantil *Karius y Bactus*, pero hasta entonces nadie había mostrado interés ni por Chaikovski ni por Puccini, eso no ocurrió hasta que volví a ver a Hege de pura casualidad a finales de mayo.

Hege había acabado el bachillerato en la rama de música, y cuando la llevé a casa, después de haber visto en el cine *El graduado*, se sentó al piano y tocó el concierto número 2 para piano en do menor de Rajmáninov. El concierto duró más de media hora, y cuando iba por el adagio, estuve por un momento convencido de que la amaba, pero cuando comenzó el allegro final comprendí que era la música lo que me había seducido, no la pianista. Al entrar en el dormitorio le dio un ataque de risa cuando le recordé el robo de aquel Fiat 500 rojo y el posterior romance en un cobertizo del bosque. Ya éramos adultos, y no nos habíamos visto desde esos primeros años de instituto.

Hege pasó tres noches seguidas en mi casa, pero cuando se dio cuenta de que nunca llegaríamos a nada, al cuarto día se retiró y nunca volvió a llamarme.

Comprendí su modo de actuar. Nos conocíamos desde que éramos niños, y hubiera resultado demasiado familiar jugar a juegos de mayores sólo por jugar.

Creo que El Metro opinaba lo mismo que yo, pues estuvo especialmente malhumorado los tres días que Hege pasó conmigo. Daba vueltas por el salón y la cocina, agitando el bastón de bambú delante de los ojos de ella. Me resultaba un misterio que Hege no pudiera verlo.

Muchas de las chicas querían salir a la terraza. Mi madre siempre había cuidado mucho las flores que tenía allí plantadas, y me pareció mal dejarlas morir la primera semana después de su muerte. Cavé, tiré todo lo del año anterior y llené hasta arriba las macetas de tierra y bulbos. El resultado fue sorprendente, pues las macetas del balcón rebosaban de lirios, crocus y tulipanes como nunca, y muchas chicas se dejaron impresionar por mis dotes de jardinero. Cuando hacía buen tiempo, nos sentábamos a veces en la terraza a contemplar la ciudad, con una copa de Martini o de Dubonnet.

Naturalmente tenía que explicar a las chicas por qué vivía solo, y llegado a ese punto, solía enseñarles el armario de mi madre. Por regla general les regalaba un vestido, un traje de chaqueta o un abrigo que les gustara. Primero tenían que probarse la prenda para ver si les quedaba bien, era como un pequeño desfile de modelos. Y para añadir algún detalle, a veces sacaba como por arte de magia, cuando estaban a punto de marcharse, un par de guantes, un chal o un elegante bolso de fiesta. Me gustó en particular la que se quedó con el abrigo de astracán. Se llamaba Therese y se le saltaron las lágrimas cuando doblé el abrigo de piel y se lo metí en una enorme bolsa de papel. Pero no creo que sólo se emocionara de agradecimiento por el abrigo. Creo que interpretó el regalo como una declaración, o al menos como una profunda expresión de mi amor, llena de indirectas, así que tuve que explicarme de nuevo. A mi padre le había dicho que había regalado toda la ropa al Ejército de Salvación, él lo había aceptado sin protestar, tal vez se había olvidado del abrigo de piel. La verdad fue que las chicas se quedaron con casi todo. Además, algunas de ellas me ayudaron a deshacerme de lo más viejo. Pasó medio año hasta que toda la ropa de mi madre hubo salido de casa.

Más de una vez, una chica que había pasado la noche en mi casa miraba hacia otro lado cuando nos veíamos por la calle, pero había tantísimas chicas en Oslo en aquella época que eso no supuso ningún problema de reclutamiento. A principios de los setenta, no resultaba difícil *espiritualizar* una noche. Recuerdo que pensé que había nacido en una buena época, pues veinte años antes, por ejemplo, no habría resultado tan agradable para un hombre de mi edad disponer de su propio piso.

Conocía a muchas chicas de la ciudad ya antes de acabar el instituto, pero aún

no me había enamorado. Me sentía demasiado maduro para las chicas con las que trataba. En ese punto se hizo patente una especie de dualismo cada vez más fuerte. No me sentía demasiado maduro para sus cuerpos, bien es verdad. Pero una mujer no es sólo un cuerpo, y tampoco un hombre, claro. Estaba convencido de que un día conocería a una mujer a quien pudiera amar en cuerpo y alma. Tal vez por esa razón había comenzado a hacer largas y solitarias excursiones al campo. Algún día tendría que encontrarla y, si se parecía a mí, no la encontraría en una discoteca ni en una organización juvenil. Sería más probable encontrarla en lugares típicos de excursionistas, en los bosques que rodean la capital. Así que la encontré en Ullevålseter, hacia mediados de junio.

En la guardería me encantaba sentarme en un rincón a ver jugar a los demás niños. Ahora esos niños eran mayores, casi adultos, y no me resultaba tan interesante contemplar el juego de niños grandes, al menos no ese juego que llamaban fiesta de graduación. Me habían gustado más las actividades preescolares que las postescolares. Durante esas semanas de celebraciones no resultó fácil buscar compañía para ir al teatro, ni recibir visitas de chicas. Pasaban demasiadas cosas en la ciudad.

Casi todos los días hacía largas excursiones a pie por Nordmarka, la gran zona de bosques y montes que rodea parte de Oslo. También hacía viajes más largos, cogía el tren hasta Finse, llegaba hasta el altiplano de Hardanger, bajaba a pie todo el valle de Aurland y volvía a Oslo en tren desde Flåm. Me encantaba ir en tren, me gustaba observar a la gente y encontraba gran satisfacción en pensar en muchas cosas mientras pasaba velozmente por el paisaje. Había acabado el instituto, unos días más tarde recibiría las notas: aprobado en gimnasia y sobresaliente en todo lo demás, de manera que no tenía otra cosa que hacer que ir de excursión y montar en tren. Mi padre me cubriría todos los gastos de manutención hasta el 15 de septiembre.

Cuando iba a pasear o de excursión, llevaba siempre conmigo un lápiz y una libreta para tomar notas. Sobre todo me gustaba meditar mientras caminaba. Siempre estaba pensando, pero me resultaba más fácil fabular sin escrúpulos moviéndome por la naturaleza que sentado en un sillón de mi casa. Schiller señaló que el ser humano es libre cuando juega, porque cuando juega sigue sus propias leyes. Podría decirse así, pero también podría verse desde la perspectiva contraria: resultaba más fácil jugar con pensamientos e ideas paseando libremente por la montaña de Hardanger que dando vueltas entre las cuatro paredes de un piso, como un prisionero en una ciudad dormitorio. Hay que añadir otra cosa: por regla general, El Metro solía quedarse en casa. También

podía aparecer por la ciudad, pero rara vez se le veía en el bosque o en la montaña.

Mis pensamientos eran más audaces y frescos cuando caminaba. De esa forma surgieron un sinnúmero de nuevos temas y sinopsis. En casa guardaba grandes catálogos y registros de mi colección de ideas para cuentos y novelas, obras de teatro y guiones de cine. Había pasado a máquina las mejores ideas, antes de colocarlas en una carpeta. Una vez archivadas, casi nunca solía sacarlas para volver a mirarlas.

Aún no se me había ocurrido desarrollar ninguna de las ideas. Eso de incubar tramas no era más que un hobby, algo así como un vicio o una anomalía. Algunas personas coleccionan monedas o sellos. Yo coleccionaba mis propios pensamientos e ideas.

Una vez, una chica se puso a ojear uno de los archivadores de anillas. Lo había sacado de la estantería de mi cuarto de trabajo y empezó a leer en voz alta. No le dejé pasar la noche, bastó con una cerveza y unos huevos revueltos. A partir de entonces, guardé bajo llave todos los archivadores y registros en dos sólidos armarios debajo de las estanterías del salón.

Bajando a pie por el valle de Aurland se me ocurrió una cosa. Era una idea completamente nueva y relacionada con el hecho de que acababa de conocer a un joven escritor en el Club 7 que sólo tenía cuatro o cinco años más que yo. Lo invité a una botella de vino y estuvimos charlando toda la velada. Él era bastante infantil, a pesar de sus magníficas gafas tipo John Lennon, un montón de pelo y barba, y unos pantalones de pana convenientemente raídos. Pero al menos no era tan infantil como mis coetáneos, que se encontraban de fiesta de graduación. Saqué unas notas que había tomado antes ese mismo día. Se trataba de tres o cuatro hojas escritas con letra muy apretada sobre un ingenioso tema para una novela. Se las dejé leer por encima, y se entusiasmó. Me miró con envidia, ensalzando lo que le acababa de enseñar. No me sorprendió, sabía que le había presentado una excelente idea para una novela, pero sus elogios no me produjeron ningún placer, mucho menos viniendo de un escritor tan joven y tan poco experimentado. No se lo había enseñado para que me elogiara. Si pagas el vino, te daré estas hojas, dije. Se quedó estupefacto. Tú eres escritor, expliqué. Prometo no revelar jamás de dónde has sacado la idea, pero tendrás que pagar el vino y cincuenta coronas. Me devolvió el dinero que yo ya había abonado por el vino, y además me dio un billete de cien coronas. En el Club 7 había que pagar la botella de vino antes de descorcharla. En el instante de recibir el billete de cien, descubrí a El Metro, que andaba agitado entre las mesas del café hasta que se volvió de repente y me amenazó con su bastón de bambú.

Hoy ese joven de gafas tipo John Lennon, que no hace mucho cumplió los

cincuenta, es uno de los autores más importantes del país. Volvería a encontrarme con él en numerosas ocasiones después, y ahora recibo el diez por ciento de todo lo que gana con sus libros. Sólo lo sabemos él y yo.

En el valle de Aurland me quedé un buen rato parado delante de un profundo cráter en la roca, llamado El Pequeño Infierno, y por primera vez se me ocurrió que a lo mejor todas esas ideas mías podían llegar a convertirse en una profesión. Yo poseía algo no muy corriente entre la gente. No era vanidoso, no ambicionaba la fama, pero necesitaba dinero y no tenía intención de aceptar cualquier trabajo veraniego de estudiante. Además, a partir del 15 de septiembre no tendría de qué vivir, pues mi padre me había dejado muy claro que desde ese momento se cerraría el grifo. Se suponía que me pondría a estudiar una carrera, y, como él decía, el estado concedía un crédito a todos los estudiantes. Mi padre no sabía que yo sería incapaz de vivir de un préstamo de estudiante, pues sólo las visitas de las chicas a mi casa sobrepasaban los límites de lo que podría esperarse de la Caja Estatal de Crédito para el Estudiante. Y si no tenía dinero, tampoco podría moverme libremente. La idea me resultaba poco atractiva.

Esa repentina ocurrencia me pasó velozmente por la cabeza, como suele pasar con las ocurrencias repentinas. Si lo menciono, es porque soy capaz de señalar con precisión cuándo y dónde tuve la idea por primera vez. Fue mientras estaba mirando el interior de El Pequeño Infierno. Recuerdo haber pensado que era una buena idea, era una *metaidea*, es decir, una idea que encajaba sólidamente con todas las demás ideas que había tenido y que, por así decirlo, las dejaba en su justo lugar.

Hoy resulta natural pensar en esa excursión por el valle de Aurland como en el propio pacto con el diablo.

Mientras vagaba por la naturaleza, pensaba a menudo en el pasado. Algo había terminado y algo nuevo estaba a punto de comenzar. Tendría que buscarme un lugar respetable pero anónimo en la sociedad.

Ya en esa época, era a veces incapaz de distinguir entre realidad recordada e imaginación recordada, lo cual se debía a mi particular habilidad para mantener vivos recuerdos de mi propia imaginación, a la vez que tenía un recuerdo más bien confuso de la vida real. A veces eso me asustaba, me ponía un poco nervioso, pero es demasiado simple sacar la conclusión de que tuve una infancia traumática y que por ello la he reprimido. Mi madre siempre creyó que tuve una infancia infeliz. Yo, por mi parte, opinaba que había tenido una infancia realmente bonita.

Recuerdo una vez que volaba sobre la ciudad. Veía todas las casas desde

arriba y podía elegir libremente dónde quería bajarme a observar el interior de los salones y dormitorios. Por las ventanas veía cómo vivía la gente, y no existía, por tanto, secreto que no fuera capaz de descubrir. Fui testigo de muchas cosas, desde problemas domésticos de diversa índole hasta las variantes más inauditas de la sexualidad humana. Era como estudiar a monos enjaulados, y a veces me avergonzaba de formar parte de mi especie. Una vez vi a una mujer y un hombre copular sobre una gran alfombra de pelo largo en presencia de una niña de dos o tres años, que estaba sentada en el sofá mirando. Me pareció antinatural. En otra ocasión, observé a un hombre pasándose muy bien en una gran cama de matrimonio con dos mujeres a la vez. No me sentí moralmente indignado por ello, pero sí hubo otras escenas que me dejaron perplejo. También fui testigo de una brutal pelea, con motivo de una deuda, en la que fui incapaz de intervenir. No llegué a saberlo con seguridad, pero me pareció que uno de los hombres quedaba muerto en el suelo mientras el otro escapaba.

Todo esto es imaginación recordada, claro está, pero aprendí mucho de esas fantasías, a veces estaban cargadas de sabiduría. De esos viajes por la imaginación saqué mucho material para las novelas policiacas que ideé más tarde. Una novela policiaca tiene por regla general un núcleo comprimido de acción, que es posible escribir en una sola página. El arte del autor consiste en retener ese núcleo de información. El detective necesita tiempo e ingenio para el esclarecimiento de los hechos, eso es lo que le gusta al lector. Paso a paso, el investigador se va aproximando a una mejor comprensión de lo que realmente ha sucedido; además, debe perderse por pistas falsas, pero al ir haciéndose más nítida y completa la imagen de lo ocurrido, los lectores se sienten listos, sienten que ellos mismos participan en la resolución del misterio.

También aprendí de los sueños: un sueño podía ser como un libro abierto. En aquella época, dos o tres paisajes se repetían constantemente en mis sueños, y unos cuantos seres aparecían ocasionalmente. Estaba convencido de que no sólo eran un reflejo de algo que había vivido en el mundo exterior, al contrario, representaban algo nuevo, eran auténticas nuevas vivencias de las que aprendía y que me han formado como el ser adulto que soy hoy. Pero ¿de dónde venían los sueños? No era capaz de decidir si todos mis sueños y viajes mentales se debían sólo a una antena especialmente preparada para captar lo que venía de fuera, o si estaba en posesión de una ecosonda, capaz de registrar todos los estratos de secretos en un abismo sin fondo dentro de mí mismo.

Ya no soñaba con el hombrecillo del bastón, pero no me habría importado toparme con él si sólo hubiera sido en sueños. Habría sido mucho más agradable soñar con él que tenerlo paseándose por mi casa a todas horas.

También hice viajes mentales más espectaculares. Por ejemplo, estuve en la Luna muchos años antes que Armstrong y Aldrin. Recuerdo una vez que estuve en la Luna contemplando la Tierra. Muy en lo alto, allí arriba, estaban los seres humanos. Más tarde se convirtió en un tópico, pero mucho antes de que Armstrong diera el gran salto para la humanidad yo había estado en la Luna viendo lo tragicómico que resulta todo eso de las guerras y las fronteras entre los países. Tenía unos doce años cuando hice aquel viaje mental. Desde entonces, tengo una visión cada vez más aguda de todas esas insignificancias con las que la gente llena su vida. Y más cómico que todo lo demás me parecían los elogios y las críticas, el honor y la fama.

También hice viajes mentales a destinos mucho más lejanos en el espacio. Una vez viajé en una máquina del tiempo a la Tierra antes de que en ella hubiera vida. Volé sobre las aguas, y veía la Tierra como un capullo a punto de reventar, porque sabía que la vida en la Tierra comenzaría en breve. Eso fue unos cuatro mil millones de años antes del primer gobierno de Gerhardsen.

En otras ocasiones viajaba sobre las alas del alma a diversos lugares de la ciudad, por ejemplo al corredor de algún teatro, donde podía sentarme en lo más alto y contemplar a todos los actores. En una ocasión, el hombrecillo se había sentado en uno de los focos, a sólo metro y medio de donde yo estaba. Me miró de reojo con una cara como de estar harto de la vida, y dijo con voz pastosa: *Así que tú también estás aquí. ¿Es que nunca puedo hacer nada por mi cuenta? ¡Y eso lo decía él!*

Constantemente me venían a la cabeza nuevas ideas. Me soplaban en la nuca, se manifestaban como cosquillas en la tripa, me dolían como heridas abiertas. Yo sangraba historias y cuentos, mi cerebro bullía de ideas nuevas, era como si la lava roja saliera en masa desde un ardiente cráter de mi interior.

Siempre andaba necesitado de pensar, casi siempre tenía que buscar algún lugar para sentarme discretamente con lápiz y papel a evacuar mis pensamientos. Lo que evacuaba podían ser, por ejemplo, largas conversaciones entre dos o más voces dentro de mi cabeza, y con frecuencia en torno a un determinado tema ontológico, epistemológico o estético. Una voz podía decir: *Para mí es evidente que el ser humano tiene un alma inmortal que sólo por un breve periodo de tiempo se aloja en un cuerpo de carne y hueso.* Y la otra podía contestar: *No, no. El ser humano es un animal como todos los demás. Lo que tú llamas alma está indisolublemente unido al cerebro, y el cerebro es soluble. O como dijo Buda en su lecho de muerte: todo lo compuesto es perecedero.*

Diálogos de ese tipo podían extenderse sobre decenas de hojas Din A-4, y me sentía muy aliviado cuando podía sacármelos de la cabeza. Sin embargo, casi en

el mismo instante de haberlos anotado en el papel, me encontraba de nuevo repleto de voces, y de nuevo sentía la necesidad de vaciarme.

Los diálogos de los que me aliviaba también podían tratar sobre la vida cotidiana. Una voz podía decir: *Ya es hora. Al menos podrías haber llamado para decir que te ibas a retrasar, ¿no?* Y la otra voz se veía obligada a contestar: *Te dije que la reunión podía alargarse.* Y de nuevo la primera voz: *No irás a decirme que la reunión ha durado hasta ahora. ¡Son casi las doce!* Y con ello estaba en marcha la polémica.

Nunca pensaba de antemano para qué servirían luego esas líneas iniciales. Al contrario, precisamente con el fin de no tener que pensar en ello, solía desarrollar el diálogo completo, para acabar con él de una vez por todas. La única manera de librarse de la pesada insistencia de un cerebro sobrecalentado era fijar los impulsos por escrito.

A veces me empapaba el cerebro de alcohol, y entonces el licor volvía a salir en forma de historias, era como si el líquido se evaporara y se convirtiera en puro espíritu. Aunque el alcohol tenía un efecto estimulante sobre la imaginación, al mismo tiempo atenuaba el miedo a ella; es decir, ponía en marcha el motor que llevaba dentro, a la vez que proporcionaba valor y fuerza para soportar que el motor trabajara. A menudo tenía una bandada de voces en mi cabeza, y con un par de copas ya me había armado de valor para recogerlas todas.

Al despertarme por las mañanas, no siempre recordaba lo que había anotado la noche anterior, al menos no lo último que había garabateado en la libreta tras un par de botellas de vino. En esos casos, resultaba emocionante ponerse el batín y pasar por el despacho a echar un vistazo al escritorio. Podía haber algo interesante, y cuando me encontraba con un montón de cosas de las que no recordaba absolutamente nada, aquello se convertía en una especie de documento místico surgido de la escritura automática.

Puede que fuera una fuerza motriz tanto para la imaginación como para la ingesta periódica de alcohol eso que siempre trataba de olvidar pero que tampoco era capaz de recordar. ¿Por qué iba a gastar energía en olvidar algo que de todos modos no conseguía recordar?

Únicamente mis encuentros con la naturaleza en mis paseos por el bosque y la montaña, además de las visitas de las chicas, me proporcionaban durante breves instantes una especie de tranquilidad de espíritu.

Yo era un místico de la naturaleza incluso antes de empezar el instituto. Para mí el mundo era algo onírico y hechizado. Escribí en mi diario: *He desenmascarado casi todo. Lo único que no soy capaz de desenmascarar es el propio mundo. Resulta demasiado macizo, demasiado impenetrable. En lo que*

a éste se refiere, he desistido ya hace mucho. Sólo él me impide tener la sensación de comprensión total.

Era, además, un romántico. Jamás se me hubiera ocurrido decirle a una chica que la quería sin ser verdad. Tal vez por eso me aficioné a las visitas de chicas. Pensaba que quizá algún día llegaría a ser un amante fiel. Si de mí hubiera dependido, podría haber vivido toda la vida en una cabaña en el bosque en compañía de una mujer a la que amara de verdad, sólo tenía que encontrarla primero. Mientras paseaba, estaba seguro de que podía aparecer en cualquier momento. Tal vez estuviera en el sendero tras la siguiente curva. No es ninguna exageración. No tenía duda de que existía.

No había casi nadie paseando por Nordmarka aquella calurosa tarde de junio. Quizá precisamente por ello albergaba expectativas muy especiales para ese día. Había recorrido el último tramo hasta Skjennungstua sin cruzarme con un alma, lo que hacía aumentar las posibilidades de que de repente alguien me saliera al encuentro. Si el bosque hubiera estado lleno de gente, puede que no nos hubiéramos visto, al menos no nos habríamos parado a hablar.

Entré en el café, compré un gofre y una taza de zumo caliente de grosella y fui a sentarme en la hierba. En un banco, a cierta distancia, había una chica con vaqueros, jersey rojo y pelo oscuro y rizado. Éramos las únicas personas en Ullevålseter. También ella estaba bebiendo algo, y, al cabo de un rato, se levantó y vino hacia mí. Por un segundo temí que se tratara de alguna de las chicas que habían pernoctado en mi casa, algunas eran morenas y también tenían el pelo rizado. No resultaba fácil recordarlas a todas. Pero la que en ese momento estaba delante de mí tenía que ser bastante mayor, tal vez ocho o diez años más que yo. Una chica de mi edad no hubiera tomado una iniciativa tan desinhibida. Se sentó en la hierba y dijo que se llamaba María. Lo dijo en sueco, yo nunca había estado antes con una chica sueca. Estaba convencido de que María era la chica que había estado buscando durante los últimos meses. Tenía que ser ella, pues allí no había nadie más. Habría sido demasiada casualidad encontrarnos en Ullevålseter un caluroso día de junio si no hubiéramos estado predestinados el uno para el otro.

Nos bastó una conversación superficial de unos minutos para poder hablar con toda libertad, como si fuéramos viejos amigos. Ella tenía veintinueve años, y acababa de licenciarse en Historia del Arte en la universidad de Oslo. Antes de eso, había estudiado el arte del Renacimiento en Italia. Se alojaba en las viviendas para estudiantes de Kringsjå, también eso representaba algo nuevo y prometedor. Las chicas a las que había conocido hasta entonces siempre tenían que venir a mi casa, porque vivían en el seno de grandes familias con padres y

hermanos pequeños. María había nacido en Suecia, pero sus padres vivían ahora en Alemania.

Era completamente diferente a las chicas que había conocido hasta entonces, y cuanto más la conocía, más me percataba de lo parecidos que éramos en muchos aspectos. Era encantadora, atractiva y divertida. A la vez, poseía algo de mi propia capacidad de hacer asociaciones rápidas. Tenía una inteligencia refinada y rebosaba de pensamientos, perspectivas e ideas, al igual que yo. Era tierna y vulnerable, pero a veces también descarada y desconsiderada. María fue el primer ser humano al que conocí por el que verdaderamente llegué a sentir algo y con quien quería y podía comunicarme. Éramos como dos gotas de agua. Yo era Ánimus y ella Ánima.

Me enamoré con locura por primera vez en mi vida, y no viví el enamoramiento como algo superficial. Había conocido a muchas chicas, incluso diría muchísimas, lo que significaba que no me enamoré así de María por falta de experiencia. Me pareció que me había construido una buena base para iniciar una relación seria.

Ya mientras estábamos sentados en la hierba en Ulle - vålseter empecé a contarle historias. Era como si ella pudiera ver en mis ojos que yo estaba lleno de historias, como si supiera que podía sacármelas todas. Ella siempre tenía muy claro qué historias eran inventadas y cuáles había vivido. María entendía lo que era ironía y metaironía, lo cual es una condición indispensable para la auténtica comunicación.

Le narré un pequeño surtido de mis mejores historias, y María no se limitaba a escuchar, sino que hacía comentarios y preguntas, y también presentaba propuestas. Sin embargo, aceptaba siempre mi modo de finalizar las historias. No lo hacía por cortesía, sino porque comprendía que no era capaz de acabar las historias mejor que yo. Si yo hubiera dicho alguna tontería o incoherencia, ella habría aprovechado la primera ocasión para corregirme. Pero no dije ninguna tontería o incongruencia, todo lo que le conté a María aquella tarde estaba muy pensado. Ella lo entendió. María era adulta.

Empezamos a bajar hacia el lago de Sogn. Me pareció innecesario proponerle que pasáramos el resto de la tarde juntos. Estábamos desbordantes, entusiasmados, como si nos estuviéramos bañando en espuma de champán.

Y, sin embargo, creo que me di cuenta ya durante ese primer encuentro de que María se me parecía también en que no se precipitaba en dar garantías para el futuro más próximo. Yo, por mi parte, estaba dispuesto por primera vez a decir a una chica que tal vez podría desempeñar el papel de la mujer de mi vida, pero ignoraba si María estaba dispuesta a permitirme desempeñar un papel tan importante en su vida.

Justo antes de llegar al lago de Sogn empezó a llover. Hacía bochorno. Nos refugiamos en el brezo bajo unas grandes ramas no muy lejos del sendero. La abracé y ella me correspondió. Me desabroché el cinturón y nos ayudamos con los pantalones. Primero nos acariciamos y luego le pregunté si tomaba anticonceptivos. Me miró con una sonrisa burlona y negó con la cabeza. ¿Por qué no?, pregunté. Ella se rió. Estás dando la vuelta a la pregunta, dijo. Yo no entendía nada, era la primera vez que estaba con una chica a la que no entendía. Ella dijo: No tomo anticonceptivos porque no tengo nada en contra de tener un hijo. Le dije que estaba chiflada.

Cuando todo hubo acabado para ella, eyaculé en el brezo. María volvió a reírse. Tenía diez años más que las chicas con las que había estado. No dio ninguna importancia a que yo finalizase solo en el brezo porque ella no tomaba anticonceptivos. No creo que tampoco El Metro se la diera. Estaba de pie bajo la lluvia con el sombrero mojado, agitando el brezo con su fino bastón.

Nos vimos todos los días durante las siguientes semanas. Por primera vez había conocido a una chica que estaba a mi nivel. También había estado cómodo con otras chicas, pero nunca había sentido pena al dejarlas marchar a la mañana siguiente. Había llegado a odiar esos estúpidos desayunos. Muchas chicas veían el desayuno como una especie de principio; yo consideraba el desayuno como el final. Pero habría echado de menos a María si de repente se hubiera marchado al acabar de desayunar. Como éramos tan parecidos, pensé que ella podría desaparecer en cualquier momento. También pensé que María había puesto el listón muy alto para las personas con las que quería estar. Por ahora me sentía por encima de aquel listón.

Después de haber hecho el amor, yo siempre estaba rebosante de ideas. María lo sabía. Me pedía que le dijera en qué estaba pensando, y yo le contaba una historia, por regla general un relato nuevo que me inventaba en el momento de contarlo. A veces tenía la sensación de que se acostaba conmigo sólo porque sabía que era la manera más rápida de hacerme contar una historia emocionante. Yo no habría tenido escrúpulos ante un intercambio de ese tipo, siempre y cuando se hubiera tratado de un acuerdo tácito. No me había comportado mal con las chicas con las que había estado, y a María no se la podía acusar de portarse mal conmigo. Éramos iguales, igual de desvergonzados en nuestra entrega erótica, igual de cínicos en nuestra ternura. Nos saciamos el uno del otro, la cuestión era quién de los dos sería el primero en agradecer la comida y marcharse.

Una noche fuimos a la Ópera a ver *Madama Butterfly*. También a María le gustaba Puccini, lo cual yo apreciaba. Era como si se hubiera cerrado un círculo. Habían pasado unos años, pero ahora estábamos en la Ópera viendo de

nuevo *Madama Butterfly*, con la única diferencia de que nadie intentaba ya negarnos una copa de Cinzano entre el primer y el segundo acto. La traición de Pinkerton era igual de sangrante, pues destrozó el corazón de esa frágil mujer de Nagasaki, pero ni Puccini ni su libretista podían sospechar que unas décadas más tarde los americanos volverían a destrozar Nagasaki. Eso fue durante la peor época de la guerra de Vietnam, y después de la función estuvimos en un restaurante hablando de que habría muchos miles de Pinkertons en Saigón –y aún más «mari - posas».

No me llevé una sorpresa cuando María vino a mi casa un día a finales de agosto a decirme que pusiéramos fin a nuestra relación, pero sí me entristeció. Me sentí estúpido. Me sentí tan torpe como aquellas chicas que habían pensado que cuatro o seis noches en mi casa justificaban una prolongación de la relación.

No me sorprendió que María me dejara de repente, porque llevaba un tiempo diciendo que me tenía miedo. En una ocasión me dijo que había empezado a tener miedo de mirarme a los ojos. Cuando le pregunté por qué, miró hacia otro lado y dijo que todas las historias que le contaba la ponían nerviosa, le asustaba lo que llamaba mi imaginación. Me sorprendió que fuera tan asustadiza. Más tarde precisó que seguía gustándole oírme contar historias, y que no eran las historias en sí lo que le asustaba, pero que no sabía si a la larga sería capaz de mantener una relación íntima con alguien que vivía más en su propio mundo que en la realidad. Yo había cometido la torpeza de hablarle del hombrecillo del bastón de bambú, y en un par de ocasiones se lo había señalado en la habitación. No siempre merece la pena ser sincero por encima de todo.

Me dijo que había solicitado un puesto de conservadora en uno de los grandes museos de Estocolmo.

Nos seguimos viendo, pero sólo una o dos veces por semana. Éramos buenos amigos, nunca hubo entre nosotros malas palabras. Pensé que también yo había seguido siendo amable con las chicas que habían pasado alguna noche en mi casa.

Íbamos al cine y al teatro, y algunas veces dábamos largos paseos por Nordmarka. Seguí contándole historias, pero ya sólo cuando me lo pedía. Dejamos de hacer el amor entre las plantas de arándanos y en la cama de María, en la ciudad universitaria. Los arándanos habían madurado. Echaba de menos el cuerpo de María.

Una cálida noche, a finales del verano, nos sentamos en la hierba enfrente de Frognerstøien, y estuve contándole durante horas una larga historia sobre una partida de ajedrez con piezas vivas. Empecé la narración después de una charla

con un matrimonio escocés que estaba señalando el fiordo de Oslo mientras decían que Noruega les recordaba a Escocia. La historia se fue fraguando mientras la contaba, tenía una gran galería de personajes, y a María le impresionó sobre todo el que fuera capaz de inventar todos los nombres escoceses. La estructura básica de la historia era más o menos como sigue:

Lord Hamilton, que había enviudado pronto, moraba en una gran hacienda en las Tierras Altas escocesas. Desde niño era un apasionado jugador de ajedrez, y como también le gustaba estar en el exuberante jardín detrás del edificio principal de la hacienda, mandó construir un enorme tablero de ajedrez al aire libre, en el patio que se abría entre un complejo laberinto de setos recortados y un gran estanque con carpas. El tablero constaba de sesenta y cuatro losas de mármol blancas y negras de dos por dos yardas, y las piezas, talladas en madera, medían de dos a tres pies de altura, según el valor y rango de cada una de ellas. En las tardes de verano, los criados observaban desde las ventanas a su amo mover las enormes piezas de madera por las losas de mármol. A veces se pasaba una hora sentado en un sillón del jardín y luego volvía a levantarse para realizar el siguiente movimiento.

Lord Hamilton tenía una campanilla que hacía sonar cuando quería que el mayordomo le llevara una bandeja con whisky y agua, y a veces éste le preguntaba si no quería entrar ya en casa, lo decía por la salud del señor, pero tal vez tuviera también en mente que el dolor de lord Hamilton por la pérdida de su esposa, junto con su apasionado interés por el ajedrez, podía hacerle perder el juicio. Esa leve preocupación no disminuyó cuando una noche lord Hamilton le pidió que se pusiera sobre el tablero para hacer de caballo negro, ya que esa tarde se habían llevado al taller esa figura para repararla tras una fuerte tormenta. El mayordomo permaneció de pie sobre el tablero casi dos horas, y sólo un par de veces en el transcurso de la partida lord Hamilton se introdujo en el tablero de losas de mármol para empujarle dos casillas hacia delante y una hacia un lado, o una hacia atrás y dos hacia un lado. Cuando por fin fue comido por un alfil blanco y pudo volver a la casa (muchas horas antes de acabar la partida) estaba congelado y de mal humor, pero, por supuesto, también muy aliviado.

Cuando lord Hamilton movía las piezas blancas y negras, resultaba imposible saber si tomaba partido por uno de los colores del juego, ya que en realidad jugaba tanto a favor como en contra de sí mismo, es decir que tanto ganaba como perdía cada partida, excepto cuando acababa en tablas. Cada vez con mayor frecuencia quitaba todas las piezas del tablero y las colocaba sobre el extenso césped. En esos casos permanecía sentado durante horas contemplando las losas de mármol. Se murmuraba entre los criados que veía las

piezas sobre el tablero aunque no se encontraran allí; así podía jugar al ajedrez consigo mismo sin tener que levantarse del sillón en el que estaba sentado.

Durante mucho tiempo, el mayordomo hizo lo que pudo para apartar del tablero y de las piezas los pensamientos de su amo, y una noche propuso a lord Hamilton que organizara una fiesta de verano como en los viejos y felices tiempos en que aún vivía la señora. Eso sucedió una de esas raras noches en que el señor, que solía preferir su propia compañía, había invitado al mayordomo a un whisky, y los dos estaban sentados frente al estanque de las carpas con una copa en una mano y un puro en la otra. Lord Hamilton permaneció en silencio durante unos segundos observando una de las carpas, antes de dirigirse al mayordomo y mostrarle su acuerdo con que tal vez lo de la fiesta fuera una excelente idea. Pero tendría que ser una especie de fiesta de disfraces, dijo.

En las horas siguientes, confeccionaron la lista de invitados, y cuando lord Hamilton comentó que se invitaría exactamente a treinta y una personas, el mayordomo empezó a preocuparse, pues sabía muy bien que un ajedrez consta de treinta y dos piezas, y tenía muy reciente el recuerdo de cómo él mismo se había visto obligado a permanecer durante un par de horas en medio del tablero, sólo para satisfacer los deseos insensibles del señor. Éste tampoco ocultó que uno de los propósitos del sugerido baile de disfraces era el de poner en escena una partida de ajedrez con piezas vivas, a modo de espectáculo al acabar la cena. Unos días más tarde se escribieron las invitaciones, en las que se anunciaba una fiesta de ajedrez en la mansión de lord Hamilton, rogándose a los invitados que acudieran disfrazados de rey, reina, torre, alfil, caballo o peón. Los peones eran realmente campesinos de la región, ocho campesinos y ocho campesinas, y los demás eran oficiales de la armada, funcionarios de alto rango o representantes de la nobleza y la aristocracia.

Al mayordomo no le sorprendió que la totalidad de los invitados confirmara su asistencia, porque aunque en los últimos años lord Hamilton se había convertido en un cascarrabias prácticamente inabordable, tanto él como su casa gozaban de gran respeto en el lugar. Con excepción del duque de Argyll, que había sido invitado a acudir disfrazado de rey, el rango de lord Hamilton era superior al de todos los demás invitados. Para los campesinos, una invitación a casa de lord Hamilton era en sí un acontecimiento, por no decir una oportunidad casi única, porque fuera del tablero de ajedrez también regían unas reglas muy rígidas en cuanto a las diferencias de rango y clase.

En las siguientes semanas, la fiesta de disfraces que se celebraría la noche de San Juan fue el único tema de conversación en toda la región. Uno de los campesinos comunicó con muy poca antelación su imposibilidad de asistir debido a una enfermedad de un familiar cercano, pero no resultó difícil encontrar una nueva pareja de campesinos para la gran fiesta. Había

campesinos en abundancia, y tampoco el disfraz era importante, pues bastaba con que fueran vestidos de ellos mismos.

Llegó el día, y ya en el transcurso de la cena se hicieron muchas nuevas amistades entre los distintos rangos y clases. Después de la cena se sirvió el café y el postre en el jardín, y al poco tiempo, lord Hamilton hizo sonar la campanilla para atraer la atención de los invitados. Todos sabían ya que se jugaría una partida de ajedrez sobre las losas de mármol, con los invitados como piezas vivas, pero el señor tenía que informar primero sobre la ubicación de cada uno en el tablero.

En la mesa, la colocación había sido más bien informal y aparentemente casual, pero no ocurrió así en el tablero. En primer lugar, lord Hamilton colocó a los peones –ocho hombres y ocho mujeres–. El campesino MacLean fue colocado como peón blanco en A2, enfrente de su mujer, peón negro en A7. A su derecha tenía a la campesina MacDonald, en B2, que a su vez estaba enfrente de su marido, peón negro en B7. Ese sistema tan premeditado permitía que todos los cónyuges pudieran vigilarse mutuamente en el tablero, y, además, podían controlar cómo se llevaba su marido o mujer con el peón (hombre o mujer) que tenía a su derecha o a su izquierda. La misma técnica servía de base para el resto. El caballo blanco (el comisario MacLachlan) fue colocado en B1, detrás de la campesina MacDonald; y su esposa, el caballo negro, estaba en B8, detrás del campesino MacDonald, en B7. Había en el tablero dieciséis mujeres y dieciséis hombres, eran dos equipos, con los matrimonios enfrentados y los sexos intercalados. Únicamente la colocación de los reyes y reinas rompía la simetría. El propio lord Hamilton se situó como rey blanco en E1; tenía a la duquesa a su izquierda como reina blanca en D1 y enfrente al duque de Argyll, que hacía de rey negro en E8. Pero lady Hamilton ya no estaba entre ellos, así que en el papel de reina negra, en D8, Hamilton colocó a la viuda de MacQueen, con quien conversaba de tarde en tarde en la ciudad o en el cementerio, y a la que había echado el ojo.

Sólo ambos reyes podían decidir en cualquier momento qué piezas se moverían; los demás invitados no eran más que extras en ese aspecto formal del juego. Lord Hamilton no había ocultado que la partida de ajedrez podría prolongarse hasta tarde, tal vez hasta la madrugada, porque tanto el duque como él mismo eran expertos jugadores de ajedrez. Por otra parte, la partida debería ser también un juego de placer en el que todos los participantes tuvieran ocasión de conocerse. Cada pieza era un alma viva y los invitados fueron retados a entretenerse los unos con los otros de la mejor manera posible, mientras esperaban a que lord Hamilton y el duque decidieran los movimientos

de las piezas. Además, conforme los participantes eran comidos, podían continuar la fiesta en el gran jardín.

Lord Hamilton abrió la partida ordenando al peón blanco Mac Arthur moverse dos casillas hacia delante, de E2 a E4, y el duque de Argyll respondió moviendo a la señora MacArthur otras dos casillas hacia delante, de E7 a E5, y con ello la partida estaba en marcha. El mayordomo, que corría de un lado para otro sobre el tablero de ajedrez con copas para todos los que se las pedían, fue el mejor testigo de lo que allí sucedió. Personalmente no sentía gran interés por el ajedrez, pero pronto se dio cuenta del tenso ambiente que reinaba sobre las losas de mármol. Aquí vamos a centrarnos únicamente en uno de los muchos dramas que allí se vivieron, que, por otra parte, fue el más importante.

Mary Ann MacKenzie, de unos veinticinco años, era una mujer de un encanto inusual. En el tablero hacía de peón blanco en D2, enfrente de su marido, Iain MacKenzie, en D7. Iain era mucho mayor que ella y durante años se le había conocido como un gran mujeriego. También había tenido varias amantes después de contraer matrimonio, y había cortejado a varias de las mujeres casadas de la región, dos de las cuales se encontraban esa noche en el tablero de lord Hamilton, con una copa de vino dulce en la mano.

Todo el mundo en aquel lugar sentía compasión por la bella Mary Ann. Se decía de MacKenzie que no sólo le era infiel, sino que también era un tirano en su hogar. Los dos cónyuges eran, pues, verdaderos antagonistas. De Mary Ann se decía que tal vez era la joven más dulce y bella de todas las Tierras Altas. Era tan encantadora que no es una exageración decir que todos los que la conocían se enamoraban inmediatamente de ella, y esto no sólo les pasaba a los hombres. Había algo extraño en Mary Ann que hacía que también muchas mujeres pasaran las noches en vela pensando en ella con gran ternura.

Iain era un elemento perturbador que en ciertas épocas había amenazado la estabilidad de más de un matrimonio del lugar, lo que no ocurría con Mary Ann, aunque pudiera parecer una paradoja. Cuando tanto la mujer como el marido de una granja se sentían atraídos por lo mismo, seguían bien avenidos, y así esa misteriosa mujer no hacía sino reforzar la relación entre los cónyuges. También se podría añadir que el amor físico entre éstos se veía estimulado por un deseo común por Mary Ann MacKenzie.

La primera pieza comida en la partida de ajedrez de esa noche en casa de lord Hamilton fue Mary Ann. Así tuvo libertad desde el principio para andar por el gran jardín, pasear por el complejo laberinto de setos o sentarse junto al estanque de las carpas a echar migas a los peces. Resultaba evidente que a Iain no le gustó que su esposa quedara libre en una fase tan temprana del juego. Desde el primer momento la siguió atento con la mirada.

La siguiente en abandonar las losas de mármol fue Aileen MacBride, que había hecho de peón negro en G7. Mary Ann estaba tan embriagada por el gran jardín, la hermosa noche de verano y la gran cantidad de vino dulce que enseguida tomó de las manos a la señora MacBride y se puso a bailar con ella por el césped. Al cabo de poco tiempo desaparecieron corriendo cogidas de la mano por el interior del laberinto, y algunas de las figuras del ajedrez pudieron ver cómo las dos mujeres se besaban y acariciaban. También Hamisch MacBride advirtió lo que estaba ocurriendo entre los arbustos, y se alegró mucho por su esposa, sin sentir ni pizca de celos, porque sabía muy bien que si él hubiera tenido oportunidad, no habría dudado en acariciar a Mary Ann. Luego, pasó mucho tiempo hasta que otros invitados pudieron abandonar las losas de mármol.

Conviene señalar que ésta es una historia muy compleja; de hecho, ha sido objeto de un sinfín de comentarios y análisis, pero aquí se abreviará todo lo que se pueda.

Fue una noche hechizada, como si los elfos y los ángeles de la guarda dirigieran lo que sucedía allí aquella noche de verano. Lord Hamilton y el duque se concentraban cada vez más en el juego, mientras la partida se encaminaba lentamente hacia un desenlace, y pronto el jardín estuvo lleno de alegres invitados liberados ya de las losas de mármol. Todos se congregaron en torno a Mary Ann, e incluso los de rango superior y sus esposas, que no la conocieron hasta esa noche, pululaban alrededor de ella, llenos de adoración y de deseo.

Por primera vez en la vida, Mary Ann se sintió libre para ser ella misma y derrochar su amor sin fondo. Y aunque no había en ella ni pizca de maldad, disfrutaba viendo cómo su marido Iain era empujado por el duque de un lado a otro del tablero, pues Iain MacKenzie se vio obligado a permanecer en el tablero hasta que el duque de Argyll dio jaque mate a lord Hamilton, ya casi de madrugada. Mary Ann tenía buenas razones para pensar que su marido la castigaría al llegar a casa, pero no pensaba en ello en ese momento, pues recordaba las infidelidades cometidas por él durante años y tenía fe en que reinara algo de justicia en este mundo. La noche todavía era suya.

Conforme iban quedando menos piezas en el tablero, la fiesta crecía en desenfreno, y se dijo que Mary Ann compartió su amor con todos los que estaban en el jardín aquella noche. Iain MacKenzie se vio obligado a permanecer sobre el mármol y presenciar cómo su esposa se convertía en la reina de la fiesta y en objeto de deseo casi colectivo, un juego sensual al que Mary Ann estaba más que dispuesta a jugar aquella noche. De esa manera, MacKenzie quedó expuesto con su vergüenza. Fue incapaz de intervenir,

porque está claro que haberse permitido abandonar el tablero de ajedrez antes de finalizar la partida habría sido algo inaudito. Habría equivalido a rechazar la hospitalidad de lord Hamilton. No obstante, levantaba el brazo cada vez con mayor frecuencia para pedir al mayordomo que le llenara de whisky el vaso, que no soltó ni un momento. Transcurridas las horas, ya no estaba tan firme como al principio, pero con el vaso en la mano aún podía observar a Mary Ann, que una y otra vez se adentraba juguetona en el laberinto con una nueva mujer, un nuevo hombre o un matrimonio. Aquella noche, los celos no existían en el jardín de lord Hamilton. Todos amaron a Mary Ann, y así, de alguna manera, todos se amaron entre sí.

En cuanto lord Hamilton admitió su derrota ante el duque y le dio la mano para sellar su victoria, Iain MacKenzie fue tambaleándose al jardín en busca de su esposa. La encontró sentada en la hierba, abrazando con pasión al matrimonio MacIver. El marido la separó violentamente de ellos y le dio una bofetada, pero en cuestión de unos segundos se vio rodeado por una decena de piezas, y el comisario MacLachlan, que había cumplido con su deber haciendo de caballo blanco, lo arrestó.

Mary Ann no abandonó la finca de lord Hamilton aquella mañana. Naturalmente, se había esfumado toda posibilidad de continuar su matrimonio con Iain, y lord Hamilton, que de todos modos necesitaba una nueva ama de llaves, le ofreció quedarse.

Lord Hamilton recordaba todos los movimientos de la partida de ajedrez contra el duque de Argyll pero, por si acaso, los anotó con el fin de estudiar a fondo las causas por las que finalmente había sido vencido. Pasaba muchas horas en el jardín repitiendo, movimiento por movimiento, la partida sobre el mármol. A veces Mary Ann se sentaba delante del estanque de las carpas a charlar con él.

Durante algún tiempo circularon entusiasmados elogios sobre la noche de verano en la finca de lord Hamilton, y nadie lamentó que Mary Ann por fin hubiera conseguido vengarse de los muchos años de lujuria de Iain. Pero si fueron elfos y ángeles de la guarda los que protegieron el jardín de lord Hamilton aquella noche, fueron elfos negros y ángeles de la muerte los que se encargaron del epílogo. Poco tiempo después, se cometió una serie de terribles asesinatos en la región y, tras el tercero, el comisario MacLachlan cayó en la cuenta de que todas las víctimas habían estado en el tablero de ajedrez de lord Hamilton unas semanas o meses antes. Fue el mayordomo de lord Hamilton quien se puso en contacto con el comisario después del quinto asesinato, comunicándole, además, que todas las víctimas habían sido asesinadas en el mismo orden en que habían sido comidas en el tablero. Eran dos peones, dos

alfiles y un caballo, con una sola excepción: la primera en abandonar el tablero aquella noche había sido Mary Ann MacKenzie. MacLachlan, que nunca olvidó a la etérea Mary Ann, anotó todo con gran interés. No le costó mucho comprender por qué el cruel asesino en serie había salvado a la preciosa joven. Por el contrario, pensó, no resultaba difícil adivinar que la causa de todos los asesinatos debía ser que el asesino –o los asesinos– quería eliminar a todo posible rival que le impidiera tener para él solo a la maravillosa diosa. Eso significaba también que había muchos candidatos a sospechosos.

Se cometieron el sexto y séptimo asesinatos, siempre como una macabra repetición de la fatal partida de ajedrez. La policía sabía ya quién iba a ser la próxima víctima y se proporcionaba a la persona en cuestión cierta protección, pero no fueron capaces de evitar que los asesinatos prosiguieran.

A casi todos se les dio muerte en el bosque o en algún prado, y siempre con un afilado cuchillo de carnicero. Pronto se había asesinado a casi la mitad de los invitados a la fiesta de disfraces de lord Hamilton, y así el asesino en serie se estaba acercando al lord y al duque, por no decir al comisario, que sabía muy bien que había abandonado el tablero en el decimosexto lugar.

Uno de los principales sospechosos era, naturalmente, Iain MacKenzie, que esa nefasta noche había sido objeto de una humillación irreparable por parte de su esposa, a la que, además, había perdido para siempre. Sin contar a lord Hamilton y al duque, MacKenzie fue el último invitado en abandonar el tablero, y de esa manera también podría –al menos en teoría– recordar cada movimiento de la partida. Pero cuando los asesinatos número trece y catorce tuvieron lugar mientras MacKenzie estaba bajo arresto policial, lo soltaron con un amistoso golpecito en el hombro.

También lord Hamilton fue interrogado en la comisaría. Él fue quien perdió la partida de ajedrez, y no sin gestos de contrariedad. Además, conocía la partida movimiento por movimiento. La policía tuvo que preguntarle por qué había organizado una fiesta tan extraña.

Cuando el mayordomo fue llamado a la comisaría para ser interrogado, salieron a relucir ciertas desavenencias entre él y su amo, pero nunca llegó a ser calificado de sospechoso. Por otra parte, informó a la policía de que, tanto antes como después de la nefasta noche, se había sentido preocupado por la salud mental de lord Hamilton.

El matrimonio de campesinos que había excusado su presencia unos días antes de la fiesta también fue descartado como sospechoso.

Pero al final, la pillaron in fraganti tras haber entrado en los establos de MacIver y haberle clavado en el pecho un cuchillo de carnicero.

A Mary Ann le había resultado fácil acceder a las granjas de la región, a los bufetes de abogados y a las casas nobles. Y tampoco le había costado gran esfuerzo llevarse a las mujeres y los hombres del lugar al bosque.

El comisario MacLachlan era un policía de dilatada experiencia, pero se vio obligado a preguntar a Mary Ann el motivo de los asesinatos en serie más crueles de la historia de Escocia.

La bella Mary Ann contestó que el motivo había sido la vergüenza.

Fue una noche hechizada, y ella recordaba perfectamente todos los labios que había besado y todos los abrazos a los que con deseo y ternura se había entregado, pero después se sintió muy avergonzada de su libertinaje. Podría haber escogido el suicidio, pero eso no habría mejorado nada la situación. Mary Ann no soportaba la idea de que algunos de los invitados viviesen con el recuerdo de ella corriendo entre los arbustos del jardín de lord Hamilton, entregándose a media Escocia.

Mucha gente acudió a llorar desconsoladamente el día en que Mary Ann fue ahorcada en Glasgow, unos meses más tarde.

En el mes de septiembre, empecé a estudiar Historia en la universidad. En alguna ocasión invitaba a alguna estudiante a casa a tomar vino y quesos o cerveza y huevos revueltos. También preparaba de vez en cuando solomillo, carne de oveja con repollo, sopa de pescado o arenques con especias.

Esperaba que María se acercara a decirme que le habían dado el puesto que había solicitado en Estocolmo. Una noche llamó y me preguntó si podía venir a verme. Llegó con un gran ramo de rosas amarillas y me resultó extraño. No sabía lo que quería, pero me constaba que estaba tramando algo.

Estábamos sentados junto a la mesa de la cocina con las manos entrelazadas. Yo había apagado todas las luces. Sólo ardía una vela en un candelabro en la mesa. Nos habíamos bebido una botella del tinto más barato.

Me alegré de tener otra vez a María en casa, pero le pedí que fuera al grano. Primero me contó que le habían dado el puesto en Estocolmo y que se mudaría en diciembre. Me dije para mis adentros que tal vez no me importaría vivir en Suecia, pero antes de poder decirlo en voz alta María dijo algo que me dejó claro que yo nunca iría a Estocolmo.

Me miró a los ojos y dijo que quería suplicarme algo, algo que durara toda la vida.

Un cosquilleo me recorrió el cuerpo. Por primera vez en mi vida había sido capaz de cuestionarme positivamente algo que podría durar toda la vida. Me gustaba el sabor del verbo «durar», era una palabra bonita.

Dijo: Me gustaría llevarme un niño a Estocolmo.

De nuevo tuve la sensación de que María era la única mujer de todas las que había conocido a la que no comprendía. Eso era precisamente lo que tanto me gustaba de ella. No es posible amar a una persona a la que siempre y en todo momento entiendes.

Dijo: Quiero que me dejes embarazada, Petter.

Aún no comprendía las consecuencias de lo que me estaba pidiendo, pues seguía pensando en la posibilidad de irme a Suecia. ¿Qué haría? ¿Vendería mi piso de Oslo o lo alquilaría?

Pero entonces María dijo que no quería vivir toda la vida con el mismo hombre. Ella era exactamente como yo, señaló. María me conocía bien, le había hablado de las visitas de las chicas. Tuve la sensación de estar viendo un reflejo de mí mismo.

María quería tener un hijo mío. Dijo que yo era el único hombre con quien quería tener un hijo; lo supo la primera vez que nos vimos en Ullevålseter, pero era incapaz de atarse a mí. Me pidió que la dejara embarazada. Me pidió que la inseminara.

Me eché a reír. Me pareció una idea bastante retorcida, pero muy de mi estilo. Mi estilo era procrear sin comprometerme.

Permanecimos mucho rato sentados hablando del asunto, pero no de una forma muy seria. María quería que volviéramos a hacer el amor, la idea era tentadora. Podíamos seguir haciendo el amor hasta que ella se quedara embarazada. Entonces tendría que irse a Estocolmo.

Yo no estaba preparado para tener un hijo. Me pregunto si lo he estado alguna vez. La mera idea de mirar a mi hijo a los ojos me resultaba repulsiva. A mí nunca me había gustado que me acariciaran el pelo o la mejilla. ¿Cómo iba a ser yo entonces el que acariciara?

Tomé en consideración una serie de aspectos de este tipo: no quería tener hijos, pero sí podía ayudar a María a tenerlos. Cuanto más hablábamos, más convencido estaba de que su idea era excelente. Ella precisó la necesidad de que hiciéramos un pacto. Tendríamos que prometernos no buscarnos cuando ella se fuera a Estocolmo, señaló. Nunca volveríamos a vernos. Ni siquiera me daría su dirección. Y aún más importante: tendríamos que prometernos solemnemente que la paternidad sería para siempre un secreto entre nosotros. No obstante, yo tendría derecho a saber si era niño o niña.

Me sentía tan fascinado por la idea que noté que la sangre empezaba a hervirme. María no sólo era mi igual, sino que me superaba en atrevimiento y talento.

Me pareció perfecto dejar embarazada a una mujer de un hijo que no sería mío. Siempre me ha gustado dispersarme y vaciarme, y nunca me han interesado gran cosa lo que llaman derechos de autor. Nunca he sentido la

necesidad de cosechar aplausos por lo que apporto o dejo tras de mí; así he sido desde pequeño. No recibí ningún aplauso por todos los taxis que pedí aquella vez, fue una idea excelente, pero nadie me lo agradeció después.

Además, nos veríamos con frecuencia en los días siguientes. Ese punto era un fuerte argumento a favor. Siempre me ha resultado difícil ver más allá de un par de días por delante. He mirado hacia atrás y hacia los lados, pero jamás he llevado la contabilidad de los días por llegar. Dije a María que aceptaba las condiciones; sería un honor para mí dejarla embarazada, señalé, un gran placer. Y estuvimos un rato riéndonos. Nos reía mos con gran descaro. Y cada vez estábamos más fogosos.

Siguieron unas semanas maravillosas, incluso hoy tengo la sensación de que aquellas semanas han sido las únicas de mi vida en que de verdad he vivido.

A esa relación tan especial le pusimos el nombre de amor *ad hoc*, pero no podíamos estar en la cama haciendo niños todo el tiempo, aunque sí pasamos juntos las veinticuatro horas del día. Dimos largos paseos por la ciudad y por Nordmarka, y yo conté algunas de mis historias más alocadas. A María le gustó en particular un complejo relato sobre un joyero que cometió con premeditación un triple asesinato tras su muerte. Y sin pensarlo, le conté también la historia que había vendido a aquel autor en el Club 7, pues, de todos modos, María se iría del país.

Algunas de las historias tuve que contarlas hasta dos y tres veces. María dijo que intentaría aprendérselas de memoria. El único problema era que me resultaba imposible contar una historia exactamente igual a como la había contado la primera vez. En esos casos, María intervenía como apuntadora. Nunca entendió cómo podía recordar mejor que yo lo que le había contado, y casi con las mismas palabras. Le expliqué que el único arte que yo dominaba era el de la improvisación.

Pronto llegó el día que los dos habíamos estado esperando, María con alegría, yo con dolor. La prueba de embarazo resultó positiva, y María estaba exultante. Bromeando dijo que yo sería un «papá maravilloso». Y volvimos a reírnos con gran descaro.

María se quedó unos meses más en Oslo antes de irse a Estocolmo. Nos veíamos con menor frecuencia. A veces llamaba para preguntarme si quería ir a su casa a contarle una historia, y yo no me hacía de rogar, pero me parecía rarísimo pensar que algo de mí se había adherido a su cuerpo.

Y María se marchó. Llamó antes de irse. No la acompañé a la estación.

De manera que yo era el hombre adecuado para engendrar en una mujer un

hijo que no iba a ser mío. ¿Y por qué no iba a darle a María ese hijo que ella deseaba? Era fácil. Era gratis. No me costó nada. Me pareció que era yo quien tenía que agradecersele a ella. Pero todo tiene dos caras, no pensé en que de todos modos pagaría un alto precio.

Y sin embargo, transcurrieron unos años hasta que el solemne pacto entró en vigor. Vino en total cuatro veces a Oslo con la niña. María siempre la llamaba «Orito», pero supuse que tendría otro nombre. Pensé que María utilizaba ese apodo para que no me enterara del verdadero nombre. La última vez que vi a la niña, tenía casi tres años. En esa ocasión se renovó el solemne pacto, se dijo que ésa sería la última vez que la vería. María opinaba que la niña no debía forjarse ninguna imagen de su padre. Y yo tampoco debía forjarme una verdadera imagen de ella, pues no era un padre de verdad.

Era una niña muy bonita. En mi opinión, no se parecía ni a María ni a mí, pero veía claramente que se parecía a mi madre, tenía sus mismos pómulos altos y la misma distancia entre los ojos que ella. Me imaginé que mi madre había nacido de nuevo, y que era yo quien le había dado esa nueva oportunidad. Evidentemente, era consciente de que se trataba de pura imaginación.

La última vez que vi a María y a la niña fue una cálida noche de junio de 1975. Sólo estuvimos unas horas juntos y las pasamos en el lago de Sogn. Llevamos gambas cocidas, baguettes y vino blanco. María y yo recordamos los viejos tiempos mientras la niña chapoteaba en la orilla con un cisne hinchable. Al salir del agua para pedir un refresco y galletas la sequé con la toalla; la madre y la hija me dejaron hacerlo. También la ayudé a ponerse el vestido, faltaría más. María había dicho en una ocasión que yo sería un «papá maravilloso».

Orito se sentó en su toalla entre los dos, y yo le conté un largo cuento, una *leyenda* lo llamé. Se echó a reír antes de que empezara a contársela. No sé si entendía lo que le decía, tal vez por eso se reía, pero intenté usar palabras suecas para facilitarle la tarea.

Le hablé sobre una niña de su edad, llamada Panina Manina, que era hija del director del circo más grande y maravilloso del mundo. El circo procedía de un país muy lejano, y una vez, hacía mucho, muchísimo tiempo, iba camino de Estocolmo para montar su carpa en Grøna Lund, en el centro de la capital sueca, invitado por los reyes del país. Todos los carromatos del circo iban en una larga fila por las regiones de Skåne y Småland. También formaban parte de la caravana elefantes y leones marinos, osos y jirafas, caballos y camellos, perros y monos. Y en los carromatos viajaban payasos y malabaristas, faquires y equilibristas, domadores y jinetes, músicos y prestidigitadores. La única niña de toda la compañía era Panina Manina. Era tratada como una princesa por ser la hija del director, y se decía que un día llegaría a ser una famosa artista de circo.

Orito era todo oídos escuchando mi relato, pero no decía nada, así que no estaba seguro de que lo estuviera entendiendo. Pensé que al menos podía captar algo del ambiente del cuento. Miré a María, que me hizo una seña para que continuara. Creo que apreciaba que la niña pudiera llevarse al menos un cuento, y ella también. El Metro se había colocado junto a un árbol para escuchar el resto de la historia. Al sentarse, se quitó el sombrero verde, guiñándome amistosamente un ojo. Creo que estaba de un humor excelente. Tal vez se sintiera por primera vez miembro de una familia.

Conté que todos los carromatos se detuvieron a la puerta de un café, junto a un gran lago, en medio de los profundos bosques suecos, y mientras los adultos estaban dentro, la hija del director del circo se puso a jugar en el agua. El director del circo creía que los payasos cuidaban de ella, pero los payasos habían entendido mal, y pensaban que era el domador quien vigilaba a Panina Manina, mientras los adultos asaban carne de jabalí en una gran hoguera. Cuando la caravana se dispuso a continuar hacia Estocolmo, unas horas más tarde, nadie la encontró. La buscaron durante toda la tarde y toda la noche, incluso soltaron animales para ver si podían encontrarla mediante el olfato, pero todo fue en vano. Al final del día siguiente, después de buscar sin descanso, todos pensaron que Panina Manina se había ahogado en el lago. Dos camellos estuvieron durante horas bebiendo en la orilla y muchos opinaban que lo hicieron porque percibían el olor de Panina Manina en el agua. Tal vez intentaran vaciar el lago. Pero, al final, los camellos habían saciado su sed y la hija del director del circo seguía desaparecida. Se dice que el director del circo lloró todas las noches durante años hasta quedarse dormido, porque Panina Manina era la niña de sus ojos, y la quería más de lo que quería al resto del circo.

Hice como si me secara una lágrima, y creo que la niña me miró. Tuve la sensación de que por lo menos había entendido la última parte, porque ella misma había estado jugando en la orilla poco antes, y por eso me apresuré a continuar.

Pero Panina Manina no se había ahogado, sino que había salido a explorar el entorno, mientras los adultos bebían vino y comían carne de jabalí junto a la hoguera. Tomó un bonito sendero que se adentraba en el bosque, y pronto sus piernas estaban tan cansadas que tuvo que sentarse entre los árboles. Allí sentada, escuchando el arrullar de las palomas y el ulular de los búhos, se quedó profundamente dormida. Al despertarse, creyó que sólo había dormido unos minutos, pero en realidad había dormido toda la noche y más que eso, porque el sol estaba alto en el cielo. Panina Manina volvió a la hoguera por el sendero, pero no encontró los carromatos, pues se había perdido en el bosque. Ya de noche, llegó a una pequeña granja donde había una casa pintada de rojo y un

asta con la bandera sueca. Delante de la casa roja había una caravana rosa. Tal vez fuera la caravana lo que atrajo la atención de Panina Manina, porque recordaba un carromato de circo. Aunque sólo tenía tres años, se acercó a la caravana y llamó a la puerta. La puerta se abrió y salió una anciana. Panina Manina no tuvo miedo, tal vez porque era una auténtica artista de circo. Miró a la desconocida y dijo que había perdido a su padre, pero lo dijo en un idioma que la señora no entendía, porque Panina Manina procedía de un país lejano, y la anciana nunca había estado allí. Panina Manina llevaba casi dos días sin comer, y se llevó las manos a la boca para indicar que tenía hambre. Entonces la mujer comprendió que la pequeña se había perdido en el bosque. La dejó entrar y le dio arenque y albóndigas, pan y zumo de arándanos, y Panina Manina tenía tanta sed y hambre que comió y bebió como una mayor. Al llegar la noche, la mujer le preparó la cama, y como no hablaban la misma lengua, se sentó junto a ella y le cantó la nana sueca «Byssan lull», hasta que la pequeña se quedó profundamente dormida. Como no sabía el nombre de la niña, la llamó «Niña de Oro».

Orito volvió a mirarme, tal vez porque le mostraba con las manos cómo comía Panina Manina arenque y albóndigas, aunque también pudo ser porque le llamase la atención que a la niña del cuento le pusieran de nombre Niña de Oro. Puede que no estuviera entendiendo gran cosa del cuento en sí, pero proseguí:

Panina Manina se quedó a vivir en la granja. Nadie en toda Suecia logró averiguar quién era su madre o su padre, y conforme transcurrían los años, el recuerdo del director de circo palidecía cada vez más. Enseguida habló sueco perfectamente, a la vez que iba olvidando su propia lengua, ya que no tenía a nadie con quien hablarla. Pero –en este punto levanté el dedo índice para mostrar que me había olvidado de algo muy importante– la señora de la granja tenía escondida en un armario del dormitorio una bola de cristal, ya que muchos años atrás se había ganado la vida como adivina en una gran verbena de Lund. Ahora volvió a sacar la bola y predijo que la Niña de Oro llegaría a ser una famosa equilibrista, así que empezó a entrenarla en todas las artes, desde tableros y cuerdas hasta cubos y recipientes, hasta que un día estuvo preparada para mostrar su habilidad ante un auténtico director de circo, trece años después de haber llegado a su casa. La pitonisa había leído en el periódico que acababa de llegar a Estocolmo, procedente del extranjero, un famoso circo y, un día, las dos viajaron hasta la capital sueca para probar suerte. Era el mismo director del circo de aquel país lejano que había estado en Estocolmo trece años antes, pero Panina Manina ya no recordaba haber vivido en un circo. El director del circo extranjero quedó impresionado con las destrezas de la niña sueca, y ésta pasó a

formar parte del mismo. Ni Panina Manina ni el director del circo sabían que eran padre e hija.

María me miró interrogante. Siempre había mostrado un interés especial por el final de mis cuentos. Esta vez estaba más alerta que nunca, porque entre los dos había unas orejitas.

Se dice que la sangre es más espesa que el agua, proseguí, y tal vez por eso el director del circo y Panina Manina se gustaron enseguida. Panina Manina decidió ir con el circo a ese país lejano. Allí se convirtió al cabo de poco tiempo en una famosa funambulista. Una noche, cuando estaba bailando sobre la cuerda en lo alto de la pista, echó una rápida mirada al director del circo, que estaba delante de la gran orquesta con una fusta en la mano, y en ese instante se dio cuenta de que el director del circo era su padre, de modo que no se había olvidado del todo de él. Esos momentos suelen llamarse «el momento de la verdad», le expliqué. Debido a su asombro, Panina Manina perdió el equilibrio y cayó a la pista. Cuando el director del circo se precipitó hacia ella para ver si se había hecho daño, ella alargó los brazos hacia él y gritó de un modo desgarrador: ¡Papá! ¡Papá!

Orito me miró asombrada y se rió, pero supuse que no había entendido gran cosa de lo que acababa de contar. María sí que lo había entendido y me miró iracunda, dándome a entender con toda claridad que no le había gustado la última frase del cuento.

El sol estaba a punto de ponerse sobre la pequeña reunión familiar. Recogimos nuestras cosas y nos fuimos hacia el tranvía. La niña iba delante de nosotros por el sendero. «¡Papá, papá!», murmuró. Entonces María tomó mi mano y me la apretó. Vi que tenía lágrimas en los ojos. Ya de vuelta en la ciudad, nos fuimos cada uno por nuestro lado. Fue la última vez que vi a María y a la niña. Desde entonces no sé nada de ellas.

Ayuda al Escritor

Veintiséis años después, estoy sentado delante de un gran ventanal contemplando el mar. El sol está ya bajo, y sobre la bahía se ha posado un finísimo pan de oro. Un barco medio cargado de turistas se dirige al muelle, vuelven de visitar la gruta verde esmeralda que está a unos kilómetros.

Acabo de regresar de dar un largo paseo por los limonares y el valle de los Molinos, en la parte alta de la ciudad. La gente de este lugar es acogedora y amable. Una señora se asomó a una ventana y me ofreció una copa de licor de limón.

Miro bien por donde ando. En el valle no me encontré con un alma, y sin embargo no me sentía seguro, o tal vez era precisamente por eso. Varias veces me detuve y miré hacia atrás. Si realmente alguien me hubiera seguido desde Bolonia, ese estrecho valle lleno de ruinas de viejos molinos de papel habría sido el lugar perfecto para acabar conmigo.

Por si acaso, mantengo cerrada a cal y canto la puerta de mi habitación. Si alguien entrara, podría empujarme por la ventana sin problemas. Las ventanas llegan hasta el suelo, y hay muchos metros de caída libre hasta la carretera de la costa, por la que circula un intenso tráfico. Podría pasar por un suicidio o un accidente.

No hay muchos huéspedes en el hotel, cenando anoche sólo había tres matrimonios, un alemán de mi edad y yo. Seguramente habrá más gente en Semana Santa, que está a la vuelta de la esquina.

El alemán me miró varias veces, tal vez quería entablar conversación conmigo, pues él y yo éramos los únicos que estábamos solos. Me pregunté si lo había visto antes. Hablo alemán con fluidez.

Cuando más tarde fui a acostarme, comprobé con mucho esmero que la puerta quedaba bien cerrada. Evité el bar. Tengo mis propias bebidas en la habitación, en un rincón hay ya una botella vacía. Si me siento solo, siempre tengo a El Metro; suele estar allí en cuanto me siento ávido de compañía. Ya llevo aquí cuatro noches.

La araña está enganchada en su red. Primero teje su tela de finos hilos, luego se equivoca al pisar y se queda pegada a su propia red.

En este momento se me ocurre pensar que María me traicionó a conciencia.

En cierto modo, me superó en cinismo. Sabía que sería incapaz de amar a otra mujer, y además, se encargó de que no hubiera camino de retorno. Había interpuesto algo entre los dos.

Es la primera vez que pienso en María de esta manera. Me sorprende. Es como si no hubiera comenzado a reponerme de la muerte de mi madre hasta ahora. Mi padre murió hace un año. Creo que quise mucho a mi madre.

Todavía hoy tengo la sensación de haber olvidado algo importante. Es como si durante toda la vida me hubiera esforzado por no recordar algo que sucedió cuando era pequeño, y que aún no ha desaparecido del todo, sino que sigue nadando en la profunda oscuridad debajo de la fina capa de hielo sobre la que he estado bailando. En cuanto me relajo intentando recordar lo que procuro olvidar, me viene a la cabeza una buena idea y entonces me pongo inmediatamente a inventar una nueva historia.

Cada vez más a menudo tengo miedo de mi propia conciencia, es como un fantasma sobre el que he perdido el control.

Tanta imaginación fue también lo que asustó a María. Estaba fascinada, pero asustada.

Cuando María se marchó, tenía el mundo ante mis ojos, así que también viví su desaparición como una liberación. Tardé mucho en reanudar el contacto con las chicas y, además, había dejado los estudios universitarios, me sentía demasiado adulto para ser estudiante. Desde que murió mi madre, el mundo nunca había estado tan abismalmente abierto.

Pensaba mucho en aquel joven escritor que había pagado una botella de vino y un billete de cien coronas por la sinopsis de una novela. En casa guardaba decenas de notas parecidas. Su novela salió un par de años más tarde y cosechó buenas críticas.

Yo frecuentaba el Club 7, el casino, el Sótano Tostrup y la Casa de los Artistas. Me resultaba fácil relacionarme con la gente. Pronto conocí a todo el mundo con quien merecía la pena charlar. Mi problema era que en esa primera etapa siempre estaba necesitado de dinero.

Me consideraban un joven espabilado e ingenioso, faltaría más. La gente con la que entablaba conversación siempre era mayor que yo, muchos de ellos eran soñadores y haraganes, y la mayoría tenía ambiciones artísticas, o al menos se consideraban a sí mismos artistas. A mí me parecía gente de pocas luces. Algunos habían publicado una colección de poemas, otros decían que «estaban escribiendo» o que «querían escribir». Tenían la sensación de carecer de legitimidad si no lo decían. En esos círculos inicié mis actividades.

Cuando alguien tomaba una copa conmigo y me decía que él o ella «escribía»

o que «quería escribir», le preguntaba sobre qué quería escribir. No solía obtener respuesta, y eso me dejaba perplejo. Ya en esa época –y luego cada vez más– me parecía cómico que la cultura produjera seres que supieran y quisieran escribir, pero que no tuvieran absolutamente nada que aportar al mercado. ¿Por qué quieren escribir, si reconocen con toda sinceridad que no tienen nada que transmitir? ¿No podrían buscarse otro quehacer? ¿Qué era esa necesidad de poner algo en marcha sin estar en marcha? Para mí la situación ha sido en todo momento la contraria. Siempre he estado preñado, pero nunca he sentido necesidad de parir. Y lo digo literalmente. La historia con María trataba de algo muy distinto, ella era lo que yo necesitaba.

En aquella época escribía un diario, pero no tenía intención de publicarlo; no eran más que migajas dirigidas a mí mismo, es decir, una especie de autocontemplación. En el diario escribí:

Jamás escribiré una novela. Sería incapaz de centrarme en una sola historia. Cuando empiezo a desentrañar una fábula, ésta absorbe enseguida cuatro u ocho más. Al final se forma un gran enredo, con diferentes niveles de historias base y un sinfín de historias intercaladas con varios narradores en diferentes niveles de narración, lo que algunos llaman cajas chinas, porque no soy capaz de dejar de pensar, no soy capaz de dejar de tramar ideas. Se trata de algo casi orgánico, algo que va y viene por su cuenta. Me ahogo en mi propio excedente, siempre estoy a punto de reventar. El cerebro sangra constantemente ideas nuevas. Tal vez por eso empiezan a gustarme los taburetes de los bares. En ellos puedo vaciarme.

De esa forma surgió una simbiosis. Me resultaba muy fácil concebir nuevas ideas y pensamientos. Era mucho más difícil dejar de hacerlo; lo contrario que les ocurría a los que querían «escribir». Muchos de ellos se pasaban meses y años sin tener una sola idea original que desarrollar en escritura. Estaba rodeado de gente con una enorme necesidad de expresarse, pero en los que la necesidad era mayor que el mensaje. Vislumbraba un mercado casi ilimitado para mis servicios. Pero ¿cómo debía organizar la actividad?

Ya el mismo día en que María se marchó a Estocolmo, me dirigí al centro con unas cuantas notas. Era una colección de aforismos. Quería investigar el mercado, y también deseaba poner a prueba mi procedimiento. La idea era vender los aforismos por piezas, por ejemplo a una cerveza cada uno. Los aforismos eran buenos, muy buenos, no voy a ocultarlo, de modo que estaba dispuesto a desprenderme de uno especialmente elegante a cambio de medio litro de cerveza, y a olvidarme para siempre de que ese aforismo había surgido de mí. Era sobre todo cuestión de encontrar a la persona adecuada, y dependía de mi habilidad para crear una situación de conversación confidencial. Además,

me había puesto una meta a muy corto plazo, pues había gastado mis últimas coronas en María y no me quedaba nada con que pagarme unas cañas.

Aquella tarde me encontré con un escritor quince años mayor que yo en el parque de Studenterlunden. Llamémosle Johannes. Habíamos charlado muchas veces, y sabía que se había dado cuenta de que yo era un genio. Creo que ya había intuido que podría serle útil, como escritor, hablar conmigo. En una ocasión me había preguntado que cuándo pensaba sacar mi primer libro. Empleó un tono de voz que hubiera sido más apropiado para preguntarme cuándo pensaba debutar en el sexo. Jamás, le contesté, le dije que ja - más debutaría. Eso le impresionó. No había muchos que dijeran cosas así en aquella época.

Después le pregunté a Johannes si me dejaba invitarle a una cerveza. No le dije que no llevaba dinero encima. Si la cosa salía mal, tendría que fingir que me daba cuenta justo al ir a pagar. Nadie me había pillado nunca en una mentira, estaba seguro de que todo iba a salir bien. Decidí ofrecerle la colección entera de aforismos; no era lo que había planeado, pero de nuevo se me vino encima el hecho de que María se hubiera marchado, y no podía permitirme el lujo de correr riesgos que implicaran que aquella noche me quedara sin poder beber. Para Johannes, los veinte aforismos podrían llegar a convertirse en una fortuna. Si los usaba correctamente y les añadía algo de su cosecha, le proporcionarían una nueva identidad. Él había publicado dos novelas con seis años de intervalo, y no eran especialmente buenas. A principios de la década de los setenta era más bien raro que una novela contuviera hasta veinte aforismos.

Nos fuimos al casino. Por suerte, no había mucha gente, pero todos los que estaban eran actores o escritores, mezclados con los clientes habituales, gente que quería convertirse en actor o escritor.

Al cabo de un rato, recité de memoria uno de los aforismos. ¿Quién lo ha escrito?, preguntó Johannes. Me señalé a mí mismo. Luego recité otro aforismo más. Estupendo, dijo. Leí un tercero. ¿Pero no me dijiste que no escribías?, preguntó. Hice un gesto negativo con la cabeza y dije que lo que había dicho es que nunca debutaría como escritor. Precisé que no quería serlo. Ahora le tocó a él sacudir la cabeza. En esos círculos era probable que la frase «no quiero ser escritor» jamás se hubiera escuchado.

Todos los círculos y subculturas tienen sus propias condiciones evidentes. En los círculos en los que Johannes se movía, no había nadie que dijera que no quería ser escritor; como mucho, después de los años, alguien podría llegar a reconocer que no lo lograba. No es así en todas partes. Todavía existen en el mundo determinados enclaves rurales en los que la afirmación contraria sonaría igual de demencial. Seguro que todavía existen campesinos que verían como

una provocación que el hijo mayor y heredero volviera de repente un día del campo diciendo que quería ser escritor.

Hoy, la mayor parte de los alumnos de secundaria dicen que quieren ser famosos, y lo dicen de verdad. Hace sólo veinte años, una afirmación de ese tipo se habría recibido como algo vergonzoso. De esa forma, las condiciones culturales pueden cambiar por completo en el transcurso de una sola generación. En las décadas de los cincuenta y sesenta, uno no podía pasar impune por la vida diciendo que aspiraba a la fama cuando fuera mayor, había que contentarse con llegar a ser médico o bombero. Si alguien decía que quería ser famoso, había que explicar con mucho lujo de detalles en qué pensaba hacerse famoso, y de esa manera, los méritos se anteponían a la fama. Ya no es así. Primero uno decide hacerse famoso, cómo conseguirlo es secundario, y resulta prácticamente irrelevante si uno se merece o no la fama lograda. En el peor de los casos, se contenta con ser un gilipollas en las tertulias de la televisión, o aún peor, comete un delito morboso. Yo anticipé ese hecho, como si hubiera sabido que un día ser famoso sería vulgar. Siempre he odiado lo vulgar.

Johannes dijo: Joder, qué raro eres, Petter.

Le puse delante las hojas de los veinte aforismos, y Johannes los leyó. Rebosaba envidia.

¿Has escrito tú esto?, preguntó. ¿Seguro que no se lo has robado a alguien?

Me estremecí. La mera idea de apoderarme de algo escrito por otros y presentarlo como mío me resultaba tan repelente que me costó retener las náuseas, yo que ni siquiera presentaba como mías cosas que había escrito.

Le había tentado, no cabía duda, pero todavía tenía por delante una compleja partida de ajedrez. Había decidido hacerlo muy bien, la primera vez es siempre especial. Tenía muy claro que estaba a punto de crear una empresa de larga duración. Estaba pasando el examen, eso era lo que me iba a proporcionar el sustento. Si suspendía, sería difícil volver a examinarse.

Dije que bajo ciertas condiciones podría quedarse con los veinte aforismos y usarlos como suyos. Se quedó boquiabierto. ¿Qué estupideces estás diciendo, Petter?

Solté un breve discurso que por fin le hizo comprender que hablaba en serio cuando decía que no quería ser escritor. Se dio cuenta de que estaba infectado de una rara forma de timidez. Dije que no soportaba la idea de vivir como una persona pública, que me sentía mejor entre bastidores, y que jamás vendería mi anonimato a cambio de dinero. Incluso basé mi afirmación en un argumento político muy de la época. He llegado a la conclusión de que no es políticamente correcto destacar, dije. ¿Con qué derecho una élite con facilidad de palabra debe elevarse por encima de las masas? ¿No era mejor que todos tuviéramos un

espíritu de colectividad? Mencioné también algo sobre las bases y dejé caer unas palabras sobre el anonimato de los artistas de la Edad Media. Nadie sabe quién ha escrito los poe mas de la primera Edda, dije. Y, sinceramente, Johannes, ¿te parece que importa?

Hizo un gesto negativo con la cabeza. Johannes era marxista leninista. Tuve que apresurarme a decir que todo lo que acababa de decir era algo estrictamente personal. Dije que había leído sus dos novelas, y que también consideraba muy valioso el que alguien, pero no yo, se encargara de hacer de portavoz del pueblo.

Johannes empezaba a darse cuenta de que estaba cerca de hacer suyos los veinte aforismos. Pero aún quedaban muchas cosas por determinar y empecé por lo pecuniario. Le dije que andaba mal de dinero y que estaba dispuesto a venderle los aforismos por cincuenta coronas cada uno, pero que si los quería todos tendría los veinte por ochocientas coronas. Al principio pensé que había pedido demasiado. Ochocientas coronas era mucho dinero en aquella época, tanto para estudiantes como para escritores. Pero Johannes no pareció asustarse. Por otra parte, se trataba de veinte aforismos sumamente inspirados; me había costado una mañana entera inventarlos. Le dije que era libre de elegir los que más le gustaran y pagarlos por piezas, pero que sería una pena dividirlos. Había pensado en Johannes en particular, y no me gustaba la idea de ceder la propiedad intelectual de algo que había escrito a más de una persona.

Está bien, dijo Johannes. Los compro todos.

Luego dije que me sentía un poco avergonzado en cuanto a lo económico, pero le recordé que aún vivíamos en una sociedad capitalista y que un producto intelectual seguía considerándose una mercancía. No es muy distinto a un pintor que cobra por sus cuadros, dije. También los cuadros cambian de dueño y el artista nunca podrá alegar propiedad alguna sobre cuadros que ha vendido. Creo que a Johannes le gustó que le contara lo natural que era todo el procedimiento.

Dijo: No descarto que utilice algo de este material en una novela que estoy escribiendo...

Por mí muy bien, dije. Ganarás dinero con ello, tal vez mucho, pero te lo mereces. No es inusual vender un cuadro por bastante más de lo que se pagó por él en un principio. A eso se le llama una buena inversión.

Afortunadamente, fue él quien sacó a relucir el tema más delicado. Señaló las hojas que tenía delante y dijo: ¿Pero cómo puedo estar seguro de que nunca vas a ir diciendo por ahí que estas frases proceden en realidad de ti?

Le dije que me alegraba de que los aforismos se publicaran y le recordé que no quería ser una persona pública. Dije que tenía guardadas otras cosas, y que quizá fuera posible volver sobre el tema más adelante. Si no guardaba silencio

sobre los aforismos que ahora se llevaba, perdería la posibilidad de venderle otras cosas en el futuro.

Ése fue un punto decisivo. Tuve que dejar claro que no pensaba dar cosas escritas por mí a otras personas, pues era la condición más importante para crear una red de ventas con muchos clientes. Cada uno tendría que estar seguro de que ella o él era la única o el único elegido, mi único favorito.

Tenía razones para creer que esa estrategia podría durar muchos años. Los escritores no suelen presumir de tener un «negro» que les escriba las cosas. Todos desean aparecer como una persona original y auténtica.

Si el asunto se llevaba bien, no había peligro de que los clientes empezaran a cotillear entre ellos. Yo no tenía por qué temer que la red se deshiciera mientras me ocupara de que los hilos se tejieran únicamente entre cada uno de mis clientes y yo. No debían tejerse hilos entre los clientes.

Johannes miró hacia todos los lados, luego se inclinó sobre la mesa y susurró: Te daré doscientas coronas al contado, y un cheque por seiscientas. ¿De acuerdo?

Asentí. Me gustó sobre todo recibir una parte al contado, y no sólo por la cerveza que me tocaba pagar. El banco estaba cerrado y la noche aún era joven. Con movimientos discretos, casi como si de ballet clásico se tratara, sacó los dos billetes de cien y el talonario. Rellenó el cheque con la misma lentitud y meditación con que se firma la declaración de la renta, luego lo deslizó junto con los billetes hacia mí sobre la mesa, y yo doblé las hojas y las deslicé hacia él. Volvió a echar un vistazo al local, pero no descubrió al hombrecillo del bastón de bambú, que casi tropieza con uno de los camareros.

Johannes se apresuró a meterse las hojas dobladas en el bolsillo de la chaqueta. ¿Nos vamos?, preguntó. Dije que quería tomarme otra cerveza. Gracias, Petter, dijo al final. Y sin más, se levantó y se dirigió a la salida. Vi que al doblar la esquina hacia el guardarropa se llevaba una mano al pecho, probablemente con el fin de asegurarse de que los valiosos papeles estaban a salvo. Se me ocurrió que podía sacar una fotocopia del cheque antes de llevarlo al banco. No sé por qué, pero presentí que podría ser útil guardármelo de recuerdo.

Johannes hizo una buena compra. Los aforismos le hicieron ganar muchas veces la suma invertida, pero eso pasa con toda clase de valores; no se sabe lo que pueden llegar a producir. Además, yo necesitaba el dinero en ese momento. Y María estaba en el tren, camino de Estocolmo.

Johannes murió hace poco. Será recordado por sus frases precisas, casi lapidarias.

Ya entonces había decidido no surtir de géneros diferentes a un mismo autor.

No habría resultado admisible que de repente la ciudad hubiera rebosado de obras literarias llenas de inspiración. Sólo había un semental, cuyo celo era capaz de inseminar a un montón de escritores.

Con una sola excepción, surtí a Johannes exclusivamente de máximas, aforismos, consignas, o «condimentos», como él los llamó en una ocasión. Como él era una fuerza motriz en las manifestaciones marxistas leninistas del primero de mayo, le di, en el transcurso de los años, varias astutas sugerencias para consignas y lemas por las que nunca le cobré nada.

La excepción fue el tema de Vietnam. En la hoja por la que recibí un billete de cien coronas ponía algo así:

Dos gemelos nacen a principios de la década de los cincuenta con un intervalo de unos minutos en un pequeño pueblo del delta del Mekong. La madre es violada y asesinada por un soldado francés antes de que los niños cumplan seis meses, y los dos son adoptados por dos familias diferentes y crecen sin conocerse. Uno de los gemelos se une al FNL, y el otro al ejército gubernamental, apoyado por Estados Unidos. Tras la ofensiva de Tet, los dos gemelos se enfrentan en la jungla. A ambos los destinan de oteadores antes de una importante batalla y, cuando se encuentran, no hay nadie más con ellos. Son idénticos de aspecto y los dos comprenden que han encontrado a su hermano gemelo, mas uno de los dos ha de morir. Pero ambos son igual de rápidos manejando el puñal, pues llevan exactamente los mismos genes, y consiguen herirse de muerte el uno al otro.

Algunas claves útiles: Escribe detalladamente sobre la elección ante la que los dos se encuentran; la lógica de la guerra. El que no mate a su hermano corre el riesgo de hacerse matar. ¿Les da tiempo a los hermanos a decirse algo antes de expirar? ¿Llegan a algún nuevo conocimiento? (Aquí tal vez un pequeño diálogo.) No te olvides del campo de batalla, de esos dos gemelos que una vez estuvieron en paz dentro del vientre de su madre, que se alimentaron a un tiempo de sus pechos y ahora se han matado el uno al otro. Se ha cerrado el círculo. Nacieron a la misma hora y ahora su sangre de hermanos confluye en un solo charco. ¿Quién encuentra a los gemelos? ¿Qué reacción provoca su hallazgo?

Johannes redactó la historia, pero se contentó con un relato largo, no llegó a escribir una novela. Lo leí en una revista literaria un año más tarde, y me pareció que estaba bien escrito. También me impresionaron sus extensos conocimientos sobre las armas y las agudas descripciones del ambiente en Vietnam. Pero, sin embargo, me deprimió bastante.

En la versión de Johannes, la historia acaba, claro está, con que el gemelo que representa al ejército de liberación se siente incapaz de matar a su hermano

gemelo, a pesar de que éste se ha dejado reclutar como lacayo del imperialismo estadounidense. De esa forma, él también es liquidado brutalmente. En el relato aparecen en repetidas ocasiones las palabras «taimado» y «heroico», pero nunca para el mismo gemelo. Johannes supo aprovechar el hecho de que los hermanos fueran gemelos, pues utilizó la historia con el fin de mostrar lo poco decisivos que son los componentes genéticos para el desarrollo de una persona.

No diré que me sorprendiese mucho aquel cambio. Así se escribió gran parte de la literatura en la década de los setenta. Su objetivo no era someter los problemas a debate: la literatura tenía que ser edificante.

En el transcurso de unos años me establecí a nivel nacional, y también me procuré ciertos contactos en otros países nórdicos. Tardé más en introducirme a escala internacional, ésa fue la siguiente etapa.

Un principio muy importante era no vender nunca las mismas notas más de una vez. ¡Hubiera estado bueno que en el mismo año se hubieran publicado dos libros policiacos de dos autores diferentes, basados exactamente en la misma trama! Esa idea se me pasaba de vez en cuando por la cabeza, era seductora, porque habría sido interesante comprobar lo que dos escritores diferentes sacaban de una misma idea.

Además, tenía que tener cuidado con las historias que contaba en las juergas. No podía arriesgarme a que algún crítico señalara que una de las novelas del año estaba basada en una historia «itinerante», de esas que iban de boca en boca, y que él había oído una noche tomando una cerveza en el Sótano Tostrup. Por eso tuve que obligarme a distinguir entre las historias que podía contar y las que reservaba para la empresa. Tuve que frenar mi despliegue oral, lo cual me empujaba constantemente a inventar cosas nuevas.

No obstante, existe una excepción nada insignificante con la que me he visto obligado a vivir desde el principio. Le había contado tal cantidad de buenas historias a María que no podía retenerlas todas. Si María hubiera leído novelas noruegas de los ochenta y los noventa, se habría reído de buena gana más de una vez. Y si en los últimos años ha leído novelas extranjeras, habrá podido soñar con el pasado, con aquellos tiempos en los que yacía conmigo. También he hecho algunas sinopsis para películas, buenas o malas, según se mire. Me gusta la idea de que María vaya al cine a ver una gran película basada en una de las muchas historias que inventé para ella después de haber hecho el amor. No he sentido necesidad de otro tipo de reconocimiento de mi propiedad intelectual.

Así pues, María es la única que desde el primer momento podría haberme

señalado como El Araña. Nunca le dije nada de los escritores, y a ellos nunca les dije nada de ella, aunque la actividad estaba ya en marcha la última vez que nos vimos. Pero María no representaba ningún peligro, estaba seguro, pues también ella había hecho uso de mis servicios. Quien es la niña de sus ojos fue concebida por el Espíritu Santo. Ella tampoco quiere que esa historia se conozca. Tal vez tenga tanto miedo de que se sepa como tuvo Johannes de que se supiera que era yo quien había escrito los veinte aforismos con los que condimentó su primera gran novela. En ese sentido, María estaba en la misma situación que Johannes, pero sólo en ése.

Cuando vendía algo, ya me había deshecho del todo de ello. No suponía ningún problema. Jamás pensé que algún día pudiera estar vacío de nuevas ideas; ésa era la única idea que no era capaz de concebir. Pasé mucho tiempo solo cuando era pequeño, tuve mi propio piso desde los dieciocho años; es decir, me había estado entrenando desde que iba a la guardería.

No obstante, siempre procuraba guardarme una fotocopia de todas las notas que vendía. Las archivaba en carpetas con la etiqueta «Vendidas». En la parte superior de las hojas anotaba a quién se las había vendido y por qué importe. Al principio, ése era el único sistema de recibos que utilizaba. Eso fue antes de que cayera en la cuenta de que un día podrían llegar a surgir presiones externas tan fuertes como la que tenía dentro, antes de meterme un dictá - fono en el bolsillo interior cuando hablaba con los escri - tores, y antes de empezar a grabar las conversaciones telefónicas. No obstante, he guardado las fotocopias de todos los cheques que he recibido desde el inicio de mi actividad. Ya está dicho, se encuentran en la caja fuerte del banco, junto a las cintas de las grabaciones.

Precisamente en la época en que se empezó a utilizar fotocopiadora, mi actividad comenzaba a ir viento en popa. Durante un tiempo dependí de las máquinas de la universidad, pero no tardé mucho en comprar mi propia Rank Xerox. Con la llegada de los ordenadores en los ochenta, la parte administrativa se hizo mucho más sencilla, y cuando empecé a operar en el extranjero a gran escala, siempre llevaba conmigo un potente ordenador portátil.

Me vi obligado a rodearme de un amplio círculo de conocidos. A veces era duro de soportar, pero no difícil. Yo era una persona sociable, gustaba a la gente, y pocas veces pagaba mi parte de las facturas en los restaurantes. No sabía muy bien por qué, pero cuando llegaba el momento de pagar la cuenta casi siempre había alguien que pagaba por mí. Simplemente era así.

La gente me tenía por un verdadero manantial de ideas. Si hubieran sabido... Nadie conocía más que la punta del iceberg. ¿Cómo iba a haber mantenido este negocio si todos los clientes hubieran descubierto que en realidad estaba

tejiendo una red de mallas tan finas que un día se haría tan grande y frágil, y con tantos cabos sueltos, que estaba condenada a explotar?

A veces, sentado a la mesa de un café, podía ocurrir que varios de los presentes fueran clientes míos, pero cada uno de ellos pensaba que él o ella era el único, al menos durante los primeros años. Creían que yo era monógamo; este aspecto de mi rara profesión siempre me ha hecho mucha gracia. Al principio, ninguno de mis clientes tenía la más ligera idea de que en realidad yo era extraordinariamente promiscuo. A veces me sentía como un polígamo que se deja servir por varias mujeres a la vez. Yo sabía de ellos, y ellos sabían de mí, pero no sabían los unos de los otros.

Si éramos un grupo de seis u ocho personas, tal vez tres de los presentes me habían comprado una o dos tramas, pero los tres pensaban que estaban en una situación especial; así se guardaban mutuo respeto; por eso seguían vivos, pues muchos de ellos habían perdido ya el respeto por ellos mismos. En aquellos tiempos, la falta de autoestima era tan rara que tomé nota. Hoy en día a lo mejor no me habría fijado. Autorrespeto es el nombre de un estado emocional cada vez menos conocido. Al menos como virtud, el autorrespeto ya no está de moda.

Por supuesto, nadie proclamaba de repente que al mes siguiente se publicaría la novela basada en aquel tema que él o ella me habían comprado, pero en varias ocasiones advertí cierto nerviosismo al pensar que en algún momento podía irme de la lengua y contar que la muy bien reseñada novela policiaca de, por ejemplo, Berit estaba basada en una sinopsis de seis páginas que yo le había vendido por cuatro mil coronas. Ese malestar se traducía en risa nerviosa y en rápidas y frecuentes digresiones.

La noche que estuvimos en el Theatercafé celebrando el prestigioso premio concedido a Karin por su última novela, ésta no me quitó ojo. No se sentía a gusto. Yo, por mi parte, me encontraba estupendamente. Entre los argumentos para la concesión del premio, se señalaba en particular la elegante construcción de la historia. A mí me pareció muy bien. Estaba contento con Karin, que cuidaba lo que yo le confiaba; no enterraba el talento.

En ese tipo de reuniones y fiestas yo tenía mucho poder, y me sentía a gusto. No veía nada reprochable en el hecho de sentirme poderoso. No se debe abusar del poder, yo era un buen ejemplo de ello. Compartía mi poder con otros. Siempre había estado extraordinariamente bien dotado de imaginación, tanto que empecé a repartir el poder de la imaginación a gran escala. Tal vez fuera descarado y quizá también osado, pero, sobre todo, era generoso. En los medios de comunicación era Berit quien tenía poder, no yo. Si hubiera echado de menos un lugar en los medios, habría sido una persona abnegada, pero nunca he deseado ocupar un lugar entre los famosos.

Me resultaba divertido lo que los escritores podían sacar de las sinopsis que les daba, eso era todo. Yo tenía una función, y, por consiguiente, tenía que funcionar. También necesitaba algo de lo que vivir, tenía que asegurarme mi parte del excedente en un sector que dependía cada vez más de mis propios esfuerzos.

Cuando los resultados eran aceptables, tenía la agradable sensación de estar rodeado de mi propia jauría de escribientes. Me sentía a veces como el rey de un estado autocrático ilustrado. Era un hábil jugador de ajedrez, pero era aún mejor jugando con piezas vivas. Me gustaba tirar de los hilos, y me divertía observar el comportamiento de los orgullosos autores. Me encantaba observarlos bailar el vals.

Aunque no estuviera inscrito en ningún registro de profesiones, llegué a la conclusión de que el negocio necesitaba un nombre de empresa. En las grandes carpetas donde guardaba las notas que ya había vendido, escribí un día: «AYUDA AL ESCRITOR». Me pareció un buen nombre.

La actividad dependía de un contacto bilateral con escritores, tanto en mi casa como en cafés y restaurantes de la ciudad. Tuve que cultivar el arte de cortejar a varios «mejores amigos» a la vez, lo que trajo consigo muchas invitaciones a cenas, fiestas y excursiones de fin de semana, demasiadas.

Cuando el contacto ya estaba establecido, nunca tenía que esforzarme por vender nuevas mercancías a los clientes. En cuanto tenían necesidad de nuevo material, volvían por su cuenta, regresaban al tío Petter. De ese modo, cada vez dependían más de mis suministros. Algunos dejaron para siempre de pensar por sí mismos. Cuando veían la cantidad de buenos inventos de mi propio caleidoscopio que era capaz de entregarles, era como si su cerebro se les escapara de la cabeza. Decían que se sentían vacíos. Para mí no suponía ninguna satisfacción hacer que la gente dependiera de mí, pero vivía de ello. Vivía de que los peces mordiesen el anzuelo. No vendía hierba ni ácidos, ni siquiera tabaco barato o alcohol de contrabando, sino imaginación, imaginación inofensiva. Pero era la llave del honor urbanita, la llave de algo tan complejo como la identidad postmoderna.

Si me encontraba con un cliente necesitado, digamos en una importante fiesta o cena, éste me llevaba a un rincón, un patio o, en algunas ocasiones, al cuarto de baño. Después de echar nerviosas miradas en todas las direcciones, me susurraba en voz baja: ¿Tienes algo, Petter? ¿Tienes algo hoy? O incluso: ¿Qué puedes darme por un billete de mil?

Tenía un amplio surtido para ofrecer, tanto en cuanto a géneros como en cuanto a precios. Una simple idea o una pequeña charla costaba, claro está, muchísimo menos que, por ejemplo, una sinopsis entera para una gran novela,

por no mencionar una sinopsis bien desarrollada para un guión de cine. También vendía poemas a medio hacer, y cuartas partes de relatos. Una vez escribí un relato entero que dividí en tres partes que vendí a tres autores diferentes. No lo hice para sacar más dinero, sino sólo para divertirme.

En muchas ocasiones elaboraba un tema teniendo en cuenta a un determinado cliente. Una de estas tramas a medida se la vendí por una buena cantidad de dinero a aquel joven al que había conocido unos años antes en el Club 7 y que ya había conseguido cierto éxito con las notas que le había confiado. Como tantos otros de aquella época, se había dejado influenciar por el movimiento hippy y el interés de los Beatles por el misticismo de Oriente; además, era antropósofo. También me resultó muy interesante que estuviera familiarizado con el materialismo filosófico desde Demócrito, Epicuro y Lucrecio hasta Hobbes, La Mettrie, Holbach y Büchner. Me había confiado que no tenía nada sobre lo que escribir en ese momento, pero que aprovechaba la espera para estudiar el *Bhagavad-gita*, buscando un posible puente entre una cosmogonía materialista y otra espiritualista. La trama que elaboré para él giraba en torno a esas cuestiones, le puse el título provisional de *La constancia del alma*, y la idea era, resumida, como sigue:

Los espiritualistas tenían razón, y también los materialistas. También los dualistas y reencarnacionistas tenían buenos motivos para brindar.

Cuando la población mundial llegó a cerca de doce mil millones de almas, nació un niño muy especial en un pequeño pueblo de las montañas de Bolivia, al lado del gran lago Titicaca. Pablo, como se llamaba el niño, era excepcionalmente bello, pero, por lo demás, parecía un niño normal y corriente. Lloraba como el resto de los niños, tenía intactas todas las habilidades e instintos y era algo avanzado en cuanto al desarrollo lingüístico y motriz. Conforme iba creciendo, se apreciaba que el niño no tenía sentimientos. Fue sometido a varias pruebas neurológicas, y todas concluyeron que no tenía ninguna lesión cerebral física, y tampoco ningún trastorno sensorial, aprendió incluso a leer y a calcular más deprisa que la mayoría de los niños de su edad. Pero no tenía alma. Pablo era una cápsula vacía, una cáscara sin fruto, un joyero sin joyas. Sería incorrecto decir que tenía «las facultades mentales deficientemente desarrolladas», concepto que, por cierto, tiene una fuerte carga ideológica, ya que presume que las facultades mentales son algo que puede «desarrollarse», de la misma manera que los procesos corporales u otros procesos mecánicos. Lo que sucedía es que Pablo carecía de cualquier facultad mental, lo que daba como resultado que se criase como un animal humano desprovisto de conciencia o preocupación por los demás. Ni siquiera mostraba interés alguno

por su propio bienestar, y vivía cada momento como un complejo robot programado.

Desde que tenía año y medio, Pablo permaneció atado a pesar del dolor que esto producía a sus padres. No obstante, el sacerdote del pueblo insistió en que debería tener la oportunidad de ir al colegio como los demás niños. Desde los seis años lo llevaron, pues, al colegio en una furgoneta, y en el aula lo ataban a un sólido pupitre que a su vez estaba atornillado al suelo de hormigón. No sufría por ello, ya que era incapaz de sentir vergüenza o autodesprecio. Pablo resultó tener una asombrosa –por no decir alarmante– capacidad de aprendizaje, además de una memoria privilegiada, y uno de los profesores decía de él que era un «niño prodigio». Pero, como ya se ha mencionado, con los años se pudo constatar que no tenía alma. En realidad, era lo único que le faltaba.

A los pocos segundos de nacer Pablo, nació una niña parecida en el centro de Londres. Le pusieron el nombre de Linda, y también ella era excepcionalmente bella. En los minutos siguientes nacieron un niño sin alma en la pequeña ciudad de Boppard, en la orilla occidental del Rin, otro en Lilongwe, la capital del país africano Malawi, doce en China, dos en Japón, ocho en la India y cuatro en Bangla Desh. En todos los casos, transcurrieron muchos años hasta que las autoridades sanitarias locales consiguieron describir ese raro síndrome. Por regla general, se empleaba el término «lesión cerebral», pero fue discutido exhaustivamente por expertos, ya que los sin alma solían ser más inteligentes que la media.

Cuando Pablo tenía veinte años y ya había cometido varias violaciones y asesinatos, entre ellos el de su propia madre valiéndose de un hacha, la OMS presentó un informe internacional que recogía dos mil casos de lo que ya se llamaba –con una denominación provisional– LSD, o Lack of Soul Disease (el Mal de Ausencia de Alma). Lo más asombroso de ese informe de las Naciones Unidas era su afirmación de que los niños LSD nacían siempre dentro de periodos de tiempo breves y muy precisos. Más o menos la mitad de los más de dos mil casos registrados habían nacido en un espacio de tiempo de apenas veinticuatro horas, luego pasaron cuatro años hasta que nacieron seiscientos nuevos casos de niños LSD, también ellos en el transcurso de unas horas. Después de ocho años, llegó una nueva oleada de aproximadamente cuatrocientos casos. En cuanto a los nacimientos había, como puede apreciarse, una clara conexión entre los niños LSD. Sin embargo no se apreció conexión geográfica alguna entre ellos. A los pocos segundos de nacer Pablo en Bolivia, en Londres nacía Linda, no habiéndose registrado desde entonces más casos de LSD ni en Londres ni en Bolivia, lo cual excluye suponer toda posibilidad razonable de contagio. También se podían descartar las causas genéticas.

Algunos astrólogos se apresuraron a interpretar a los niños LSD como la prueba última y decisiva de la influencia de las estrellas, pero pronto se vería que ésta era una conclusión tan precipitada como frívola.

Un grupo de investigadores de la India, con ayuda de una compleja estadística de población, llegó a la conclusión de que los niños LSD siempre nacían después de que la población total del mundo hubiera sobrepasado un determinado nivel unos meses antes. Y observaron también que, tras una epidemia mortal, una gran catástrofe natural o una guerra con numerosas pérdidas de vidas humanas, siempre transcurría un determinado período de tiempo hasta que volvían a nacer más niños LSD. Los investigadores indios fueron claros en su sentencia: Existe en el universo un determinado número de almas, y todo indica que ese número es de doce mil millones. Cada vez que la población mundial sobrepasa esa cifra, llega un nuevo boom de niños LSD, hasta que la población vuelve a descender por debajo de esos doce mil millones de almas.

Esta información cayó como una bomba en el mundo entero y dio origen a una nueva orientación en varios sectores. A favor de la iglesia católica hay que decir que ésta tomó casi inmediatamente un nuevo rumbo respecto a una serie de viejas polémicas, como por ejemplo la prohibición oficial de usar anticonceptivos. El papa y su curia se adhirieron pronto a un movimiento internacional que presentaba su objetivo con la breve y sencilla consigna: Make love, not worms! Por lo demás, la Iglesia fue tajante en su oposición a que los niños LSD fueran bautizados. Sería algo tan blasfemo como bautizar a un perro.

También en cuanto al derecho penal hubo que buscar nuevas vías. En algunos países se seguía castigando a los delincuentes LSD con las mismas leyes que a todos los demás, pero la mayor parte de las sociedades ya han reconocido hace tiempo que una persona LSD es tan poco responsable de sus actos como pueda serlo un maremoto o un volcán. También se llevaron a cabo apasionados debates sobre si la sociedad –o el individuo– tendría derecho moral a matar a niños LSD de existir un diagnóstico seguro. Lamentablemente no es posible detectar el LSD en los análisis de líquido amniótico. La falta de sentimientos no se encuentra, como es sabido, en los genes.

En los últimos años se ha reunido a algunos de los niños LSD más antiguos con el fin de ver cómo reaccionaban al conocerse. Unos de los primeros en ser presentados fueron el boliviano Pablo y la inglesa Linda. En cuanto se encontraron y se vieron libres de ataduras y cuerdas, se abalanzaron y empezaron a hacer el amor de una manera tan salvaje y cruda que convirtieron el Kama-sutra en un cuaderno de colegio de monjas. Pablo y Linda no tenían alma con la que poder entregarse el uno al otro, pero eran hombre y mujer, con

todos sus instintos sexuales intactos. Carecían por completo de vergüenza o inhibiciones, porque sin alma no había nada que pudiera aplacar o controlar su deseo, o introducirlo en un contexto mayor.

El encuentro entre Pablo y Linda dio como resultado un embarazo y un parto. Lo sensacional fue que de ese encuentro nació una niña completamente normal, con cuerpo y alma. Y en aquel momento se dijo: ¿Por qué era tan extraño que un alma disponible bajara a alojarse en una niña que provenía de unos progenitores sin alma? ¿No era eso lo que se esperaba? Lo único que hace falta para crear una persona completa es que una de las doce mil millones de almas del universo se aloje en un feto. No obstante, el equilibrio cósmico se había alterado, ya que durante breves períodos había menos oferta de almas que demanda.

A la hija de Pablo y Linda la llamaron Cartesiana, en honor al filósofo francés René Descartes, porque la niña había demostrado al mundo que el alma no es un fenómeno carnal. Es evidente que el alma no se hereda. Son nuestras características corporales las que se heredan. Heredamos la mitad de componentes genéticos de nuestra madre y la otra mitad de nuestro padre, pero los genes están exclusivamente relacionados con el ser humano como ser biológico, o con la persona como máquina. No heredamos la mitad del alma de nuestra madre y la otra mitad de nuestro padre. Un alma no puede dividirse en dos, de la misma manera que dos almas tampoco pueden unirse. El alma es una unidad indivisible, o mónada.

No fue la primera vez que se establecieron paralelismos entre filósofos occidentales, como Descartes y Leibniz, y escuelas de pensamiento de la India, como la filosofía estrictamente dualista, samkhya. Tanto Platón como una serie de pensadores indios habían señalado dos siglos y medio antes que el alma se encarna y reencarna en un número infinito de cuerpos humanos. Cuando todas las almas del universo se encuentran al mismo tiempo en el mundo carnal, surge un estado de interrupción absoluta de encarnación, hasta que de nuevo mueren más cuerpos humanos de los que son concebidos.

Cartesiana –que era una niña encantadora– fue puesta inmediatamente en manos de la Protección del Menor por la esperada incapacidad de los padres para ocuparse de ella. Eso no les importó a ninguno de los dos, que pudieron seguir juntos. Muchos eran de la opinión, llena de prejuicios, de que sería grotesco y nada ético que más personas LSD tuvieran la posibilidad de concebir hijos. Por consiguiente, y a instancias de la Iglesia, la mayoría de ellas fueron esterilizadas por ley.

También forma parte de esta historia el hecho de que, desde entonces, los seres humanos de la Tierra se tengan entre sí un respeto más profundo como seres

espirituales. Uno no regaña o maldice con tanta ligereza a un alma a la que quizá volverá a encontrar dentro de cien o cien millones de años.

La población del mundo se ha mantenido –después del último brote de LSD– bastante por debajo de los doce mil millones de almas, aunque no todo el mundo está contento con esta tendencia. Algunos han señalado que varios miles de seres LSD podrían haber sido apartados del resto de la sociedad en campamentos o plantaciones de cuerpos para producir órganos. Otros han señalado la utilidad de mantener a algunos adonis y afroditas sin alma en burdeles públicos para alegrar a todos aquellos que viven en celibato involuntario.

Los que opinan que debemos volver a aumentar la población mundial por encima de los doce mil millones constituyen hoy en día una minoría muy reducida.

Con el fin de captar nuevos clientes, derrochaba a veces ese tipo de ideas sueltas, y no necesariamente a cambio de dinero. También en las tiendas de comestibles se veía ya a los fabricantes de productos alimenticios ofrecer apetitosas degustaciones. Siempre podría recuperar lo perdido en una ocasión posterior en que volvieran a pedir una sinopsis más elaborada.

A cambio de que me pagaran el taxi hasta casa, podía desarrollar una idea en un trozo de papel o en una servilleta. Por un taxi hasta el barrio de Tonsenhagen me desprendí de esta breve descripción al dorso de la factura de un restaurante: *Libro infantil (aprox. cien páginas) que consta sólo de preguntas, jerárquicamente ordenadas por temas y subtemas.* Eso era todo, pero lo suficiente para poner en marcha la circulación sanguínea de los más faltos de imaginación. El cliente de turno opinó que le había dado una idea genial. Yo había precisado que no se trataba de un libro corriente de preguntas. La idea era que los niños a los que fuera destinado tendrían que ser capaces de llegar a las respuestas por su cuenta y mediante el razonamiento. Tendrás que dedicar al menos un año a ese proyecto, dije al meterme en el taxi, es una condición. Sabía que el cliente era una persona escrupulosa. También sabía que no pensaba con mucha rapidez.

Varias veces saqué algunos aperitivos que llevaban años en casa y los reuní en un paquete sorpresa; por ejemplo, una colección a la que titulé *26 alegorías de la A a la Z.* Por ese material conseguí diez mil coronas. No me pareció mucho pedir por un montón de notas que en realidad bastaban para iniciar una carrera literaria.

También saqué a relucir una herencia de la época en la que constantemente tenía que vaciarme de voces en mi cabeza; se trataba de *52 diálogos*, que podrían

considerarse un paquete para una carrera literaria completa, y por el cual ingresé quince mil coronas. No fue un precio desorbitado. Dos de esos diálogos se han estrenado en el teatro radiofónico, otro fue representado como entremés en la Centro Escénico de Bergen, y otros tres los he visto impresos como diálogos literarios. Por supuesto, todos habían sido ligeramente elaborados y desarrollados, faltaría más. Uno era una larga conversación, más bien una rendición de cuentas de una vida entera, entre dos gemelas siamesas, con especial hincapié en el empleo de los pronombres «yo» y «nosotras». Las gemelas siamesas constituyeron un auténtico fenómeno científico, ya que vivieron más de sesenta años, y, sin embargo, cada una de ellas fue adquiriendo con el tiempo una visión de la vida casi opuesta a la de su gemela. Al escribir el diálogo pensé que tal vez habría sido una ventaja que una de ellas hubiera nacido con el síndrome LSD, pues así habría resultado mucho más fácil separarlas, pero el meollo de la cuestión era precisamente que ese trozo de carne único estaba encarnado por dos almas individuales. Dizzie y Lizzie eran dos mentes autónomas, condenadas a convivir en un solo cuerpo. Así, de vez en cuando regañaban a voces o se pasaban días enfadadas entre ellas. En esas ocasiones dormían mal por las noches, pero nunca se hicieron daño físicamente.

Si hubiera pensado que un escritor tendría paciencia suficiente para estar durante años escribiendo una gran novela de unas siete mil páginas, por ejemplo, le habría entregado una sinopsis de hasta treinta páginas. Uno de esos proyectos lo vendí por treinta mil coronas a un escritor ya consagrado. Lo titulé *La pequeña humanidad*. Resumido al máximo, algunos puntos decían lo siguiente:

Después de que el temido virus Amazonas, probablemente proveniente de un mono calitrícido, en el transcurso de unos meses haya dejado casi vacío el mundo, la humanidad se compone hoy de sólo 339 individuos. El contacto entre ellos se mantiene vía internet.

Toda la humanidad se conoce por su nombre. En la actualidad hay una colonia de 85 personas en el Tíbet, otra de 28 en una de las islas Seychelles, otra de 52 en el norte de Alaska, una de 128 en el archipiélago de Svalbard, 11 en lo que antaño fue Madrid, una familia de 6 miembros en Londres, 13 en la ciudad minera de Chuquicamata, en Chile, y 16 en París.

Esto significa que la mayor parte de los supervivientes vive en zonas más o menos aisladas como el Tíbet, Alaska, Svalbard y una pequeña isla del océano Índico, lo cual es un indicio de que jamás han estado en contacto con la sustancia contagiosa. No obstante, si a la vez hay también un puñado de supervivientes en Madrid, Londres y París, hay que contemplar como probable que al menos esas personas contarán con unos eficaces anticuerpos. Además,

puede que exista algún grupo más de personas que aún no haya conseguido comunicarse con el resto de la sociedad internacional, e incluso puede haber algún individuo aislado (a quien tal vez podría localizarse en el transcurso de la novela). Los supervivientes llaman al virus que casi ha acabado con la humanidad «la venganza del Amazonas», ya que se asocia con la descontrolada tala de la selva tropical. Ahora es el ser humano quien se ha convertido en especie animal amenazada de extinción.

Los recursos profesionales e intelectuales entre los supervivientes son limitados. Hay en total ocho médicos, de los cuales uno es neurólogo, otro cardiólogo y otro ginecólogo. En París vive una mujer de ochenta y cinco años que, antes de la epidemia, era una de las microbiólogas más destacadas del mundo. Hoy es la única. En Alaska vive un catedrático de astronomía jubilado y en Svalbard un glaciólogo y cuatro geólogos, uno de los cuales es un eminente paleontólogo.

Tras un período de cuarentena de treinta años sin contacto físico entre las colonias, los especialistas están de acuerdo en que el mundo puede volver a abrirse a la migración. Alaska, Svalbard y el Tíbet pueden soportar el aislamiento durante dos o tres generaciones, pero, para evitar las consecuencias negativas del cruce consanguíneo, en las colonias más pequeñas surge la necesidad de la mezcla de sangre con individuos de fuera de sus respectivas reservas. Desde Londres se han recibido informes de un padre desesperado que se ha visto obligado a dejar embarazada a su propia hija en un intento de evitar que la colonia se extinga.

Gran parte de la red de carreteras sigue intacta, y hay unos cien millones de coches, de los cuales un buen número está aún en buen estado. En los aeropuertos hay miles de aviones listos para despegar. La pequeña humanidad cuenta, además, con depósitos ilimitados de gasolina, pero sólo queda un técnico aeronáutico en el mundo, que vive en el Tíbet, y dos pilotos, uno en Alaska y el otro en Longyear - byen, en Svalbard. Imágenes por satélite muestran que algunas de las ciudades del mundo han quedado reducidas a cenizas, pero la mayor parte sigue como antes del desastre hace treinta años. La mayoría de los animales domésticos también se ha extinguido, pero quedan algunos. Por otro lado, ha mejorado rápidamente el medio ambiente de la Tierra. La capa de ozono está casi restablecida, y las condiciones meteorológicas del planeta son mucho más estables que en décadas anteriores.

En este escenario entrarás tú en calidad de autor. ¿Cómo se lleva a cabo la segunda colonización de la humanidad en el planeta? ¿Qué ocurre en esa primera fase? ¿A qué desafíos tiene que hacer frente el individuo? Resumiendo: ¿qué se siente al pertenecer a una humanidad pequeña? ¿Resulta de alguna manera liberador?

Tú mismo has de elegir los episodios que quieres relatar; las posibilidades son infinitas, sólo tu propia imaginación pondrá los límites. Sería conveniente dar nombre y definir a casi la totalidad de los 339 supervivientes, aunque no te dé tiempo a hablar de todos. Estos 339 destinos humanos constituyen tu material.

¿Cómo vivió cada uno de ellos esa epidemia que hizo que desapareciesen casi todos los seres de la Tierra? ¿A qué seres queridos perdieron y cómo ocurrió? No olvides describir los momentos más dramáticos y conmovedores. Y ten en mente que la totalidad de los supervivientes habrá tenido que enfrentarse a la posibilidad de ser víctima de la epidemia.

¿Cómo se desenvuelve ahora cada uno de ellos? ¿Qué hermanos se han visto obligados a engendrar hijos juntos con el fin de evitar la extinción de la estirpe? ¿Cómo vive un padre el tener que dejar embarazada a su propia hija? ¿Cómo lo vive la hija?

Un reto esencial será aclarar la forma en que los seres humanos mantienen el contacto a través de los continentes. Ocupate extensamente de ese primer contacto, del momento mismo en que se consigue la primera comunicación, por ejemplo entre las gentes de Alaska y las del Tíbet. ¿Qué medio emplean? ¿Cómo está el suministro energético en las respectivas colonias? Conviene consultar a ingenieros y especialistas en informática.

¿Vas a elegir un pequeño número de protagonistas y tejer la novela alrededor de ellos, o vas a cultivar lo episódico, con una mayor galería de personajes? No tiene por qué resultar aburrido aunque incluyas a las 339 personas en el desarrollo de la novela, siempre y cuando estén descritas con nitidez. Eso puede contribuir a dar un carácter monumental a la narración.

Las preguntas son muchas, las respuestas te corresponden a ti como autor y como Dios. Cuenta todas las historias, pero no pierdas de vista la dramaturgia superior, la propia dirección y el motor de la gran narración. Al acabar de leer la novela, el lector debe estar hecho un mar de lágrimas por tener que abandonar a todos esos personajes con los que ha convivido durante semanas o meses de lectura, y a los que al final se siente estrechamente ligado.

Tal vez tanta materia te obligue a escribir varios volúmenes. No caigas en la tentación de escribir demasiado poco. Sólo tú posees los conocimientos del segundo gran capítulo de la historia de la humanidad.

No pierdas de vista esa alegría casi inconcebible que proporciona la llegada de un niño al mundo. Al acabar tu narración, seguramente habrán transcurrido varias generaciones, y la población del mundo se habrá multiplicado.

O tal vez optes por extinguir a la estirpe humana. Tienes derecho a hacerlo. ¿Qué piensa el último superviviente de la Tierra? Él o ella está al final completamente solo o sola en el cosmos...

Un buen consejo para terminar: no escribas ni una palabra sin haber leído antes las sagas islandesas de las estirpes. Y un refrán: Se hace camino al andar. ¡Buena suerte!

Me hacía enseguida una idea de lo que deseaba cada uno, es decir, de lo que el cliente estaría dispuesto a pagar bien, pero a la vez tenía que analizar a fondo qué notas sería éste capaz de manejar y desarrollar. Ante todo, tenía que cuidarme de no echar margaritas a los cerdos. Dar a un mal escritor una sinopsis Rolls Royce sería como hacer *dumping*. Además, habría empezado a oler a quemado muy pronto. Ya de pequeño, cuando ayudaba a mis compañeros con los deberes escolares, había aprendido que no podía entregar un trabajo de sobresaliente a un típico candidato a aprobado. Así pues, no sólo dependía del bolsillo del cliente, sino que, además, tenía que sopesar la calidad del material que vendía, así como la calidad del escritor al que se lo vendía. La Ayuda al Escritor era una institución polifacética.

En ocasiones, también podía desprenderme de valiosas notas a cambio de otra clase de recompensas. Si una escritora me gustaba, podía darle algunos temas a cambio de un rato agradable. Me sentía generoso en esos casos, pues de esa forma la escritora no tenía que sentir que me había comprado nada, a cambio de dinero, quiero decir. Te regalo este tema, decía, cógelo si quieres, pero entonces te quedas una hora más, ¿no?

Las mujeres son mucho mejores para intercambiar regalos y servicios que para cuidar sus negocios. Suelen volverse mucho más cariñosas al recibir el proyecto de una obra de teatro o una novela. En esos casos no importa si están casadas o unidas de alguna manera a otro hombre, la expectativa de fama y poder siempre ha vuelto a las mujeres fogosas y dispuestas al amor.

También en esas ocasiones la discreción por parte de la escritora solía ser algo que se daba por sentado. Las mujeres tienen una impresionante habilidad para disimular cuando usan el sexo como moneda de cambio. No era yo el que vendía algo a las señoras, muchas veces ocurría lo contrario: ellas me vendían algo a mí.

Había dejado de recoger a chicas en la calle, ya era demasiado mayor para eso, pero resultaba muy práctico tener acceso a algún momento de placer sin tener que mezclar sentimentalismos de diversa índole. No hacía falta dar más importancia de la que tenía a un momento de placer.

Un segmento muy importante del mercado lo constituían los escritores que habían publicado una novela o una colección de relatos hacía seis u ocho años y que desde entonces no habían vuelto a publicar nada. Eran los frustrados.

Seguían frecuentando los círculos literarios, y algunos ya habían adquirido una deprimida expresión. Pero cuando de repente tenían acceso a una sinopsis muy elaborada de una novela, solían animarse rápidamente y estaban dispuestos a pagar bien. En los casos más difíciles incluía un proyecto acabado para las primeras cuatro o cinco páginas, con el fin de poner al escritor en marcha.

Otro grupo lo constituían escritores que escribían bien, que dominaban a la perfección el estilo, pero que se sentían frustrados porque no tenían nada sobre lo que escribir. Ése era el grupo con el que más me gustaba trabajar. Solía hacer falta muy poco para estimularlos. Y, de todos modos, no podía permitirme ningún exceso. No podía desprenderme de un montón de notas que literalmente rebosaban imaginación o conocimiento y entregárselas a alguien conocido por sus pesadas descripciones de personajes y nada más. Pero algo que contar, una buena historia, una intriga, podía ayudar a esa clase de escritores a conquistar nuevas metas. De algunos de ellos se dijo que habían llegado a «la consagración» en su carrera literaria. Me gustaba esa expresión. Hay en ella algo esperanzador, algo que dice que pueden empezar a suceder cosas, que algo puede liberarse y cambiarlo todo.

Digo que me gustaban los representantes de ese grupo, y era sobre todo porque solían cuidar bien lo que les confiaba. Se tomaban mucho tiempo, no derrochaban lo que habían recibido en depósito. Tal vez no fueran grandes escritores, pero eran buenos artesanos, eran profesionales de la escritura. La Ayuda al Escritor encajaba a la perfección en ese grupo, se trataba de una auténtica simbiosis, pues no voy a ocultar el hecho de que los escritores tenían una capacidad de la que yo carecía por completo: tenían la tranquilidad mental suficiente para sentarse a trabajar durante dos, tres o cuatro años en una sola novela, y lo hacían con gran placer, por no decir goce. Algunos eran exquisitos estetas a los que les encantaba bordar el idioma, describir los personajes y sus sentimientos con nitidez. A mí tanto trabajar el idioma me resultaba un poco artificial y pedante. Ante un sensualismo tan llevado a los extremos, yo tenía de sobra con centrarme en las propias tramas, que no era algo que tuviera que inventarme o construir, sino que se trataba más bien de una bandada de pájaros a los que abría los brazos y recibía con gran entusiasmo.

Precisamente en ese encuentro entre lo espontáneo y lo artificial estaba la simbiosis entre los escritores y la Ayuda al Escritor. Las tramas eran algo a lo que daba a luz en mi mente de una manera completamente natural, por ejemplo mientras paseaba; a los profesionales de la escritura les tocaba colorearlas. En eso eran mucho mejores que yo.

Cada uno tenía sus propias limitaciones, pero eran muchos, varios estaban trabajando al mismo tiempo, y todos trabajaban para mí. Me gustaba pensar que cuando se me acabara el tiempo en la Tierra ya no habría más historias que

contar. Había disparado todos los cohetes, había disparado todo de una vez. Después de mí, el silencio se apoderaría de la Tierra. No habría nada más que inventar, no quedaría nada más sobre lo que especular. Yo dirigía una gran maquinaria, organizaba el festival de literatura más grande de todos los tiempos, y lo hacía a escondidas.

Un tercer grupo de compradores lo componían los que nunca habían publicado nada, pero que sin embargo estaban convencidos de que su destino era ser escritor. Ellos constituían al principio el grupo más numeroso, y no se sentían frustrados. Tenían la fama en la mirada y estaban pletóricos de expectativas. Eran debutantes en potencia. La frustración no les llegaba hasta que se daban cuenta de que habían pagado muy cara una sólida sinopsis para una novela que jamás lograrían escribir. Así, mi mano invisible contribuía a destapar muchos engaños. También ésa me parecía una función importante, pues puede ser una buena acción contribuir a revelar la huida de la realidad de la gente. La Ayuda al Escritor funcionaba en parte como catalizador para el conocimiento de uno mismo. Tuve que secar muchas lágrimas ajenas. Para eso, mis conocimientos de psicología me resultaban muy útiles.

Siempre me he considerado un buen psicólogo. Para un psicólogo, lo más importante es, claro está, el conocimiento del ser humano. Creo que tenía muchos conocimientos de los que poder echar mano, adquiridos en gran parte en mis visitas al cine y al teatro cuando era joven. Además, había aprendido mucho sobre la vida de los seres humanos mientras sobrevolaba por encima de la ciudad mirando a través de las ventanas de la gente. Había echado un vistazo al interior de miles de hogares. No todo el mundo puede decir lo mismo.

Además, un psicólogo tiene que saber consolar, y eso lo aprendí con los años. Consolar es no quedarse corto de palabras, y también está estrechamente emparentado con fantasear. Cuando Calvero consuela a Terry al principio de *Candilejas*, usa su manantial de perspectivas y de puntos de vista. Calvero era un borracho y un payaso fracasado, lo que suponía una magnífica combinación. Suele ser más fácil consolar a otra persona si uno mismo también ha sentido la más negra de las desesperaciones.

Terry está tumbada en la cama de Calvero, su pelo largo y negro destaca sobre las blancas sábanas. El médico se ha marchado, y ella se despierta después del intento de suicidio. Calvero se vuelve hacia ella y dice: *¿Dolor de cabeza?*

Terry: *¿Dónde estoy?*

Calvero: *Estás en mi habitación. Vivo dos pisos más arriba.*

Terry: *¿Qué ha pasado?*

Calvero: *Al llegar a casa esta noche noté que de tu habitación salía olor a gas, así que rompí la puerta, llamé a un médico y entre los dos te trajimos aquí.*

Terry: *¿Por qué no me has dejado morir?*

Calvero: *¿Por qué tanta prisa? ¿Te duele algo?* (Terry niega con la cabeza.) *Eso es lo único que importa. Todo lo demás es fantasía. Se ha tardado miles de millones de años en desarrollar la conciencia humana ¿y tú la quieres borrar así como así? ¿Y qué pasa con el milagro de la existencia? Más importante que todo lo demás en el universo. ¿Qué saben hacer las estrellas? Nada más que estar sentadas sobre sus ejes. Y el sol, escupiendo llamas a doscientos mil millones de millas de altura, ¿qué? Derrochar todos sus recursos naturales. ¿El sol sabe pensar? ¿Es consciente? No, pero tú sí.* (Terry ha vuelto a quedarse dormida, ronca ruidosamente.) *¡Perdóname, me he equivocado!*

En varias ocasiones más Calvero intenta despertar las ganas de vivir de la infeliz bailarina, que aún sigue en la cama con las piernas paralizadas; en una ocasión le dice: *¡Escucha! Cuando era pequeño solía quejarme a mi padre por no tener juguetes. Y él me contestaba:* (Calvero se señala la cabeza.) *¡Este es el mejor juguete jamás inventado! ¡Aquí está el secreto de toda felicidad!*

Los debutantes en potencia tenían a menudo expectativas poco realistas respecto a lo que la Ayuda al Escritor podría hacer por su futura carrera literaria. Una vez que habían conseguido un buen tema para una novela pensaban que el resto saldría por sí solo. Y eso no es así, claro que no. No basta con tener una buena idea, ni siquiera una sinopsis detallada y definitiva. Tal vez no convenga que esté demasiado detallada ni sea definitiva. Además, hay que tener la capacidad de escribir la novela, de establecer una voz narrativa creíble, y hay que conocer ciertos trucos estilísticos elementales. Y sin embargo no se suele fallar en ese punto. Si uno no ha aprendido a escribir tras doce años de colegio, nunca es demasiado tarde para acudir a un curso de escritura. Hay varios en el mercado. El fallo está en que no se tiene nada sobre lo que escribir, y eso no puede convertirse en una asignatura. No existen cursos sobre cómo tener algo sobre lo que escribir. Para eso estaba yo, esa carencia era la que yo podía suplir.

Muchos futuros escritores carecían de algo tan básico como experiencia vital. Es un error postmoderno pensar que se puede escribir primero y vivir después. Pero muchos jóvenes de sean ser escritores porque quieren vivir como escritores. Eso es dar la vuelta a las cosas. Primero se vive, y luego, si uno quiere, podrá evaluar si tiene algo que contar, y eso lo decide la vida misma. La escritura es fruto de la vida, y no la vida fruto de la escritura.

Con el fin de dirigir la Ayuda al Escritor de la manera lo más racional posible, elaboré en un determinado momento un documento que titulé «Diez consejos para convertirse en escritor». Yo no era un vulgar maestro de escuela. Me parecía algo indigno de mí tener que repetirme a mí mismo una y otra vez. Era mejor poner en la mano de aquellos clientes que aparentemente lo necesitaban

una circular estándar. También eso se hacía con total discreción. Precisaba que aquellos diez consejos estaban escritos especialmente para el escritor en cuestión, y que holgaba decir que el receptor no debería exhibir la carta en la universidad o en la calle Karl Johan. En el encabezamiento de la circular no ponía «Diez consejos para convertirse en escritor», sino «Querido Anders» o «Querida Anne Lise».

Poco a poco fui adquiriendo cierta responsabilidad también como confesor de los que no tenían ningún futuro como escritores. A muchos jóvenes había que instruirlos, y para ellos escribí «Diez consejos para los que hayan elegido no convertirse en escritores». También ésa era una elección respetable. Yo mismo la había hecho. El primer párrafo empezaba así: *Es posible vivir una valiosa vida en un planeta del universo sin ser escritor. Tú no eres el primero que ha tenido que buscarse otra profesión.*

Jamás he intentado congraciarme con los grandes escritores. Cuando un gran escritor no tiene nada que contar, hace otra cosa, tal vez cortar leña. Un gran escritor no intenta inventar algo que escribir, sino que sólo escribe cuando tiene que hacerlo. Yo no era un gran escritor. He tenido que evacuar mis pensamientos constantemente, lo que me ha obligado a vivir con una especie de incontinencia mental, pero nunca me he sentido forzado a escribir ninguna novela. Por otro lado, tampoco he cortado nunca leña.

A la hora de captar un nuevo cliente siempre obraba con la máxima cautela. Tenía que evitar revelar que mi intención era venderle una idea literaria antes de que tuviera una razonable posibilidad de arrepentirse. Tenía que ser capaz de retirar la mercancía antes de que la otra parte se diera cuenta de que estábamos hablando de una transacción de compraventa. En esos casos me movía con la agilidad de un gato; era capaz de dar la vuelta al asunto en el transcurso de medio segundo y hacer creer que mi única intención había sido pedir al escritor su opinión sobre algo que estaba haciendo para mí. Era innegable que le había preguntado: «¿Lo compras?», pero con la única intención de saber si le gustaba lo que le había dejado leer. Así daba algunas veces la vuelta a las cosas. De pronto era yo quien tenía que escuchar los comentarios de un experto escritor. Era humillante.

Tenía una gran facilidad para dar rodeos antes de ir al grano. Me había especializado en ello cuando de joven contactaba con chicas desconocidas para llevarlas al cine o al teatro. Dar vueltas a las cosas es una forma de teatro espontáneo, o puede compararse también con el equilibrista sin red de seguridad. La altura de la caída puede llegar a ser enorme, pero es una excelente forma de entrenar la creatividad.

No obstante, alguna vez rechazaron mis servicios después de haberlos

presentado debidamente. Algunos levantaban las cejas, otros sacudían la cabeza, y otros protestaban con vehemencia, no porque no les gustara lo que acababa de ofrecerles, sino más bien al contrario, en realidad creo que lo que les ofrecía les gustaba mucho, comprendían su valor y lo fácil y rápidamente que hubieran podido conseguirlo y presentarlo luego como suyo. Veía cómo los torturaba la tentación, aunque sólo fuera uno o dos segundos. Para mí esos momentos eran de gran goce. Pero, a largo plazo, los escritores incorruptibles llegaron a representar un considerable riesgo para la Ayuda al Escritor.

Los incorruptibles eran puros. No tenían nada que perder al mencionar mis ofertas a otros escritores. Algunos de ellos requerían muchas atenciones durante mucho tiempo después, y yo también cultivaba esa forma de cuidados al escritor. Pero creo que de esos círculos salieron los primeros rumores sobre mi actividad. De esos escritores inmaculados saldría seguramente lo de «El Araña». No tenía nada que ver con aquel viejo trozo de ámbar que mi padre y yo habíamos contemplado en el Museo Geológico. Dos veces en mi vida me han puesto el apodo «El Araña». Así que debo de ser una araña.

La araña teje todo desde sí misma. O como dice la poetisa Inger Hagerup: *Qué extraño ser araña, tener un ovillo en tu cuerpo y tejer sin cesar la vida entera.* Eso no lo hacen todos los escritores. Algunos son como hormigas, que recogen un poco de todas partes y luego consideran lo recogido como suyo propio. Los críticos suelen pensar que casi todos los escritores pertenecen a esa categoría. Señalan que un determinado libro «está influido por», «debe a» o «imita» ciertos títulos o tendencias, de la contemporaneidad o de la historia de la literatura, incluso cuando el escritor jamás haya estado cerca de los títulos mencionados. Pero los críticos dan a menudo por sentado que todos los escritores son igual de eruditos y faltos de imaginación que ellos mismos. El axioma parece ser que ya no se producen creaciones originales, no en pequeños países, y al menos no en el nuestro. Pero también hay una tercera categoría. Los escritores que empleaban los servicios de la Ayuda al Escritor eran como las abejas. Chupaban el néctar del jardín de rosas de El Araña, adquiriendo así la materia prima, aunque muchos se tomaban la molestia de elaborar y seguir desarrollando lo que habían cosechado. Digirieron el néctar del jardín de rosas y lo convirtieron en su propia miel.

Algunos escritores ya consagrados no soportaban la idea de que anduviera por los círculos literarios prestando ayuda a otros escritores en forma de buenos consejos. A mí me parecían unos puritanos. He conocido a escritores que se irritaban con colegas que se inspiraban bebiendo una botella de vino, fumándose un porro o incluso dando una vuelta por el extranjero. Lo peor, en opinión de muchos de ellos, es que futuros escritores se matriculen en cursos de

escritura. Los escritores no suelen jactarse de haberse inspirado en algo que no sea ellos mismos.

En tiempos de esplendor literario, los escritores empuñan gran parte de su fuerza espiritual en mostrar que otros escritores no dan la talla. A finales de la década de los setenta, había muchos problemas de espacio en los catálogos de las editoriales, y cuando hay superpoblación, los animales empiezan a matarse entre ellos. Cuando los granjeros producen demasiada mantequilla o cereales, tiran el excedente. Cuando los escritores producen demasiados textos, dan lugar a un efecto de *dumping*.

Obviamente, no todo lo que vendí se convirtió en libros, pero reconozco mi parte de responsabilidad en la inflación literaria de la que fuimos testigos durante el último cuarto del siglo XX. Se dijo que se publicaban demasiados libros. A finales de la década de los setenta, importaron a un crítico danés que se leyó todas las colecciones de poesía de ese año. Concluyó que casi ninguna de ellas daba la talla. No obstante, el problema no ha sido siempre el exceso de producción de libros malos, también lo ha sido el exceso de producción de buenos libros. Pertenece a una estirpe de muchas palabras. Producimos más cultura de la que somos capaces de digerir.

En los últimos años hemos luchado con gran obstinación contra las pintadas en el metro, a la vez que estamos gastando millones de coronas en construir una nueva biblioteca nacional. Pero también se hacen pintadas en la memoria nacional. Nietzsche comparó a un ser humano que se ha atiborrado de cultura con una serpiente que se ha tragado una liebre y se queda dormitando al sol incapaz de moverse.

Pasaron ya los tiempos de los epigramas. Debajo de los viejos muelles de la ciudad de Bergen se ha encontrado un pequeño poste de madera con la siguiente inscripción rúnica: *Ingebjørg me amó cuando estuve en Stavanger*. Es un suceso que debió de causar bastante impresión al escritor, y también al lector ocho o novecientos años más tarde. Hoy ese parco poeta en palabras habría «pintado» la memoria de la posteridad con una novela de cuatrocientas páginas sobre su breve encuentro amoroso con Ingebjørg. La paradoja es que si en esos ochocientos años se hubieran escrito tantas novelas como en la década de los setenta, no habríamos sido capaces de abrirnos camino entre esa ingente cantidad de tradición escrita hasta la historia simple pero divertida sobre Ingebjørg: *Ingebjørg-me-amócuando-estuve-en-Stavanger*. Esa apasionada historia de amor está reducida a la mínima expresión, y sin embargo llena de connotaciones. Además, deja al lector la posibilidad de adivinar. Tiene una base sobre la cual seguir adivinando. No se sigue adivinando después de haber leído una novela de cuatrocientas páginas.

Es ya demasiado fácil escribir libros, y los ordenadores tampoco dificultan la

labor. Escritores que habían escrito a la manera antigua, es decir a mano o a máquina de escribir, opinaban que los libros escritos en ordenador eran literatura de segunda clase por el solo hecho de que el proceso de escribir se hubiera vuelto demasiado sencillo. Las máquinas se convirtieron en la amenaza del arte de la literatura, y el llamado «tratamiento electrónico de textos» era el demonio. Otro demonio surgió ya en el Renacimiento; en aquella época muchos opinaron que la cultura manuscrita se veía amenazada por la imprenta. Pero también los libros impresos se dejaban leer, y cada vez por más personas. No obstante, durante mucho tiempo, el libro impreso no fue considerado un verdadero libro, sino un simple sucedáneo.

Naturalmente, hubo algunos escritores que no lograron hacer nada con el material que les había vendido. También ellos supusieron cierto desgaste para mi empresa. Tenían que echar la culpa a alguien, y habían encontrado un chivo expiatorio.

Los debutantes no fueron los únicos que se frustraron al no conseguir convertir en libro una de mis sinopsis. También se dio una considerable frustración entre los que ya habían publicado algún libro por su cuenta. Muchos proyectos se pararon en las editoriales, claro, donde yo, al principio, no tenía ninguna influencia. El porcentaje de manuscritos rechazados es de más del noventa por ciento, y permanece bastante inalterable. Pero muchos fracasaron antes de llegar ahí. Algunos clientes volvían para rehacer el negocio. Eso no sólo era infantil, sino que estaba totalmente en contra de las condiciones acordadas. Ahora bien, no constituyeron un gran problema; yo dejaba de ganar, claro está, porque ya no podía vender a otros las notas devueltas, pero no tenía elección. A esos clientes les devolvía el dinero. Tenía ya una sólida economía y estaba obligado a pensar estratégicamente. Tenía que cuidar la reputación de la Ayuda al Escritor.

Por supuesto, no podía dejar husmear a los clientes los productos que les ofrecía antes de que me los compraran. No podía ofrecer un plazo de derecho de devolución de diez días. En cuanto hubiera dejado leer a un cliente la primera página de una sinopsis, el asunto tendría que acabar en venta; en caso contrario, me veía obligado a retirar para siempre del mercado la sinopsis en cuestión. También por ese lado había que dar muchas vueltas antes de atacar, y eso era algo que me gustaba. Había cultivado el arte de proponer a las mujeres, sin que se dieran cuenta, que se acostaran conmigo, eso sí, siempre y cuando ellas emitieran señales que me indicaran que al final accede rían a mi propuesta; en caso contrario, interrumpía el proceso.

Cuando años más tarde me hube establecido en el extranjero, podía vender a un escritor alemán o francés una sinopsis que hubiera dejado leer a algún

escritor noruego años antes. En contadas ocasiones, eso causó pequeños incendios que me tocó sofocar. Era muy hábil apagando incendios. Apagar incendios puede compararse con consolar.

Un importante punto de inflexión llegó cuando a principios de los ochenta me di cuenta de que no podía contentarme con un pago único por una sinopsis que en teoría podía acabar siendo un best-seller. Empecé a negociar sobre una parte de los futuros derechos de autor del libro, por ejemplo cuando sobrepasara los cinco o diez mil ejemplares vendidos. Fijé un nivel de entre un diez y un treinta por ciento de los derechos de autor, según lo elaborada que fuera la sinopsis y la probabilidad de que, en manos del escritor, el tema tuviera posibilidad de llegar a ser un best-seller. Esta innovación representó un considerable progreso económico, haría de mí un hombre acaudalado. Pero también resultaría peligrosa.

Cuando me disponía a negociar sobre derechos de autor llevaba siempre un dictáfono en el bolsillo de la chaqueta. En mi opinión, era lo más seguro para el cliente. Un acuerdo oral es igual de vinculante que uno escrito, lo que pasa con los acuerdos orales es que dependen de que las dos partes tengan buena memoria. En ese contexto han sido indispensables los dictáfonos, y en algunas ocasiones he tenido que mencionarlos. Rara vez me he visto obligado a recordar al cliente su deuda conmigo, al mencionar que desde hacía años tenía conectada al teléfono una pequeña grabadora. Yo era un hombre metódico, algunos dirían pedante.

Uno de los escritores frustrados vino un día a verme a casa; llamémosle Robert. Era diez años mayor que yo, medio flamenco y su vida hasta entonces no había estado carente de problemas. Su carrera de escritor no había sido muy brillante y tuvo además de muy joven un hijo que nació con una pequeña lesión cerebral. Esa circunstancia había sido demasiado para su convivencia con Wenche, que decidió iniciar una nueva relación con otro escritor. Wenche y Robert seguían viviendo juntos, pero a causa del hijo discapacitado su matrimonio se había roto. Ignoraba si Robert estaba al tanto de la relación de Wenche con Johannes, pero yo conocía toda la historia. El círculo literario era muy transparente.

Robert figuraba entre los que había ayudado y esperaban de mí que me responsabilizara de todos los aspectos de sus vidas. También se encontraba entre aquellos que relacionaban muy estrechamente su visión de sí mismos con sus méritos literarios. Unos meses antes habíamos estado juntos en el casino, y estuvo quejándose de que su relación con Wenche siempre había funcionado

como un reflejo de sus propias victorias y derrotas. Cuando tenía suerte con un libro, la misma le seguía hasta el lecho matrimonial, pero en cuanto tenía una mala reseña, era castigado en el dormitorio con el celibato. No era su problema, le dije, era problema de Wenche.

No me gustó en absoluto que se presentara en mi casa sin avisar; se lo dije sin rodeos. Prefería quitar de la vista carpetas y cosas semejantes antes de dejarlos entrar en mi casa, pues a veces estaba bastante desordenada. Pero Robert estaba tan agitado ya fuera en el portal que le dejé pasar. Antes de entrar en el salón le pregunté: ¿Qué te pasa, Robert? ¿Te has estancado de nuevo?

Empezó a hablar sin rodeos. Tengo la sospecha de que ayudas a otros, dijo.

No vi razón alguna para negarlo. De acuerdo, dije, tal vez haya muchos más que vienen a verme. ¿Y qué? ¿No estás satisfecho con lo que te he dado?

Me acordé de la parábola de Jesús sobre los trabajadores de la viña. Robert era de los primeros a los que había ayudado, y habíamos llegado a acuerdos muy claros. No tenía que preocuparse por los acuerdos que yo pudiera haber hecho con los demás trabajadores de la viña.

Lo senté en un sillón y fui a buscar unas cervezas. Luego me acerqué a la cadena de música. ¿Chopin o Brahms?, pregunté.

No contestó, se limitó a respirar con dificultad un par de veces, y dijo: Dijiste que yo era el único.

Fingí reflexionar. ¿Realmente dije eso?

Sus hombros se movían. Eran anchos. Susurró: Creía que éramos sólo tú y yo, Petter.

Escúchame, dije. Tal vez te estés refiriendo a un simple comentario que se hizo hace diez o doce años. Todo era diferente entonces, no digo que no.

Pero creía que sólo seríamos nosotros dos, repitió.

No me hacía ninguna gracia ese tipo de lloriqueo. Era demasiado tarde para lamentarse de que hubiera más participantes en el juego literario de pirámide más grande del mundo, cuando uno ya se había hecho dependiente de los dones de El Araña. Pero «de desagradecidos está el infierno lleno». Cuando el profesor Higgins enseña a una vulgar vendedora de flores a hablar bien, ella exige enseguida desempeñar el papel de su única elegida.

Dije: ¿Crees que te hubiera gustado saber que yo nutría a la mitad del gremio de escritores de algo sobre lo que escribir? En ese caso, ¿habrías tomado parte en esta colaboración?

Seguro que no, dijo moviendo negativamente la cabeza.

Pero te gustaron las buenas críticas por tu última novela, señalé, y también le gustaron a Wenche. Te di una sinopsis de ocho páginas y te la vendí barata. Por cierto, estoy de acuerdo con aquel que dijo que tu lenguaje parece a veces algo

descuidado. Deberías haberme pedido que te revisara el manuscrito antes de entregarlo, ya sabes que no cobro mucho por una revisión.

Se enderezó. ¿A quién ayudas?, preguntó.

Me puse un dedo sobre los labios. ¿Estás loco?, dije.

Me miró de un modo ingenuo. Aparentemente seguía creyendo que él y yo compartíamos un secreto. Dije: ¿Te habría gustado que hubiera hablado de ti a Berit o a Johannes?

¿Ayudas a Johannes?

Pero, Robert, qué dices. Creo que estás agotado. ¡Cuéntame algo! ¿Cómo te van las cosas?

Jodido, contestó.

No tenía buen aspecto. Le habían salido muchas canas en el último año. Además, era de esos hombres que conservan una buena cantidad de pelo hasta bastante tarde y luego de repente empiezan a perderlo.

Dijo: ¿Has hablado a alguien de mí?

Claro que no, contesté, y estaba diciendo la verdad. Añadí: Soy la discreción en persona. Soy bilateral al cien por cien. No tienes por qué preocuparte, al menos mientras te comportes decentemente.

Unas semanas más tarde volvió, también sin previo aviso. Yo estaba irritado. Resultaba intolerable que algunos escritores empezaran a interferir en mi vida privada. Sentía una gran aversión hacia ese correteo por mi portal ya desde los tiempos en que unos niños querían que saliera a jugar a los indios. Podría haberme pillado con visita en casa, en medio de un agradable coloquio con alguna escritora. O podría haberme encontrado en profunda concentración. Antes de recibir visitas, solía encerrar a El Metro en el dormitorio. Curiosamente, él lo aceptaba sin chistar.

Quedó claro desde el principio que algunos habían hablado entre ellos. Deduje que habían comentado que yo dirigía una especie de asesoría a gran escala. Supuse además que todos los que habían hablado también habían negado su participación en la lista de clientes. Siempre se me ha dado bien adivinar; suponer algo está muy emparentado con inventar historias plausibles.

En aquel momento se me ocurrió que un buen día alguien podría llegar a hacerme daño. Me sentí tan presionado que me vi obligado a informar a Robert sobre las cintas grabadas. En varias ocasiones me había entregado cheques que había fotocopiado por si acaso. Le conté que había ideado un mecanismo que haría que mi caja fuerte del banco se abriera inmediatamente si algo me sucedía. Supuse que eso lo tranquilizaría. Primero se enfureció, era alto, al menos me sacaba una cabeza. Además, había podido comprobar con mis propios ojos que tenía un genio incontrolable. Pero pronto le invadió la calma de la resignación, lo cual le vino bien. No resulta agradable vivir con la etérea esperanza de que

algo se va a solucionar cuando uno se encuentra en una situación desesperada. En esos casos, el intentar acogerse a la esperanza irreal de que un milagro va a cambiar y mejorar la situación sólo empeora las cosas, por lo que es preferible la apatía como estado mental. Le hablé con amabilidad y comprensión, pues eso también formaba parte de los cuidados al escritor. Le dije que nadie sabría nunca lo que él me había comprado. Luego le ofrecí unas generosas copas de whisky y le pregunté por Wenche.

Volví a verlo unos años más tarde, estaba pálido y me dijo que se encontraba bloqueado para escribir. Dijo que lo que más le gustaría sería escribir una novela policiaca y le dejé elegir entre dos sinopsis. Muy generoso por mi parte. Robert sabía que la sinopsis que ojeó y no eligió había perdido inmediatamente todo su valor, habría que cambiarla de sitio, de la carpeta de notas vendibles a la de historias utilizables en las fiestas. Nunca fui capaz de dejar de contar historias, resultaba muy positivo para el reclutamiento tener almacenadas siempre nuevas historias.

La sinopsis que se llevó se titulaba *Triple asesinato post mortem*, y tal vez debo añadir que estaba ligeramente inspirada en la canción de los Beatles «Lucy in the sky with diamonds». Las anotaciones llenaban casi quince páginas, pero, resumida, la historia era como sigue:

En la ciudad flamenca de Amberes vivían tres hermanos, Wim, Kees y Klas. Wim tenía una gran marca de nacimiento en la cara, y desde muy niño sus dos hermanos mayores se burlaban de él. Cuando a los veinte años conoció a la mujer de su vida, Lucy, una joven muy bonita, su hermano Kees consiguió arrebatársela unas semanas antes de la boda. La situación familiar no mejoró al morir los padres de los tres hermanos en poco tiempo. Habían dejado un testamento muy detallado, y el reparto de la herencia no dejó duda alguna de que Wim salía perjudicado. Se decía que había sido a causa de ciertas maniobras manipuladoras por parte de los otros dos hermanos. Concretamente había sido Klas el que había ayudado a los padres a hacer el testamento, era abogado, y llevaba años, después de la muerte de los padres, presumiendo por Bruselas de cómo había conseguido que sus padres hicieran exactamente lo que él les dictó.

No obstante, Wim consiguió establecerse y tener éxito como comerciante de diamantes. Con los años, se hizo muy rico. Su gran pena fue no tener su propia familia, ya que después de Lucy no hubo más mujeres en su vida, por lo que tampoco tenía herederos. Su único consuelo era que Lucy le visitaba de tarde en tarde. Con el paso del tiempo, ella le pedía consejo en cuestiones matrimoniales, pues Kees no era un hombre fácil con quien compartir mesa y cama.

Si el más joven de los hermanos moría antes que los otros dos, Kees y Klas

heredarían una parte de la fortuna de Wim, y como contrajo una enfermedad incurable siendo bastante joven, puso en su testamento que Kees y Klas tendrían que abrir juntos su gran caja fuerte. Por Amberes corría el rumor de que en esa caja había diamantes pulidos por valor de muchos millones de francos belgas.

Wim murió a los pocos meses de haber firmado el testamento en presencia de testigos. Kees y Klas acudieron juntos, acompañados por un conocido abogado, a abrir la caja fuerte. Cuando con avaricia en los ojos abrieron la deseada arca, estalló una gran carga explosiva y los tres hombres murieron en el acto. No había diamantes en la caja fuerte, ni tampoco billetes o valores bancarios. Lo único que habían heredado Kees y Klas era una bomba, la cual, en cambio, era de miles de quilates y muy elaborada en todos los sentidos.

Este grotesco episodio se publicó en la prensa como un triple asesinato post mortem, y lo ocurrido tuvo consecuencias judiciales. En su testamento, Wim había dejado a Lucy, la viuda de Kees, todos sus bienes, excepto los que se encontraban en la caja fuerte. Pero ¿podían estar seguros los tribunales de que ella no había colaborado en el triple asesinato? No había duda de que en los últimos años había visitado en varias ocasiones a Wim en la tienda de diamantes, y en el transcurso del último año cada vez con más frecuencia, y ella tampoco intentó negarlo. Lucy podría haber tenido acceso a la caja fuerte. Los tribunales descubrieron también que Lucy había consultado recientemente a un abogado especializado en divorcios, con la intención de separarse de Kees, debido a lo que ella llamaba un matrimonio frío y muerto, y además sin hijos.

Se nombró un abogado con el fin de que alguien se ocupara también de los intereses del fallecido comerciante de diamantes. ¿Se podía asegurar que Lucy no había colocado ella sola la bomba en la caja fuerte con el fin de matar a Wim? ¿Y qué había pasado con todos los diamantes? ¿No resultaba dudoso acusar al fallecido comerciante de diamantes de triple asesinato antes de que el asunto se hubiera visto ante un tribunal?

Jamás se acusó judicialmente a Lucy pero, a la vista de las pruebas, el tribunal prohibió que se hablara del fallecido comerciante de diamantes como asesino o triple asesino. O, como lo expresó el juez: ¡Inocente hasta que se pruebe lo contrario! Y al levantar la sesión dijo: De mortuis nil nisi bene.

Debido a las consecuencias judiciales, a todo lo que se escribió en la prensa, y tal vez también a la pérdida de su marido y de su cuñado, Lucy decidió marcharse de Amberes. Unos días antes de tomar el avión hacia Buenos Aires, donde se iría a vivir con una prima, cumplió treinta años, y el mismo día de su cumpleaños un señor bien vestido llamó a su puerta. Le dio su tarjeta y dijo que representaba a un conocido bufete. En la mano llevaba un pequeño maletín que su cliente le había pedido que entregara a Lucy van der Heijden en

persona en esa fecha. Lucy firmó un acuse de recibo y, cuando el hombre se hubo marchado, abrió el maletín. Estaba lleno de diamantes pulidos. Junto a los diamantes había una nota escrita a mano. Mi muy querida Lucy. Felicidades en tu treinta cumpleaños. Vive por los dos. Tu Wim.

La red había cambiado de carácter. A partir de ese momento se tejían hilos también entre los clientes, volviéndose cada vez más densa, y también más peligrosa. Las síntomas del desgaste se repartían entre cuatro grupos diferentes.

Uno de los grupos lo formaban aquellos que no lograban acabar el proyecto empezado y, por consiguiente, podían quejarse de la calidad de la mercancía recibida. Viví muchos saltos mortales de esa clase. Me divertían. Resulta ridículo quejarse de las prestaciones de un Jaguar si el verdadero problema es que el conductor del Jaguar no es capaz de conducirlo. En ese caso, el problema está en la calidad del conductor, no en la del Jaguar.

Otro grupo era el de los insobornables. Éstos eran los más imprevisibles, porque no tenían nada que temer. También ellos estaban nerviosos e intranquilos por la ayuda que prestaba a otros escritores. Algunos de ellos mostraban incluso cierta tendencia a un temor casi paranoico por lo que pudiera pasar. Hacían sus pesquisas, pero sólo se encontraban con un mar de rumores sin lograr pescar ningún pez. También estos insobornables vivían en la equivocación de que mis ofertas eran muy selectas, lo que les hacía aún más desconfiados, pues se preguntaban a quién ayudaba. ¿No sería a esa nueva figura, ese descarado debutante que de repente les había arrebatado el Premio de la Crítica?

Un tercer grupo lo constituían aquellos que me debían dinero, y que no siempre estaban dispuestos a pagar. En contados casos, se trataba de sumas considerables. Ni a mi cliente ni a mí nos gustaba la idea de que se supiera públicamente que uno de los best-sellers del año estaba basado en una serie de detalladas notas que no procedían del propio escritor. A ninguno nos gustaba que me viera obligado a recordarles las cintas de magnetófono, pero a veces tenía que hacerlo. Surtía efecto. Por muy desorganizada que pudiera parecer la Ayuda al Escritor en un principio, resultaba importante llevar cierto orden en lo que se refería a los contratos.

El último grupo lo formaban todos aquellos que habían sacado provecho de la Ayuda al Escritor, tanto artística como económicamente, pero que se sentían inseguros al saber que había más animales de intercambio en la red. Cuanto más provecho hubieran sacado de mis servicios, más alta sería la altura de la caída, y más miedo tenían a perder su honor. Se avergonzaban de haber aceptado una

ayudita, de haberse dejado engañar. Es comprensible. Pero ellos mismos eran los que se habían dejado tentar.

Después de que los clientes se hubieran enterado de que yo suministraba a gran escala, algunos caían otra vez en la tentación de hacer nuevos contratos. Sabían que se movían en tierras movedizas, pero ya habían probado la mercancía, y querían más. Como en el caso de cualquier drogodependencia, tal vez sólo se tratara de aplazar el momento de la verdad. Pregunté a uno de ellos si no tenía miedo de que lo descubrieran después de muerto, pero se limitó a negarlo diciendo que en ese caso de todos modos habría desaparecido para siempre. A mí me pareció una respuesta muy cínica, pero también era sintomática. Uno de los rasgos típicos de la civilización postmoderna es la ausencia casi total de respeto por el honor póstumo. La vida es un parque de atracciones, y la reflexión no llega más allá de la hora de cierre del parque.

Otra cosa muy distinta era que esos clientes pudieran odiarme. No existe necesariamente una contradicción entre ser heroinómano y odiar al camello.

Yo conservé la serenidad hasta que un día leí un breve artículo en *Der Spiegel* acerca de una singular novela sobre una partida de ajedrez, recientemente publicada en Alemania. Conseguí la novela, la leí de un tirón y me dejó profundamente conmocionado.

La novela estaba construida sobre la historia que muchos años atrás había contado a María en Frognersteteren, unas semanas antes de dejarla embarazada. Muchos de los detalles eran diferentes en la versión alemana, todos los nombres eran nuevos, y la acción se desarrollaba en un entorno alemán. Pero la historia en sí era idéntica a la que yo había inventado, incluso en los detalles insignificantes. La autora era una tal Wilhelmine Wittmann, para mí totalmente desconocida. No obstante, podía tratarse de un seudónimo.

María era la única persona a la que había relatado la historia sobre la partida de ajedrez, de eso estaba seguro. La única razón por la que no la había vendido aún era porque no había encontrado a nadie que me pareciera capaz de escribirla. Sólo cabían dos posibilidades: María había contado la historia sobre lord Hamilton a alguien conocido, por ejemplo a un escritor, o bien –y eso me resultaba aún menos agradable– era la propia María quien se escondía tras el seudónimo de Wilhelmine Wittmann. La historia estaba bien contada, y el resultado era satisfactorio, aunque para mí el relato estaba indisolublemente vinculado a las Tierras Altas escocesas.

Ese repentino guiño de María me dejó muy indignado. La sinopsis de *Das Schachgeheimnis* sólo constituía una de las decenas de historias derrochadas por mí en María, y varias de ellas ya se habían convertido en novelas acabadas. ¿Cabía la posibilidad de que aparecieran más historias de la mano de

Wilhelmine Wittmann? En ese caso la Ayuda al Escritor corría el riesgo de tener graves problemas.

Hasta ese momento María había dado fe de una impresionante memoria, y había empezado a jugar al ajedrez.

La escritura en la pared

Fue ésa la época en la que comencé a establecerme seriamente en el extranjero. Era el momento, porque en mi país la red se había vuelto demasiado frágil. Noruega es un país poco poblado, pero con una gran densidad de población de escritores. Convenía hacer frecuentes giras por Alemania, Italia, Francia, España e Inglaterra.

Lo primero había sido procurarme un puesto en una editorial, sabía ya hacía tiempo que era necesario. Muchos editores se habían dado cuenta de que era un tipo servicial que gustosamente prestaba ideas y sugerencias a los escritores, y que gozaba de gran prestigio entre ellos. Cada vez con mayor frecuencia recibía peticiones de asesoramiento, ahora ya sin tapujos. Fue un buen cambio, y me gustó desempeñar un papel que justificaba ingresos. A veces me resultaba complicado convencer al fisco de que algo del dinero que ganaba estuviera sujeto a impuestos.

Estuve un año haciendo una suplencia como editor de literatura extranjera en una de las grandes editoriales. Había muchas solicitudes, pero el puesto fue mío en cuanto les comuniqué mi interés por él. Ni siquiera tuve que enviar una solicitud escrita. Tenía un nombre, faltaría más, todo el mundo conocía a Petter. Yo era la eminencia gris de la vida literaria.

No tenía nada de particular el que un hombre como yo solicitara un puesto en una editorial, lo extraño era que no lo hubiera hecho antes. Tampoco fue ningún impedimento el que no tuviera ningún título universitario, aparte de un bachillerato con matrícula de honor. Era autodidacta, y no me daba vergüenza no tener ninguna carrera universitaria, pues me había saltado esa etapa. Hay personas que aprenden más de ellas mismas que de otras.

La editorial que me abriera sus puertas podría sentirse afortunada. Yo haría un buen trabajo, de eso no cabía duda, pero sólo yo sabía que con el pretexto de trabajar para una editorial también podría establecer valiosos contactos en el extranjero, contactos que resultarían decisivos para la extensión de la Ayuda al Escritor.

Trabajé durante cuatro años en la editorial, y ya al cabo del primero muchas personas clave de las grandes editoriales extranjeras sabían quién era la persona que mejor conocía la vida literaria de los Países Nórdicos. Mi tarea consistía en localizar títulos extranjeros merecedores de ser traducidos al noruego. Era fácil.

Los agentes sabían con quién tenían que establecer contactos y me perseguían por los pasillos de la Feria del Libro de Frankfurt. Resultaba entretenido, era verdaderamente una diversión. Me besaban en la mejilla y derrochaban tarjetas de visita. Sabían que los títulos no elegidos por mí tendrían poca posibilidad de ser publicados en los países escandinavos; de esa forma me convertí en un globo sonda. Antes de que una editorial alemana o italiana presentara un título en el mercado norteamericano o japonés, solía pedirme opinión. Yo les comunicaba a vuelta de correo qué títulos, a mi parecer, tendrían posibilidades en los países en cuestión. Les facilitaba el nombre de una persona de contacto o yo mismo hacía la recomendación, e indicaba además las condiciones de contrato más convenientes. De esa forma se me pedía asesoramiento para asuntos de los que yo realmente no era responsable. Ya siendo editor de literatura extranjera obtuve una posición privilegiada como introductor de la literatura escandinava en el extranjero. Nunca decía nada de lo que no pudiera responder. Cuando comunicaba a un editor alemán que una novela danesa o sueca podría llegar a ser un gran éxito en el mercado alemán, ese editor sabía que yo tenía razones fundadas para afirmarlo, lo cual resulta importante cuando se vive de tratar con la gente. La confianza es algo que se construye con el tiempo.

Naturalmente se armó un gran revuelo cuando de repente una mañana llamé a la puerta del director de la editorial para comunicarle que dejaba mi puesto de editor. Tenía que seguir adelante. Desde principios de los ochenta trabajé como *scout* para varias de las grandes editoriales internacionales. Mi misión era seguir de cerca las publicaciones escandinavas y en lengua alemana, y cuando encontraba títulos que podían ser de su interés, comunicarlo cuanto antes a las editoriales que representaba. Eso supuso un nuevo trampolín, pues al cabo de poco tiempo representaba a editoriales prestigiosas en muchos países, a las que visitaba a menudo.

En los viajes seguía concibiendo nuevos temas e ideas para novelas. De joven me gustaba pensar mientras caminaba por la montaña o viajaba en tren por la planicie de Hardangervidda. Las condiciones no eran peores a una altura de cuarenta mil pies, camino de Nueva York, São Paulo, Sidney o Tokio. El concebir la idea de una nueva novela no tenía por qué llevar más de unos minutos de trabajo, y en algo había que pensar, así está hecho el cerebro. No podía limitarme a mirar fijamente el pasillo entre los asientos y preguntarme cuándo llegaría el personal de vuelo a servirme otra taza de café. Tenía una profesión ideal para los largos viajes en avión; podía estar contento de no ser un hombre de negocios, por no decir novelista. Una libreta ocupa menos espacio que el manuscrito de una novela o un ordenador, y además, es mucho más

discreta. En su estética, Hegel expone con cierta insistencia que cuanto más noble y espiritual es un arte, menos masa física requiere.

Nadie se extrañaba ya de mi presencia en las ferias de libros y encuentros literarios del mundo entero, pues me pagaban por tener los ojos abiertos. Lo ideal era que estuviera al tanto de una novela importante incluso antes de que hubiera sido publicada en su editorial matriz. Lo que nadie podía adivinar era que en algunos casos conocía una novela mucho antes de que hubiera sido escrita, incluso antes de que el propio escritor supiera que él o ella iba a escribirla. Para un *scout* se trata, claro está, de una posición de ensueño. He conseguido colocar títulos importantes. Se dice que tengo un sexto sentido.

Para la Ayuda al Escritor fue una gran liberación no tener que depender de escritores escandinavos. Traduje algunas de las sinopsis más importantes al inglés, alemán, francés, italiano y español. Significaba algo más de trabajo, pero no una tarea insuperable. Siempre me ha gustado leer literatura en su lengua original, es casi una condición indispensable. Ya desde principios de los setenta aprender idiomas se convirtió en un hobby. La Ayuda al Escritor fue teniendo un repertorio cada vez más amplio de escritores entre los que escoger. Un escritor norteamericano o brasileño no consideraba muy arriesgado comprar un tema a un noruego. Y así comencé a amasar una fortuna.

Una parte de mi jornada laboral consistía en mantener un estrecho contacto con agentes, editoriales y escritores, y no tardé en convertirme en una persona con la que muchos deseaban ser vistos. No resultaba degradante comer conmigo en las ferias de Frankfurt, Londres, Bolonia o París, más bien podía considerarse un honor ser visto en mi compañía. Era una persona solicitada; no constituía una desventaja profesional el tener un carácter agradable, y pasaba muchas veladas muy reconfortantes en compañía de editoras. Los únicos competidores en mi campo eran los demás *scouts*, pues no se podía colocar el mismo bestseller tanto en Seuil como en Gallimard.

Cuando la primavera pasada llegué a la Feria Internacional de Literatura Infantil y Juvenil de Bolonia, intuí muy pronto que esa visita podría ser la última que hiciera a Bolonia. Ya la primera mañana olfateé que no estaba todo como de costumbre. Siempre he sido muy rápido captando ánimos y desánimos.

Nada más inaugurarse la feria, me puse a charlar con un editor francés que acababa de cosechar un gran éxito con un cuento basado en una de mis sinopsis. El autor, con quien me había encontrado en un pub durante el Festival de Literatura de Edimburgo unos años atrás, había seguido mis instrucciones, y el lenguaje de la novela era elegante. Me había pagado un

adelanto sustancial y recibiría luego el cinco por ciento de todos los derechos futuros, tanto de la edición francesa como de las traducidas. El libro había ganado varios premios y se había traducido ya a unos siete u ocho idiomas. Tenía guardada la confesión sin reservas de la situación en una casete en una caja fuerte del banco, junto con el justificante de la transferencia. Además, tenía la confirmación en una cinta del magnetófono conectado al teléfono de mi casa de Oslo. Nunca he puesto reparos a dar mi teléfono privado a los escritores, pues el magnetófono era silencioso, y con el fin de evitar malentendidos, solía resumir todos los puntos acordados.

Enseguida tuve la certeza de que el editor francés conocía el origen de la novela premiada. ¿Se lo había insinuado el propio autor? En caso afirmativo, ¿por qué lo había hecho? ¿Estaría totalmente desprovisto de sentido del honor?

No dijo nada directamente, pero por la manera en la que el editor intentó sonsacarme, comprendí que también sospechaba que la ayuda prestada por mí a su escritor no era un caso aislado. Tuvo incluso la desfachatez de preguntarme si tenía más asuntos entre manos. Cuando al final le hice entender que no me sentía a gusto con todas esas tonterías que me estaba diciendo –simplemente cogiendo mi vaso de plástico con café y encaminándome por el pasillo hacia la caseta alemana–, me agarró del brazo y me dijo: Cuidado, Petter. Su tono fue amable, pero no creo que su intención lo fuera. Lo interpreté como una amenaza. Tal vez el hombre temiera por la reputación de su escritor, y con ello, por la reputación de su editorial en general.

Estuve charlando un rato con el editor jefe de una de las grandes editoriales alemanas. Me dijo que ese año traía una lista especialmente fuerte. Me sirvió una copa de champán, aquel hombre no podía imaginarse que el trabajo inicial de dos de los títulos mencionados por él había sido realizado en Oslo muchos años antes. No tenía importancia.

Estuve vagando por los pabellones de la feria toda la mañana. Estaba trabajando, siempre me han encantado las ferias, me gustaba pasearme por ellas. Los pabellones y pasillos de las grandes ferias de libros de Europa eran mis palacios imperiales; la residencia primaveral de Bolonia era mi preferida. En Bolonia era donde mejor comía, y también donde había más mujeres.

Me encantaba ir de país en país por el recinto ferial, saludando a colegas de todo el mundo. A Bolonia no iban muchos escritores, pero veía mis libros en las casetas. En el transcurso de los años había dado pie a decenas de libros infantiles y juveniles, sólo yo sabía lo polifacético que era. Me encantaba hablar con los editores sobre los libros concebidos por mí. Daba mi opinión, me parecía necesario hacerlo, y no dejaba de hablar mal de mis propias novelas si opinaba que estaban mal escritas. A veces decía que el escritor había echado a perder su propia trama, y que debería haberle sacado más provecho. Luego era

capaz de repetir con mis propias palabras lo que yo consideraba la esencia de la novela. Resultaba divertido. A muchos editores les daba que pensar, pues pocos eran capaces de explicar la intriga subyacente en la novela con tanta precisión como yo. No siempre tenía tiempo de leer los libros del principio al fin antes de acudir a una feria, y sin embargo era capaz de contar, a grandes rasgos, el contenido de todos en los que había intervenido en una fase temprana. Estaba impresionantemente bien enterado. Faltaría más.

Y, sin embargo, en la feria de Bolonia de este año percibí que algo había cambiado desde la feria de Frankfurt, seis meses atrás. En el transcurso de la mañana saludé a cerca de cien conocidos. No era nada del otro mundo, pues saludar a cien personas en una mañana entera no es mucho para una feria del libro, al menos no para mí.

Cada vez estaba más convencido de que algunos habían hablado entre ellos. No todos, claro. Reunir a todos aquellos con los que había tenido algún contacto en el transcurso de los años habría sido tan impensable como reunir a todas las hormigas del bosque en un solo hormiguero, pero el que algunos hubieran hablado entre ellos podría significar que se me había acabado el tiempo.

Un agente italiano me agarró del brazo y exclamó con espontaneidad: *¿También este año estás en la feria?* Fue una pregunta curiosa por dos razones: él estaba viendo con sus propios ojos que yo estaba allí, y, además, llevaba por lo menos diez años acudiendo a la feria de Bolonia. Un poco más tarde me topé con Cristina, de uno de los grandes grupos editoriales italianos. Hacía muchos años que nos conocíamos. Cristina tenía los ojos más bonitos del mundo, y la voz más sexy del mundo, después de la de María. Sin embargo, al verme esta vez, Cristina se llevó la mano a la frente, como si estuviera viendo un fantasma en pleno día. ¡Petter!, exclamó. *¿No has leído el artículo del Corriere della Sera?* No le dio tiempo a decir nada más antes de que la secuestrara un portugués al que yo apenas conocía. Era uno nuevo. También él una especie de scout. Me sentía aturdido.

Está bien, pensé. Así que debería haber leído un artículo del *Corriere della Sera*. No era mi costumbre estar mal informado, pero hacía mucho tiempo que no estaba al sur de los Alpes. Me desagradaba ese repentino cambio de talante en el imperio, alguien había empezado a conspirar. ¿Habría una revolución en marcha?

Tenía de sobra para un día, aunque no había hecho nada útil. Cuando me dirigía a la salida principal, descubrí a un escritor danés al que acababan de editar una novela juvenil en italiano. No me parecía muy bien escrita, pero la trama era impresionante, estaba basada en unas notas que el autor me había comprado durante un encuentro literario en Toronto. Me pareció que al menos

me merecía una amable inclinación de cabeza, pero el danés desvió la mirada en cuanto me descubrió, y se comportó como si le sorprendiera verme con vida. Tal vez no sea tan extraño que uno vacile al mirar a alguien a los ojos si creía que esa persona estaba muerta. Pensé que también debe de resultar problemático mirar a un viejo amigo a los ojos unas horas o días antes de que desaparezca, sobre todo si a uno le han dado un papel que desempeñar en la desaparición. Tenía demasiada imaginación. Estaba de mal humor. Había empezado a elaborar la sinopsis de la novela sobre mi propia muerte.

Fui directo a la salida, y cogí un taxi hasta el hotel Baglioni, en cuya cuarta planta me alojaba. Al entrar en la habitación cogí una botella de agua mineral del minibar, me tumbé en la gran cama de matrimonio y me dormí con la botella en la mano. Cuando me desperté de repente, después de un largo y profundo sueño, temí por unos instantes haber empezado a mojar la cama a mis años.

Una hora más tarde me senté en la Piazza Maggiore a tomar una cerveza. Estaba intranquilo. En casi todas las mesas había gente del gremio, y conocía de vista a casi todos. Algunos me saludaban con amabilidad, pero esa noche también había gente que no me saludaba. Notaba tensas miradas a mis espaldas. Sentía que me miraban con malos ojos.

Cuando estaba de humor para ello, era en ese lugar donde solía buscar a alguna amiga para pasar la velada, bien a alguna que conocía de antes, o alguien a quien acababa de conocer. No había parejas en una feria del libro, en Bolonia tal vez hubiera una representación igualada de ambos sexos, pero no había ni un solo cónyuge. Yo siempre pedía una habitación doble en el Baglioni. Muchos editores y agentes vivían con bastante más austeridad que yo.

Descubrí a Cristina sentada con Luigi en el café vecino. Luigi no sólo era un excelente editor, sino también hijo del legendario Mario. Una vez, en Milán, Mario me dejó su palco en La Scala, donde representaban una aceptable versión de *Turandot*.

Al ver a Luigi en el café de al lado, me vino a la mente el recuerdo de mi madre. Le habría encantado ocupar el palco de Mario en La Scala, se habría comportado como una reina. Si mi madre hubiera vivido, la Ayuda al Escritor tal vez no habría existido, y entonces yo tampoco habría conocido a Mario. Si mi madre hubiera vivido sólo un poco más, todo habría sido diferente, y tal vez ni siquiera hubiera conocido a María.

Volví a acordarme de *Das Schachgeheimnis*. Habían pasado algunos años desde su publicación. Al descubrirlo, había arrancado inmediatamente la sinopsis de una de las carpetas que contenían notas para novelas en venta, y la

había tirado a la basura. ¿Cuál sería el siguiente movimiento de María? Me sentía agotado.

En una mesa vecina hablaban una lengua eslava que no entendía, pero tenía la sensación de que estaban hablando de mí. También oía voces a mis espaldas y me parecía que todos los clientes del café estaban hablando de El Araña. Me acordé del cuento de H. C. Andersen «¡Es la pura verdad!». ¡*Contadlo!* ¡*Contadlo!* Las ferias del libro siempre estaban plagadas de rumores, eso no era nada nuevo, pero ahora los rumores eran sobre mí. Noté un pinchazo de miedo, no entendía por qué, pero estaba nervioso. Tal vez lo de H. C. Andersen y las tensas miradas a mis espaldas sólo eran imaginaciones mías. Si alguien está a punto de desarrollar una manía persecutoria, no debe pasar demasiado tiempo en una feria del libro.

Decidí volver al hotel y tomar un somnífero, pero me acordé de algo que había dicho Cristina en la feria. Dejé el dinero de la cerveza en la mesa y fui entre las mesas del café hacia Cristina y Luigi. No me habían visto. Toqué a Cristina en el hombro y dije: ¿*Corriere della Sera*?

Los dos se sobresaltaron. Tal vez también ellos habían estado hablando de mí. Cristina miró el reloj y dijo que tenía que marcharse. Me extrañó que tuviera que marcharse justo en el momento de llegar yo. Antes, ese mismo día, se había precipitado a entablar conversación con un portugués, pero ahora me ofreció su silla, dijo adiós con la mano y cruzó la plaza en dirección a la catedral. En el momento de marcharse, Luigi y ella intercambiaron una mirada. Fue como si él le dijera: Tú vete, yo me ocuparé de Petter.

Miré a Luigi. ¿Qué dicen en el *Corriere della Sera*?, pregunté.

Se echó hacia atrás y se sacó un paquete de puritos del bolsillo de la chaqueta. Eso significaba que aquello podría durar mucho tiempo. Dijo: ¿Has oído hablar de El Araña?

Claro, dije, a mí me llega todo.

Vale, dijo, y bebió un trago de cerveza. Luigi era un hombre de pocas palabras y muy ponderado.

¿Pone algo sobre El Araña en el *Corriere della Sera*?

Luigi asintió con la cabeza.

No creo que se diera cuenta de que me estremecí. Intenté recapacitar.

Tal vez sea la primera vez que aparece algo impreso sobre él, comenté. ¿Qué pone?

Dijo: Conozco bien a ese periodista. También escribe para *L'Espresso*, y creo que ahora está trabajando en un largo artículo.

Me estaba irritando. Hice un gesto con el brazo: Te he preguntado que qué pone.

Sólo Luigi podía sonreír así. Stefano cree que El Araña es noruego, dijo.

¿Da algún nombre?

Negó con la cabeza. Yo había empezado a hablar en susurros. Tenía la sensación de que había docenas de orejas aguzadas a nuestro alrededor.

Puede ser noruego o cualquier cosa, susurré, y Luigi se dio cuenta de que estaba susurrando. Proseguí: El Araña está en todas partes, en todas y en ninguna parte. No creo que pueda ayudarte, Luigi.

Preguntó: ¿No serás tú, Petter?

Me reí: Gracias por la confianza depositada en mí, dije. Pero, como ya te he dicho, no puedo ayudarte. Saluda a tu amigo y díselo.

Abrió los ojos de par en par.

Tal vez estés dando la vuelta al asunto, objetó. Puede que seas tú quien necesita ayuda. Stefano te envía sus saludos y me pide que te lo diga. Si eres El Araña, te aconsejo que te largues cuanto antes.

Volví a reírme. No tenía ninguna razón para estar cabizbajo. La conversación debía a toda costa continuar como una alegre charla.

Miré a derecha e izquierda y susurré: Pero ¿por qué? ¿De qué acusan realmente a esa «araña»?

Luigi había encendido un purito, y empezó a pronunciar un largo discurso. Ni lo uno ni lo otro era típico de él. Dijo: Imagínate que existiera una fábrica de imaginación con una sola persona al frente del negocio, y que esa persona fuera un hombre que estuviera siempre y a escondidas tejiendo elegantes tramas para novelas y obras teatrales de todo tipo. Imagina que no ambiciona editar su obra, tal vez parezca incomprensible y enigmático, pero es totalmente factible. Tal vez le resulte abominable firmar un poe - ma o un relato, quizá porque tiene un raro deseo de vivir en el anonimato, a la vez que no puede dejar de tejer sus fábulas y sus historias, pues es incapaz de parar ese motor. Supongamos que en el transcurso de los años haya elaborado una gran red de contactos dentro del sector del libro, tanto en su propio país como en el resto del mundo. Conoce a cientos de escritores, y muchos de ellos sufren periódicamente lo que llamamos bloqueo. Imagínate ahora, y en este punto deben de existir algunas almas dispuestas a revelar la verdad, imagínate que esa fábrica de imaginación empieza a vender productos semimanufacturados a escritores frustrados. ¿Me sigues?

Me lanzó una mirada penetrante. Mientras él hablaba, yo había hecho una seña al camarero para pedirle una botella de vino blanco. Me irritó que Luigi pensara que estaba mejor informado que yo.

Claro que te sigo, dije. Y creo que tienes razón en que algo se está cocinando. Coincide con mis propias impresiones.

¿Ah, sí?, dijo Luigi.

Continué: ¿Y qué? Estoy de acuerdo con que el fenómeno que describes es

curioso, pero ¿no crees que esos escritores están contentos con la ayuda que pueden obtener de la fábrica de imaginación? ¿No es una razón de alegría para el lector? Cuando llueve y hace frío, y resulta difícil encender el fuego de la chimenea, todo el mundo se alegra si llega alguien con una lata de parafina.

Luigi se rió. Sí, sí, pero no creo que conozcas bien este país.

Me pareció un comentario ridículo, pues al fin y al cabo yo era europeo. ¿Tienes algún título?, pregunté.

Mencionó cinco novelas que habían salido en Italia durante estos últimos años. Cuatro de ellas eran mías. La quinta, que curiosamente se llamaba *Seta*, o «Seda», era una perla de un escritor italiano que yo había leído, pero que no había acudido a mí.

Bravo, dije. No sé por qué lo dije, pero fue una estupidez decirlo.

Luigi siguió hablando: Es inherente a su naturaleza que esa fábrica de imaginación pueda seguir funcionando durante muchos años, pero supongamos que los escritores empiezan a ponerse nerviosos. Se han hecho dependientes de ese material ajeno, y ahora tienen miedo de ser descubiertos en un control de dopaje. Cualquiera día puede descubrirse que han hecho trampa en su oficio. Ya no se fían de El Araña, pues un día puede llegar a despojarles de todo el honor y fama que los libros les han proporcionado. Y supón que un día llegan a tener tanto miedo que empiezan a hablar entre ellos.

Volví a echar un vistazo a mi alrededor. ¿Nos estaba escuchando alguien? Fue una estupidez mirar así. Susurré: ¿Y eso habría de preocupar a El Araña? Él no ha hecho nada ilegal, y tampoco veo que haya hecho nada reprochable. Seguramente ha llegado a acuerdos con cada uno de los escritores con los que ha hecho negocio.

Tú no eres italiano, volvió a decir. Tal vez seas demasiado ingenuo. Supón ahora que los escritores deban dinero a El Araña, mucho dinero, muchísimo dinero.

Odiaba que me tomaran por ingenuo. Para mí no había nada peor que estar sentado con personas que se creían más listas que yo. No es que tuviera miedo de ser identificado como El Araña, pero no me gustaba nada la idea de que algunos pensarán que habían logrado calarme.

Me limité a decir: No creo que eso suponga ningún problema. Aunque no consiga cobrar todo lo que los escritores le deben, se apañará de todos modos. Y desde luego, no veo por qué nos iba a preocupar a ti o a mí, ni tampoco a los lectores.

Me irritaba no ser capaz de expresarme mejor, era como si tuviera la boca llena de arena.

Luigi me miró a los ojos. ¿Qué pueden estar tramando, Petter? Piénsalo como una trama. Usa tu imaginación.

Dije: Evidentemente estarán intentando matarlo.

Asintió con la cabeza: Contratarán a alguien para matarlo. En este país resulta fácil.

La botella de vino blanco llevaba tiempo en la mesa, y yo ya me había bebido más de la mitad. Dije: ¿Crees que El Araña no ha tenido en cuenta todo eso?

Seguro que sí, contestó Luigi, segurísimo, basta con pensar en todas las excelentes tramas que ha confeccionado. Puede que se haya servido de cámaras y micrófonos ocultos y, si lo matan, tal vez el mundo se entere de cuáles son las novelas que le deben su origen. Cada frase que haya suministrado será expuesta en público, tal vez en internet, y muchos escritores se hundirán en la vergüenza. Quizá por eso ha podido sobrevivir durante tantos años, porque el fundamento de su actividad ha sido el sentido del honor de los escritores. Por cierto, muchas cosas buenas han salido de él, no debemos olvidarlo. Puede que hasta lo echemos de menos, sobre todo los editores.

Ahora me reí con sinceridad. Dije: ¿De qué estamos hablando entonces? ¿Realmente crees que existen personas dispuestas a matar para luego «hundirse en la vergüenza»?

¡Pero, Petter, me estás decepcionando! No es a los humillados a quienes El Araña ha de temer; a ellos los sigue controlando.

Se me hizo la luz. No soportaba la idea de decepcionar a alguien. Opté por reparar el daño inmediatamente y dije: Tienes razón. El Araña debe protegerse de los que no tienen vergüenza, claro está. Pues también existe un mercado para los sinvergüenzas, el cual no hace más que crecer. Cuando era joven apenas existía, pero los tiempos cambian. Los japoneses han dejado incluso de practicar el harakiri, me parece vergonzoso, decadente. Cada vez hay más gente que disfruta con la vergüenza, les proporciona un lugar en los periódicos y los hace aún más famosos. Bien, Luigi, bien pensado.

Asintió, y luego dijo: Le deben derechos de por vida, tal vez el diez o el veinte por ciento de sus propios ingresos. Y no olvides que los escritores tampoco han hecho nada ilegal, no irán a la cárcel por haber recibido ideas para una novela, pero cada vez se vuelven más tacaños y El Araña no puede cobrar a los escritores desde el más allá. ¿O crees que se ha procurado un heredero forzoso, Petter? ¿Crees que ha pensado en ello?

Pues no, había cometido un gran error, fue penoso. Me había olvidado de contar con los que no tienen vergüenza.

Entonces sí que tiene una posibilidad, dije. Puede emitir una proclama diciendo que perdona todo el dinero que le deben los escritores. Así el peligro dejará de existir, y los escritores ya no tendrán motivos para matarlo.

Luigi se encogió de hombros. ¿Estaba sonriendo o no?

Me temo que esto ha ido demasiado lejos, dijo. Al parecer ya tienen planes

para atraparlo.

¡A por él! ¡A por él! Me acordé de todas las veces en que de pequeño fui alcanzado por los niños, de todas las veces que me habían pegado, de Ragnar, que me hizo una brecha tan profunda en la cabeza que tuve que acudir a Urgencias para que me dieran doce puntos.

Me puse a mirar la plaza con su sólida basílica y enseguida descubrí al hombrecillo del bastón y el sombrero de fieltro. El pequeño homúnculo se paseaba por la plaza intentando pegar a los transeúntes con su bastón de bambú, como si ese frágil palito fuera una afilada espada. Pero nadie le hacía caso. Pensé que debería recapacitar, pues El Metro corría el riesgo de convertirse en una parodia de sí mismo.

Parecía que Luigi había cambiado de tema cuando de repente dijo: ¿Sabes algo de una novela titulada *Triple asesinato post mortem*?

Me sobresalté. Seguro que se dio cuenta. Ésa era la novela policiaca de Robert, publicada en Oslo unos años atrás.

Existe una novela noruega con ese título, dije. Pero no creo que funcione en este país, Luigi.

Se rió un poco desanimado. Luego dijo: Sí, sí, también he oído hablar de la novela noruega, y por eso te lo menciono. Pero en realidad me estaba refiriendo a una novela alemana recientemente traducida al italiano. El editor italiano me ha confiado que se quedó un tanto consternado cuando el otro día se enteró de que la misma historia constituye también la base de una novela noruega que se publicó el mismo año que la alemana. Al parecer las historias son tan parecidas que no puede tratarse de una casualidad.

Noté cómo se me iban calentando las mejillas. María se había manifestado de nuevo. Intenté ocultar a Luigi el temblor de mis manos.

Recordé con toda claridad un día en que María y yo estábamos juntos en su piso de la ciudad universitaria, fue la época en la que engendramos a la niña. Habíamos ido a la cocina comunitaria a freír un huevo con beicon antes de volver al sofá cama de la habitación. Fue entonces cuando le conté a María la historia del triple asesinato post mortem. La historia se creó en ese mismo momento y en ese mismo lugar. Al volver a casa anoté algunas palabras clave, y luego me olvidé por completo hasta que volví a sacarlas para Robert muchos años más tarde. Situé la historia en un ambiente flamenco porque la madre de Robert era flamenca.

¿Y cómo se llama ese autor alemán?, pregunté.

Wittmann, contestó Luigi, Wilhelmine Wittmann.

Luigi había apagado su purito y echó un vistazo a la Piazza Maggiore. Dijo: Podría pensarse que El Araña se ha vuelto un poco despistado con los años.

Él ignoraba cómo me dolían sus palabras. Durante todos esos años me había

esforzado al máximo por cuidar de que nunca hubiera duplicados. La única persona que había tenido una posición especial de confianza era María, pero eso había sido hacía casi treinta años, mucho antes de que se creara la Ayuda al Escritor. Llevábamos veintiséis años sin saber el uno del otro, y ahora de repente había empezado a hacerse notar. Tendría que ponerme en contacto con ella, era ya inevitable. Pero de repente se me ocurrió algo que jamás se me había ocurrido antes: nunca le había preguntado su apellido. Tal vez suene extraño, pero sólo nos vimos durante unos cuantos meses, y en la década de los setenta no era muy corriente utilizar los apellidos. De la puerta de su habitación en la ciudad universitaria colgaba un azulejo en el que ponía MARÍA con grandes letras rojas. En cuanto se empezó a hablar de la posibilidad de un embarazo, puso mucho empeño en que yo no supiera ni su apellido ni su dirección. Sólo me dijo que había conseguido un puesto de conservadora en un museo de Estocolmo. Pensé que el mundo es ciertamente pequeño, pero que un pajar resulta muy grande cuando se trata de buscar una aguja oxidada.

Pues entonces se acercan tiempos emocionantes, dije, estaremos al tanto. Yo no soy El Araña, pero no dudes de que tendré los ojos bien abiertos. En cuanto sepa algo, te...

Me interrumpió: Vale, vale, Petter.

Me sentí estúpido. Estaba agotado. Estaba agotado desde que murió mi madre.

Lo miré: ¿Qué debo hacer, Luigi?

Vete de Bolonia, dijo, cuanto antes mejor.

Lo dijo con una sonrisa, pero era una sonrisa ambigua.

Me reí. Creo que has leído demasiadas novelas policiacas, dije.

Su sonrisa se hizo más amplia. Luigi siempre ha sido muy bromista. ¿Podría ser que, lo de que alguien quisiera verme muerto, fuera simplemente una fanfarronada?

Tal vez Cristina y Luigi habían adivinado que yo era El Araña, luego se habían puesto a imaginar cosas, y Luigi estaba tomándome el pelo. Puede que *Triple asesinato post mortem* fuera un título del que había oído hablar a algún editor noruego, que hubiera pedido la opción de ese libro, y que luego le hubiese extrañado toparse con la misma historia dos veces y escrita por dos autores diferentes. A lo mejor ni siquiera era verdad que hubieran publicado un artículo en el *Corriere della Sera*.

Puede que necesites protección, dijo.

Un guardaespaldas, pensé. Era un pensamiento nuevo, y me resultó desagradable.

Me sentí aún más estúpido. Por una vez en la vida estaba totalmente vacío de imaginación. La contrapresión había colocado una pesada tapadera sobre la

presión que me venía de dentro. Estaba vacío de palabras. Lo más inteligente que se me ocurrió en ese momento fue reírme. Era demasiado estúpido.

Esto no es para reírse, dijo Luigi.

Me cabreé. Estaba molesto porque no sabía si me estaba tomando el pelo. Me levanté y dejé el dinero del vino blanco en la mesa.

¿Te alojas en el Baglioni?, preguntó.

No contesté.

¿Adónde irás?

Como tampoco contesté a esa pregunta, levantó el dedo índice.

Tal vez debas tener cuidado con las mujeres.

¿Qué quieres decir con eso?

Sonrió abiertamente: Tienes fama de ser un ligón. Se dice que es tu única debilidad. ¿O no?

No pensé que esperara una respuesta a esa pregunta. No contesté. Lo entendió, Luigi no era tonto. Dos hombres como nosotros no íbamos a ponernos a discutir en un café sobre cómo nos las apañábamos con las mujeres. No era un tema interesante, habría sido repulsivo.

Dijo: Podrían enviarte una mujer como señuelo. Tal vez te envíen a una vieja amiga.

Resoplé. Lees demasiadas novelas sobre espías, dije. Intenté reírme. ¡Ojalá supiera la verdadera posición de Luigi!

Me dio su tarjeta. Aquí tienes mi número de teléfono.

Cogí la tarjeta y la miré, siempre he sido un experto en aprender de memoria los números. Luego la rompí en pedazos y dejé los trozos en el cenicero. Lo miré a los ojos, consciente de que, probablemente, jamás volvería a verlo.

Gracias, dije y me marché. Le di la espalda, porque sentí una lágrima en el rabillo del ojo.

No fueron las amenazas de una conspiración lo que me produjo tanta tristeza. En el fondo de mi corazón creía que Luigi se estaba equivocando. Él pensaría que al día siguiente nos volveríamos a ver y nos tomaríamos una copa en la feria. Pero yo sabía que la Ayuda al Escritor era ya agua pasada. No lo viví como una liberación, sino más bien como una coacción.

Fui hacia el hotel y noté que había perdido el contacto con el suelo. Tal vez lo que ocurría era que nunca lo había tenido. Había actuado como un cerebro al margen de todo lo demás. Sólo había habido dos magnitudes: el mundo y mi cerebro, mi cerebro y el mundo.

Había tenido más imaginación de la que el mundo necesitaba. Jamás había vivido una vida real, lo que había compensado con mi imaginación. No sabía si era mi madre, María o yo mismo quien me había castigado.

Dormí unas horas, y de madrugada me encontraba ya en el vestíbulo. Fuera, la Via Indipendenza estaba tranquila, pero mientras pagaba la factura me percaté de que un joven me observaba. Estaba sentado en un sillón, parcialmente escondido tras un periódico. Resultaba imposible averiguar si acababa de levantarse o si no se había acostado aún. Cuando salí a la calle y me metí en un taxi, el joven me siguió. No le vi subirse a otro taxi, pero creo haberlo visto luego en el aeropuerto. Llevaba un audífono en el oído, lo cual resultaba poco elegante. Creo que conseguí mi tarjeta de embarque antes que él.

Cuando llegué a la puerta ya había empezado el embarque, y unos minutos más tarde nos pusimos en marcha y despegamos. Iba sentado en la plaza 1A, había pedido ese asiento especialmente. Me gustaba más tener que mirar hacia la derecha. Iba camino de Nápoles, el primer avión que salía de Bolonia aquella mañana iba a Nápoles. Veinte minutos más tarde saldría un avión con destino a Frankfurt y con conexión a Oslo.

En cuanto hubimos tomado altura, eché el asiento hacia atrás, y me invadió una especie de calma. De repente me acordé de una historia de mi infancia. Se trataba de un recuerdo real, pero era algo en lo que no había pensado desde que era niño. Todo había sucedido muy deprisa, yo tenía ya la misma edad que tenía mi madre cuando murió. Ésta es mi historia:

Aprendí a leer y escribir a los cuatro años. No me enseñó mi madre, pues opinaba que debía esperar hasta que fuera al colegio. Aprendí por mi cuenta. Creo recordar que sin ayuda de nadie busqué un viejo Abecedario en la estantería. No me resultó muy difícil aprender las veintinueve letras del alfabeto noruego.

Un día que estaba solo en casa cogí una pintura roja y entré en el dormitorio de mi madre. En una de las paredes había dos grandes ventanas con cortinas azules y una buena vista de la ciudad. A lo largo de otra pared había unos armarios blancos, y las otras dos estaban empapeladas de blanco. Era aburrido. Creo que sentí pena por mi madre. Yo al menos tenía fotos del Pato Donald en la pared de mi cuarto.

Había inventado un cuento divertido para mi madre, lle vaba días trabajando en él, sin decirle nada. El cuento sería una sorpresa. Cogí la pintura roja y empecé a escribir en el papel blanco. Al principio tuve que subirme en una silla, necesité toda la pared, es decir, necesité las dos paredes. Al cabo de unas horas había terminado. Me tumbé en la cama de mi madre y leí el largo cuento que había escrito en la pared. Estaba orgulloso. Así mi madre podría leer todas las noches desde su cama la divertida historia antes de dormirse. Sabía que le gustaría, era una bonita historia, y tal vez le gustara aún más porque la había inventado especialmente para ella. Si hubiera inventado un cuento para mí, habría sido totalmente diferente, y si hubiera sido para mi padre, también habría

sido muy distinto. Pero mi padre ya no vivía en casa, no vivía en casa desde que yo tenía tres años.

Me quedé tumbado en la cama esperando la llegada de mi madre. Estaba muy ilusionado. Tenía a menudo alguna sorpresa para ella, pero esto era algo diferente, era una gran sorpresa.

Sentado en ese avión rumbo a Nápoles recordé de repente el ruido que hizo mi madre al abrir la puerta con su llave aquella tarde tan especial. ¡Aquí!, grité. ¡Estoy aquí dentro!

Se puso furiosa. Se puso muy furiosa antes de haber leído lo que había escrito en la pared. Me sacó violentamente de la cama y me tiró al suelo, me dio dos bofetadas, me arrastró hasta la entrada y me encerró en el cuarto de baño. No lloré. No dije ni una palabra. La oí llamar a mi padre, también se enfadó con él y le dijo que tenía que venir a casa a empapelar de nuevo las paredes. Lo hizo unos días más tarde. El olor a cola permaneció en la casa durante semanas. Fue humillante.

Mi madre tardó mucho en dejarme salir del cuarto de baño. Lo hizo cuando hubo comido, tomado café y escuchado los dos primeros actos de *La Bohème*. Dijo que me fuera a la cama. Obedecí sin decir una palabra. No volví a hablarle en unos cuantos días. Al final tuvo que rogarme que volviera a hablar. Entonces le dije que jamás volvería a escribir en la pared, tampoco escribiría en papel, juré, ni siquiera en papel higiénico. Era muy testarudo, y de alguna forma cumplí con lo que había prometido. Tras ese episodio, mi madre jamás volvió a ver nada escrito por mí, ni una sola letra. Jamás le dejé echar un vistazo a mis deberes del colegio, lo cual, por cierto, fue un tema que a veces discutí con mis profesores. Pero ellos estaban de acuerdo conmigo. Yo era tan aplicado y hacía mis deberes tan bien que no hacía falta que mi madre los supervisara, decían. ¡Faltaría más!

No voy a decir que ese episodio fuera la causa por la que no me convertí en escritor, pero al menos fue la causa por la que dejé de dibujar. Dibujar no tenía ningún sentido si no tenía a nadie a quien enseñar mis dibujos. Creo recordar haber pensado en una ocasión que me sería imposible evitar que mi madre leyera algo mío si publicaba un libro del que se imprimieran varios miles de ejemplares. Jamás me daría a conocer mediante algo escrito. Ya me había dado a conocer una vez en el dormitorio de mi madre escribiendo en la pared. Ella nunca tendría la oportunidad de entrar por casualidad en una librería y comprar un libro que llevara mi nombre.

Rechacé el desayuno que me ofrecía la azafata e intenté dormirme, pero tras haber dormitado unos minutos volví a despertarme de golpe. Eché un vistazo a la llanura de Umbría. Tenía cuarenta y ocho años, había vivido ya media vida, o el setenta y cinco por ciento de la vida, o tal vez más, puede que el noventa y

nueve por ciento. La vida era indescritiblemente corta. Tal vez por eso no quise poner mi nombre en ninguna portada. Esa fina capa de cultura, de honores y vanidades humanas, se ahogaba ante la inmensa aventura que estaba atravesando fugazmente. Había aprendido a ignorar las insignificancias. Desde niño había conocido un circuito diferente al de las revistas del corazón y los best-sellers. Cuando era pequeño, mi padre y yo habíamos contemplado un trozo de ámbar que tenía millones de años, y dentro de él había una araña de la misma edad. Yo estaba en la Tierra antes de comenzar la vida hace cuatro mil millones de años, sabía que el sol pronto se convertiría en una gigante roja, y que mucho antes de eso la Tierra sería un planeta árido y sin vida. Ante esa perspectiva no te inscribes en un curso de manualidades. Uno no tiene el sosiego para ello. Tampoco se inscribe uno en ningún curso de «escritura». No se pasea uno de café en café afirmando que «está escribiendo algo». Tal vez uno escriba algo, eso no tiene nada de malo, pero no se sienta uno a «escribir». En el caso de escribir se hace porque se tiene algo que decir, algunas palabras de consuelo para otras personas, pero no se sienta uno en un brazo de la Vía Láctea a «escribir» sólo por «e»s«c»r«i»b«i»r, o para «e»«s»«c»«r»«i»«b»«i»«r». Pero los poetas sí desfilaban por la pasarela. ¡Entren, damas y caballeros! Bienvenidos a la colección de temporada de Suhrkamp. Tenemos una creación que seguro le va a interesar. Es una exquisita novela de Armani, única en su género.

Me sentía agotado. La Ayuda al Escritor había terminado, y con ello una época literaria. Nunca volvería a las grandes ferias del libro, pues había decidido intentar salvar la vida.

Al tomar tierra en Nápoles, fui el primero en salir del avión. Atravesé la terminal de llegada corriendo, me metí de un salto en un taxi y le dije al taxista que me llevara a Amalfi. No creo que le salieran viajes tan largos muy a menudo.

Nunca había estado en la costa amalfitana pero, en el transcurso de los años, mucha gente me había recomendado pasar unos días de descanso en esa encantadora ciudad de la península sorrentina. María también me había hablado de Sorrento; había estado allí de vacaciones con unas amigas. Y Robert hablaba mucho de sus viajes al sur de Italia, antes de que Wenche le dejara.

Pasamos por Pompeya, e intenté imaginarme a los seres humanos de esa ciudad segundos antes de la erupción del volcán. Formé en mi mente una imagen nítida y clara, y luego intenté volver a borrarla inmediatamente. Lo que había visto podría resumirse en una sola palabra: *Vanitas*. Luego el estallido. Y la ira del Vesubio que llegaba rodando, cubriendo todas las vanidades.

Al atravesar las montañas y acercarnos a la costa a través de los campos de limoneros, le pedí al taxista que me llevara al hotel Luna Convento, del que

había oído hablar. No tenía ni idea de si había habitaciones libres o no, pero aún faltaban siete días para Semana Santa.

Tenían un montón de habitaciones libres. Pedí la número 15, y estaba libre. Dije que me quedaría una semana, y al cabo de poco tiempo me encontraba sentado delante de un gran ventanal contemplando el mar. Había dos ventanales en la habitación, y delante del otro, El Metro, de puntillas, también contemplaba el mar. El sol estaba aún bajo, no eran más de las nueve y cuarto.

Me incliné sobre un viejo escritorio. Junto a ese escritorio se sentó en una ocasión Henrik Ibsen a escribir. Yo lo sabía, había oído que Ibsen se había alojado en la habitación número 15 del viejo albergue, originalmente un convento franciscano del siglo XIV. Allí terminó de escribir *Casa de muñecas*. Ahora había una foto de él colgada en la pared.

De repente pensé que también yo me había criado en una especie de casa de muñecas. Recordé que había algo de lo que siempre quería olvidarme, y no era del cuento que había escrito en la pared de mi madre, sino de una pesadilla que se encontraba aún más enterrada. Me sentía amenazado por la oscura y fría profundidad que había bajo ese hielo sobre el cual había estado bailando.

En esa habitación Ibsen había enseñado a Nora a bailar la enloquecida tarantela, pensé, en realidad una danza de la muerte. El que fuera mordido por una tarántula podría llegar a bailar hasta morir. La araña era el procurador Krogstad, claro, no se me había ocurrido antes. Tuve que sonreír. Había aterrizado en Nápoles de pura casualidad. Si existía un destino, al menos era un destino irónico.

Miré el mar y luego eché de nuevo un vistazo a la habitación. El Metro se paseaba sin cesar por el suelo de azulejos. En una ocasión se detuvo y me observó con una mirada autoritaria, mientras me señalaba con su bastón de bambú diciendo: *¿Y ahora qué? ¿Es hora ya de confesar nuestros pecados?*

Desembalé el ordenador portátil, me senté junto al escritorio y me puse a escribir la historia de mi vida.

Beate

Hay dos botellas vacías de whisky en el rincón, delante de la chimenea. No entiendo por qué el personal no se las ha llevado, las pondré en la papelera mañana por la mañana antes de bajar a desayunar.

Llevo ya diez días alojado aquí, y durante los tres últimos no he escrito nada. No había más que escribir. Ahora sí lo hay.

Por primera vez desde que María se fue, he conocido a una mujer con quien verdaderamente he congeniado. He encontrado aquí una amiga, juntos damos largos paseos por las colinas, sobre la costa amalfitana. Viste como una niña, sandalias blancas y vestido amarillo de verano, y así va a la montaña. Tiene muy buen humor, y no retrocede ante un gran chaparrón. Hoy nos ha sorprendido una buena tormenta.

He pensado mucho en la advertencia de Luigi, pero no puedo creer que Beate sea un señuelo. Estamos ya muy unidos. Aunque la hubieran enviado a Amalfi como cebo, seguro que había cambiado de opinión por el camino. Aún no he visto a ningún hombre con audífono en el oído, y ya hemos estado dos veces en el Valle de los Molinos completamente solos.

De todos modos, estoy convencido de que también Beate guarda un secreto. Ha tenido una extrañísima reacción esta noche, cuando bajábamos del pequeño pueblo de Pogerola. Le ha dado un ataque de angustia, se ha puesto a llorar desconsoladamente y ha dicho que nunca más volveríamos a vernos.

Sin embargo, mañana haremos una excursión por la montaña hasta Ravello. Beate no está atada a nadie, tal vez le pregunte si quiere venirse conmigo al Pacífico. Le hablaré de la Ayuda al Escritor, ya le he contado varias historias. No necesito reprimirme más, he liberado todas las sinopsis, ahora todas mis historias son sólo mías.

Dejaré leer a Beate todo lo que he escrito estos días en el hotel. No creo que se escandalice por mis historias de mujeres, tal vez le hagan reír. Después de todas las lágrimas derramadas esta noche, se merece una buena carcajada. También habrá vivido lo suyo, no le he preguntado sobre su pasado, no tiene importancia para nosotros. Aún no sabe que soy muy rico, le pediré que venga conmigo al Pacífico antes de decirle que no necesito trabajar para vivir. Ya he empezado a informarme sobre combinaciones de vuelos. El miércoles sale un

avión de Múnich a Singapur y, para mayor seguridad, he reservado dos billetes. He encargado los asientos 1D y 1G en primera clase.

Y ya veremos.

Podríamos ir de isla en isla hasta encontrar un lugar donde establecernos. En realidad podríamos comprar una casa, tal vez un bungalow con vistas al mar. Yo ya casi podría jubilarme, y Beate pintaría acuarelas.

Estoy imaginándome cosas de nuevo, mi mente salta con tanta facilidad...

Al terminar de escribir una especie de sinopsis de la historia de mi propia vida –hasta mi precipitada partida de Bolonia– me pasé unas cuantas horas sentado delante del ventanal, contemplando las olas que entraban por la Torre Saracena. Eso fue el Viernes Santo, el día antes de conocer a Beate. Ni siquiera di un paseo por la ciudad para ver la gran procesión de la Pasión.

Había decidido pedir ayuda en el hotel para enviar por correo electrónico a Luigi lo que acababa de escribir. Podría ser útil dejar una copia de seguridad en un lugar distinto al que me encontraba. Luigi podía, si lo deseaba, entregar mi historia a ese amigo suyo periodista que escribe para el *Corriere della Sera*, con el fin de que utilizara el material como le pareciera. Me interesaba que se hiciera público cuanto antes. Luego procuraría marcharme del país, pues un proscrito no debe pasar mucho tiempo en el mismo lugar.

No obstante, al despertarme a la mañana siguiente decidí quedarme otro día en Amalfi. Era Sábado Santo, hacía un tiempo estupendo y aún no había visitado el museo del papel. Después de desayunar bajé al centro a comprar el *Corriere della Sera*, como había hecho todos los días desde mi llegada. Un par de días antes, el periódico traía un breve artículo sobre la Feria del Libro de Bolonia, en el que se comentaba que en la edición de este año no había ningún bombazo de título por cuya opción de compra lucharan todos los editores: no había ningún nuevo Harry Potter a la vista. Este año circulaba otra clase de rumores, decía el corto artículo, rumores sobre «El Araña». Detrás de ese misterioso nombre había una moderna fábrica de imaginación que al parecer vendía ideas literarias y novelas semimanufacturadas a escritores de todo el mundo. El autor del artículo, un tal Stefano Fortechiari, señalaba que ya a un importante escritor de la Antigüedad se le atribuía una amplia gama de libros que en realidad provenían de diferentes escritores. Al parecer la fábrica de imaginación sería el caso contrario: decenas de novelas, tal vez varios centenares, estarían basadas en ideas y esbozos provenientes de una misma persona. Sonreí al leer esas líneas. Había dejado mi huella.

El autor del artículo aportaba algo interesante: el fenómeno que describía no era tan extraño como pudiera pensarse, pues los hombres de la Iglesia siempre

habían considerado que algo semejante sucedía con la autoría de los libros de la Biblia. Naturalmente la Biblia está escrita por muchos autores diferentes, pero los teólogos opinaban que había un *metaautor* detrás de toda esa biblioteca. No pensaban que Dios hubiera inspirado palabra por palabra casa frase de la Biblia, Dios no trabajaba así. Pero había dado una pauta a cada uno de los autores: les había dado algo en qué pensar.

Me sentí muy identificado con cómo trabajaba Dios con las personas. También él exigía ciertas prestaciones a cambio, pues se reservaba el derecho a todo, desde glorificaciones hasta penitencias. Pero fue más lejos que yo: amenazaba con exterminar a todos los que no creyeran en él; sin embargo, los hombres modernos no aceptan vivir bajo esa clase de condiciones. Ahora Dios estaba muerto, y la conjura de los frustrados era la que lo había asesinado.

Conque Stefano, ¿eh? Así obtuve una especie de confirmación de que Luigi no me había engañado, aunque sólo era un indicio. No había nada en el artículo que probara que el periodista en cuestión hubiera escrito antes algo sobre la «fábrica de imaginación». Al contrario, parecía como si el artículo que estaba leyendo fuese consecuencia de la larga conversación que Luigi y yo mantuvimos en Bolonia. En el artículo no se mencionaba ni una palabra sobre la versión noruega o italiana de *Triple asesinato post mortem*.

No estaba seguro de que realmente hubieran planeado asesinarme, pero quise arriesgarme y dejar que la duda favoreciera al acusado.

Crucé la transitada carretera de la costa y me senté en una pizzería en la playa. Pedí una ensalada de tomate, una pizza y una cerveza.

Estaba en alerta permanente. No es que temiera que alguien me hubiera seguido desde Bolonia, pero no era impensable que algún editor inglés o escandinavo hubiera aprovechado el viaje a la Feria del Libro para pasar las vacaciones de Semana Santa en el sur de Italia. La feria de Bolonia siempre se celebraba justo antes o después de Semana Santa.

Estaba leyendo el periódico mientras esperaba que me trajeran la comida cuando me fijé en una encantadora mujer que llevaba un veraniego vestido amarillo y sandalias blancas. Estaba sola en una mesa próxima a la mía y tendría unos treinta años. Intentaba encender un cigarrillo con un mechero rosa, pero sin éxito. De repente se levantó, se acercó a mí y me pidió fuego. Hablaba italiano, pero se notaba que no era italiana. Dije que no fumaba, pero justo en ese instante descubrí un mechero en la mesa contigua. Lo cogí sin pedir permiso a los turistas alemanes, le encendí el cigarrillo y volví a dejarlo en la mesa, haciendo un gesto con la cabeza para dar las gracias. Cuando hube acabado de comer y pagado la cuenta, dije adiós a la mujer del cigarrillo al marcharme. Estaba dibujando algo en un bloc, sonrió enigmática y me devolvió el saludo.

Era la primera vez que la veía, porque su cara era tan especial que sin duda me habría fijado en ella.

Atravesé la ciudad y fui al Museo del Papel, ubicado en un viejo molino paplero. Amalfi fue uno de los primeros lugares de Europa donde se fabricó papel. Un señor mayor me enseñó cómo se machacaba la pasta antes de prensar y secar las hojas mojadas. Él seguía haciendo papel a la manera antigua, una tradición que se remontaba al siglo XII, me contó. Me mostró el exquisito papel de cartas que fabricaba y me explicó cómo se hace la marca de agua.

Hacía calor, pero estaba decidido a dar un último paseo por el Valle de los Molinos antes de dejar Amalfi. Aunque ya había subido otro día, me resultó difícil encontrar los callejones que conducían a las afueras de la ciudad. Por fin conseguí dejar atrás la civilización. A ambos lados del sendero había exuberantes terrazas de limoneros cubiertos con redes verdes y negras de nailon para proteger del viento y del granizo los limones. Saludé a una niña que jugaba con un viejo hula-hoop, pero no vi a la anciana que la semana anterior se había asomado a una ventana para ofrecerme una copita de licor de limón. El sol primaveral había sacado de sus escondites a centenares de pequeñas lagartijas. Eran muy asustadizas; tal vez porque por allí no pasaba mucha gente.

Dejé atrás la última casa y pasé por un viejo acueducto. El camino estaba cubierto de gravilla y se llamaba Via Paradiso, un nombre muy acertado, pues la Via Paradiso se iba convirtiendo en un idílico sendero para el ganado a través del frondoso valle junto al río.

La primera vez que paseé por ese lugar no me encontré con nadie, pero ahora de repente oí un crujido de ramas detrás de mí. A mi lado apareció la mujer del vestido amarillo.

¡Hola!, dijo en italiano con una amplia sonrisa, como si esperara encontrarse allí conmigo. Tenía los ojos profundos y marrones, y un espeso pelo ondulado rubio oscuro.

¡Hola!, contesté. Eché un vistazo al sendero, pero estaba sola.

Este sitio es maravilloso, señaló. ¿Habías estado aquí antes?

Una vez, contesté.

Al parecer, no notaba que era extranjero. Señaló una cascada a unos cincuenta metros de distancia y preguntó: ¿Nos bañamos?

Esa pregunta fue suficiente para convencerme de que había encontrado a la mujer de mi vida. Jamás nos habíamos visto, llevaba unas sandalias blancas y un ligero vestido de verano. Hacía mucho calor, y aunque ninguno de los dos parecíamos muy formales, resultaba demasiado informal sugerir que nos bañaríamos juntos.

¿Nos bañamos? Las dos palabras estaban cargadas de segundas intenciones. Decían y no decían que fuéramos juntos a la cascada. Querían decir que el sol

quemaba. Había hecho esa breve pregunta para ver cómo reaccionaba yo. Decían que yo le gustaba y ahora quería ver qué le contestaba. Quería ver cómo me las ingeniaba. Opinaba que no teníamos de qué avergonzarnos.

Pensé en la advertencia de Luigi. Por eso contesté: Tal vez mañana.

Ella ladeó ligeramente la cabeza. Me había puesto a prueba, y le había dado la mejor respuesta que podía esperar. Fue una respuesta salomónica. Si me hubiera quitado la camisa a todo correr y empezado a desabrocharme el cinturón, habría hecho el ridículo, pues su propuesta no era tan literal. Si hubiera contestado que yo no me bañaba en una cascada con una desconocida, tampoco habría aprobado el examen que me estaba haciendo. Habría resultado demasiado estricto cubrirse tras unas normas tan tópicas. Habría equivalido a un rechazo.

Me tendió la mano. Entonces mañana, dijo riéndose. ¡Espero que vengas! Y echamos a andar. Ella iba un paso por delante de mí.

Se llamaba Beate y era de Múnich. También llevaba una semana en Amalfi, pero me dijo que se quedaría hasta el final del verano. Pintaba acuarelas y había alquilado una habitación en casa de una viuda muy simpática. A finales de septiembre haría una importante exposición en Múnich. Me invitó a ir a verla. Contesté que iría, ¿qué otra cosa podía decir? El año anterior había realizado una pequeña exposición en Praga, tras haber vivido un par de meses en la capital checa.

Habíamos cambiado al alemán. Me resultaba más fácil hablar el alemán que a Beate el italiano. Dijo que no había nacido en Bavaria y pensé que tendría que haber una razón para no decir dónde había nacido. No sé por qué se me ocurrió pensar que sería hija de padres alemanes de los Sudetes, tal vez fuera porque había dicho que había vivido unos meses en Praga.

No le dije mi nombre de verdad, me inventé un seudónimo adecuado y la miré a los ojos al decírselo. Tenía que ponerla a prueba. No reaccionó al seudónimo.

Yo no era tonto. Tal vez me hubiera enamorado, pero no era un irresponsable. No podía dejar de pensar en la advertencia de Luigi. No me preguntó por mi apellido, le dije que era danés y que vivía en Copenhague. Tampoco reaccionó a ello. Añadí que era editor en una editorial danesa, resultó plausible. Expliqué que me había llevado a Amalfi un ordenador portátil y algo de trabajo, que necesitaba alejarme un poco de todo. Creía haber conseguido que sonara creíble, pero la había subestimado.

¿Trabajo?, preguntó.

Trabajo de la editorial, contesté.

Ella objetó: No me lo creo. Nadie viene de Dinamarca al sur de Italia para hacer «trabajo de la editorial». Creo que estás escribiendo una novela.

Era imposible mentirle, era demasiado lista.

Vale, acepté. Estoy escribiendo una novela. Y añadí: Me gusta que me hayas calado.

Se encogió de hombros. ¿De qué trata la novela?

Hice un gesto negativo y le dije que me había impuesto a mí mismo no hablar de lo que estaba escribiendo hasta haberlo acabado.

Aceptó la respuesta, pero aún no estaba seguro de que me hubiera creído. ¿Era posible que supiera quién era yo? Si las insinuaciones de Luigi sobre un complot habían sido una tomadura de pelo, nunca se lo perdonaría.

Pasamos por delante de varias ruinas de viejos molinos papeleros cubiertas de musgo. Beate iba señalando flores y árboles cuyos nombres conocía. Hablamos de la atracción de los románticos de Jena por las ruinas y los antiguos paisajes culturales. Hablamos de Goethe y Novalis, de Nietzsche y Rilke. Hablamos de todo. Beate era un cuento de hadas, o mejor dicho, una colección de cuentos de hadas. No era una persona fácil de captar, había en ella varias personalidades. Tuve la sensación de que se parecía a mí.

No me siento a menudo embaucado por una mujer, pero cuando me ocurre alguna rara vez, no necesito mucho tiempo para conocerla. Es a las personas que no te gustan a las que más tiempo tardas en conocer.

Dejamos atrás las ruinas de un viejo molino paplero llamado Cartiera Milano y tomamos un sendero a la derecha. Beate me preguntó si había estado en Pontone. Yo sabía que era el nombre de una pequeña ciudad en una de las colinas que rodean Amalfi, pero nunca había estado allí. ¡Ven!, dijo llamándome con la mano. Llevaba un mapa e indicó que el camino hacia Pontone se llamaba Via Pestrofa. Me molestó el no ser capaz de ofrecerle la etimología de ese nombre.

Dejamos atrás el valle y nos adentramos en un camino empedrado bordeado por bloques de piedra. Nos paramos varias veces para contemplar el valle a nuestros pies. Aún podíamos oír el profundo rugido de la cascada en la que al día siguiente nos bañaríamos. Pero pronto el ruido ya no se distinguía del suave murmullo que nos llegaba desde el río, en el Valle de los Molinos.

Cuando una hora más tarde llegamos a Pontone nos faltaba el aliento. No habíamos dejado de hablar y nos conocíamos ya tan bien que ambos comprendimos que el otro ocultaba un secreto sobre su vida. Yo tenía miedo de que ella conociera mis secretos, y también ella parecía intranquila porque yo comenzara a hurgar en los suyos.

Beate mencionó que había perdido hacía poco a su madre, con quien había mantenido una estrecha relación. Había caído fulminada, sin previo aviso. Sucedió el día de su cumpleaños, estando en Bayerischer Hof, celebrándolo con

unos amigos. Su madre estaba de muy buen humor y de repente, con una copa de champán en la mano, lista para sentarse a la mesa, se desplomó. Entre los invitados había un médico, pero no pudo salvarle la vida. No había muerto de un ataque al corazón y tampoco de ninguna otra causa demostrable. Simplemente abandonó este mundo. ¿Y tu padre?, pregunté. Prefiero no hablar de él, contestó en un tono algo cortante. Luego recapacitó y añadió con una voz más dulce: Dejémoslo para mañana. Me miró y se rió. Tal vez estuviera pensando en la cascada.

En las zonas donde el camino era muy empinado me cogía de vez en cuando del brazo, a causa de las sandalias. Pero al pasar por la puerta de la muralla de Pontone ya no me soltó, y así entramos en la Piazzetta di Pontone, como si fuéramos marido y mujer. Resultó muy fácil, era como un alegre juego, como si estuviéramos engañando al mundo entero. Algunas personas necesitan años para conocerse, pero nosotros éramos de otra clase. Habíamos descubierto un montón de exquisitos atajos para encontrarnos y conocernos. Y así nos permitimos también algún que otro secreto.

Tras contemplar un momento la vista, entramos en un bar y nos tomamos un café en la barra. Beate pidió también un licor de limón y yo un brandy. Hablamos muy poco. Beate sacó un cigarrillo y le quité la caja de cerillas de la mano para encendérselo yo. Nos inclinamos sobre el mostrador del bar y nos miramos desafiantes a los ojos. Ella sonreía; era como si sonriera por varias cosas a la vez. Dije que estaba chiflada. Lo sé, contestó. Añadí que yo era mayor que ella. Sólo un poco mayor, señaló. Ninguno de los dos habíamos revelado nuestra edad.

El camino de Pontone que bajaba hasta Amalfi era una empinada cuesta con más de mil escalones. En un determinado momento nos cruzamos con un hombre y una mula, y tuvimos que apretarnos contra la montaña, y así nos quedamos, apretados el uno contra el otro. Ella olía a ciruelas y cerezas. Y a tierra.

Nos sentamos en un banco a descansar. Unos segundos más tarde llegó El Metro y se sentó en una de las piedras que rodea ban el sendero. Me miró y preguntó señalándome con el bastón de bambú si no me importaba que se quedara. No tuve fuerzas para protestar, porque sabía que de todas formas haría lo que quisiera. «El Metro es El Maes - tro» era su eterno discurso cuando yo era pequeño. Fuera como fuera, no podía regañarle estando allí sentado con Beate. Si me hubiera puesto a regañarle o a hacerle callar, ella podría haberse asustado y dudado de mi sano juicio. De manera que opté por contar a Beate un cuento; así también me dirigía indirectamente al hombrecillo. Los puntos principales del cuento eran los siguientes:

En Praga nació hace mucho tiempo un niño llamado Jirí Kubelík. Vivía en una casa muy pequeña con su madre. Era huérfano de padre, y cuando tenía tres años soñaba a menudo con un hombrecillo con sombrero verde de fieltro y un fino bastón de bambú. En el sueño, el hombrecillo era de la misma estatura que Jirí, pero por lo demás tenía el aspecto de un hombre normal, sólo que era mucho más bajo, y más elocuente que la mayoría de los hombres.

En los sueños, el hombrecillo intentaba convencer a Jirí de que era él quien decidía todo lo que el niño hacía y decía, no sólo por la noche, sino también de día. Cuando Jirí a veces hacía cosas para las que no tenía permiso de su madre, pensaba pues que tendría que ser el hombrecillo el que le había instado a hacerlo. Cada vez más a menudo, Jirí emplea - ba palabras y expresiones adultas que su madre no sabía dónde podía haber aprendido. Además, le contaba unas historias rarísimas, fragmentos o largas narraciones que le había contado el hombrecillo mientras dormía.

Los sueños con el hombrecillo eran siempre divertidos y alegres, y Jirí solía despertarse con una sonrisa en los labios. No protestaba nunca cuando su madre lo mandaba a la cama. Los problemas surgieron una mañana en que el hombrecillo no desapareció con el sueño, pues cuando Jirí abrió los ojos un soleado día vio con toda claridad al hombrecillo del sombrero verde de fieltro al lado de la cama y, acto seguido, el hombre en miniatura salió de la habitación y continuó hasta el cuarto de estar. Jirí se levantó a toda prisa y fue corriendo él también al cuarto de estar. Y allí se encontró, como había sospechado, con el hombrecillo paseándose entre los muebles y dando vueltas a su bastón. Estaba vivito y coleando.

Cuando la madre de Jirí salió de su dormitorio un poco más tarde, el niño se apresuró a señalar al hombrecillo, que en ese instante estaba en un rincón del cuarto de estar hurgando en un libro con su bastón de bambú. La madre tuvo que reconocer que era incapaz de verlo. A Jirí le extrañó pues, para él, el hombrecillo era todo menos invisible. Sus contornos eran tan nítidos como los del gran jarrón en el suelo o los del viejo piano verde que su madre había pintado hacía poco, porque el antiguo color blanco había comenzado a amarillear.

Sin embargo, en algunas cosas el comportamiento del hombrecillo había cambiado mucho con respecto a los sueños. A partir de entonces sólo muy de tarde en tarde se dirigía a Jirí para decirle algo. Así pues, la relación entre ambos cambió, pues mientras el hombrecillo había vivido en los sueños de Jirí apenas había hecho otra cosa que jugar con las palabras. Fue como si a partir de ese momento hubiera renunciado a casi todo el lenguaje a favor del pequeño Jirí. Además, en los sueños le encantaba coger ciruelas y cerezas, que se metía en la boca inmediatamente y comía con gran placer, o llevaba a Jirí a un secreto

almacén de refrescos en el sótano y abría una botella tras otra de bebidas dulces que se llevaba a la boca y vaciaba antes de tener tiempo de preguntar al niño si quería un trago para matar la sed. En el mundo real, en cambio, nunca cogía ningún objeto, excepto sus propios sombrero y bastón, al que no paraba de dar vueltas. Tampoco bebía ni comía nada. En el mundo real era sólo una sombra de sí mismo, en comparación con lo vivo y ágil que era en la imaginación de Jirí. Tal vez fuera el precio que el hombrecillo tuvo que pagar por haber pasado del sueño a la realidad, pues se trataba de un salto considerable.

Jirí creció y el hombrecillo continuó siguiéndolo por todas partes, pero sin crecer ni un milímetro. Cuando Jirí tenía siete años, le llevaba ya una cabeza, y desde entonces lo llamó El Metro, porque sólo medía un metro de altura.

Desde el día en que El Metro metió la cabeza en la realidad, apareciendo por primera vez en el piso de Jirí, el chico jamás volvió a soñar con él. Así pues, estaba seguro de que había salido del mundo de los sueños, bien por voluntad propia bien porque, sin querer, se había alejado del país de cuento del que provenía y era incapaz de encontrar el camino de retorno. Jirí se echó la culpa de que el hombrecillo se hubiera extraviado, y nunca perdió la esperanza de que El Metro encontrara algún día el camino de retorno a su país de origen. Al fin y al cabo, era adonde pertenecía, y todo el mundo debe cuidarse mucho de no alejarse demasiado de la realidad a la que uno, al fin y al cabo, pertenece. Conforme Jirí iba creciendo, a veces se cansaba y se ponía nervioso por tener siempre cerca al hombrecillo.

Durante toda la vida, El Metro siguió a Jirí como una sombra. Parecía perseguir a Jirí, pero el hombrecillo siempre juraba que era al revés, es decir, que era él quien empujaba al niño, y que era él quien decidía sobre la vida de Jirí. Algo de razón tenía, pues Jirí nunca podía decidir por su cuenta cuándo o dónde se encontraría con El Metro. Siempre era el hombrecillo el que decidía cuándo aparecer ante Jirí, por lo que podía presentarse en los momentos menos oportunos de la vida del chico.

Nunca nadie aparte de Jirí vio a El Metro, ni en casa ni en las calles de Praga. Eso jamás dejó de extrañarle.

Cuando era ya un hombre, conoció un día al gran amor de su vida, se llamaba Jarka, y como Jirí quería compartir vida y alma con ella, intentó un par de veces señalar a El Metro cuando éste aparecía en la habitación, para que también su novia pudiera ver el milagro, aunque fugazmente. Pero Jarka pensaba que Jirí estaba a punto de perder el juicio, por eso se fue apartando poco a poco de él, y un día le abandonó por un joven ingeniero, pues pensaba que Jirí vivía más en su propia imaginación que en el mundo real con las demás personas.

Solo y aislado, Jirí se hizo viejo, y cuando murió, tuvo lugar un singular

cambio. Desde el día en que Jirí salió del tiempo, es decir, de nuestro mundo, empezaron a circular por Praga rumores de que algunas personas habían visto a un homúnculo pasearse al caer la tarde por la gran plaza del casco viejo, dando iracundas vueltas a un pequeño bastón de bambú. Al hombrecillo se le veía de vez en cuando sentado sobre una tumba en el cementerio, siempre en la misma tumba, en cuya lápida ponía JIRÍ KUBELÍK.

Había por allí una anciana que se sentaba a veces en un banco pintado de blanco, desde donde saludaba amablemente con la mano al hombrecillo cuando éste muy de tarde en tarde hacía acto de presencia sobre la tumba de Jirí. Era Jarka, que muchos años antes había rechazado a Jirí porque pensaba que había perdido el juicio.

Se decía que la anciana era la viuda de Kubelík, tal vez porque siempre se sentaba en aquel banco del cementerio pintado de blanco y miraba fijamente la lápida de Jirí, o tal vez no.

Hablé de Jirí y Jarka durante casi una hora, y cuando acabé el hombrecillo ya no estaba sentado en la piedra vigilándonos. Quizá lo había asustado.

Beate pareció de repente pensativa. ¿Es un relato checo?, preguntó.

Asentí con la cabeza, no tenía ninguna necesidad de decirle que lo había inventado yo.

¿Un cuento de creación?, preguntó.

Asentí también a eso, pero no estaba seguro de que me hubiera creído. No sabía qué conocimientos tenía ella sobre literatura checa.

Cuando llegamos de nuevo a Amalfi eran las cinco. Pregunté a Beate si quería cenar conmigo en el hotel. Hablé muy elogiosamente de la comida y de las vistas y dije que servían un exquisito vino de Piamonte. Pero se disculpó diciendo que tenía que arreglar un asunto.

Vayamos mañana a Pogerola, propuso.

Asentí. Y nos bañaremos en la cascada.

Me pellizcó cariñosamente en el brazo y se rió.

Quedamos en encontrarnos delante de la catedral a las diez y media el Domingo de Resurrección.

Estuve despierto pensando en mi encuentro con Beate hasta muy entrada la noche. Había sido un encuentro extraño, de los que sólo suceden una o dos veces en la vida.

Tal vez tuviera la misma edad que María cuando estuvimos juntos. María me llevaba diez años, ahora yo era el mayor. Le llevaría unos quince o veinte años a Beate, pero me mantenía joven. Tenía cuarenta y ocho años, me daba pavor

pensarlo, pero nadie me echaba los últimos ocho años. «Un poco mayor que yo», había dicho Beate. A mí nunca me habían importado los diez años que me llevaba María, y a ella tampoco le habían molestado mis diez años menos.

Me resultaba muy difícil creer que Beate desempeñara el papel de señuelo para un asesino a sueldo, o que ella misma fuera una asesina a sueldo. Pero si lo hubiera sido, tal vez se habría comportado exactamente como lo hizo esa tarde. Llevaba en Amalfi el mismo tiempo que yo. Quizá fuera una víctima fácil. Al día siguiente subiríamos al valle y atravesaríamos la montaña hasta Pogerola. Ella había decidido el itinerario; ya había hecho esa excursión por el Valle de los Molinos. No había querido cenar conmigo porque tenía un asunto pendiente. Quizá tenía que hacer algunas llamadas, pensé, y seguramente estaríamos rodeados de hombres con audífonos en el oído en el Valle de los Molinos al día siguiente. Me los imaginaba, los veía en mi mente hacer guardia entre las ruinas de los viejos molinos papeleros. Oía ya la risa de Beate y veía con toda claridad el montón de billetes que se le entregarían. Tenía una imaginación desbordante.

Levanté la vista y miré la fotografía de Ibsen. También podría ser que Beate y yo fuéramos dos náufragos intentando encontrarse. Pensé en los personajes de *Casa de muñecas*, la señora Linde y el procurador Krogstad, era algo que estaba en las paredes. Estaba convencido de que también Beate arrastraba una gran carga. ¿Era impensable que pudiéramos tener un futuro común? Ella vivía en una habitación alquilada en la ciudad, era pintora. No sabía que yo era un hombre muy rico; eso se lo contaría al final.

A las diez y media de la mañana siguiente estaba sentada en las escaleras que hay delante de la catedral. Llevaba el mismo vestido amarillo que el día anterior, y pensé que a lo mejor nos parecíamos en algo tan trivial como la ropa. Cuando estaba de viaje, solía ponerme la misma ropa hasta que había que lavarla. Pero tal vez en su caso se debiera a que ese vestido le gustaba especialmente. A mí también me gustaba. Además el amarillo era el color típico de Semana Santa, y también podría haber lavado el vestido la noche anterior, quizá fuera ése el asunto del que tenía que ocuparse. Pero había cambiado las sandalias por un par de cómodas zapatillas de deporte. Íbamos de excursión.

Se levantó y vino hacia mí. Subimos las escaleras y nos quedamos fuera de la catedral escuchando los cantos de la misa de Resurrección. Beate era solemne y burlona a la vez.

Encontramos los estrechos callejones que conducían a las afueras de la ciudad, y subiendo las empinadas cuestas entre las plantaciones de limoneros, Beate dijo que nunca había estado con un hombre con el que hubiera congeniado tan bien. Le devolví su impulsiva muestra de cariño y añadí que aunque había tenido algunas relaciones de corta duración, seguramente no había querido a

nadie desde que era muy joven. Guiñándole un ojo le dije que la había estado esperando. Tampoco ese día prescindimos del todo de la ironía o la exageración, pero ahora había algo serio en el fondo. Estaba seguro de que importaba a Beate. Le había dicho que me iría de Amalfi el miércoles siguiente.

Le pregunté si había sido una casualidad el que me hubiera pedido fuego precisamente a mí el día anterior. Sonrió burlona, pero asintió ingenuamente. ¿Y no me había seguido hasta el Valle de los Molinos? Negó con la cabeza, pero confesó que había supuesto que iría de excursión y que no resultaba muy difícil adivinar adónde iría, pues sólo había un valle por el que se pudiera pasear. Resumiendo, dije, entonces me pediste fuego a mí por casualidad, pero no fue una casualidad el que tomaras el mismo camino que había tomado yo. Seguramente no, dijo misteriosa. Quería llegar al fondo de la cuestión, y no sólo porque estaba pensando en Luigi. No habíamos hablado, precisé, apenas habíamos intercambiado una mirada. Primero se rió, luego me dio una versión completamente diferente. Dijo: Tal vez seas muy espabilado, pero creo que te conoces mal a ti mismo. Primero entraste en la pizzería con el *Corriere della Sera* bajo el brazo, lo que me hizo pensar que seguramente eras italiano, e incluso tal vez algo tan inusual por estos lares como un intelectual. Luego te sentaste y me dirigiste una mirada, una mirada que no revelaba gran cosa, pero que al menos me confirmó que no eras homosexual. Pediste pizza y cerveza, por lo que llegué a la conclusión de que quizá y a pesar de todo tal vez fueras extranjero, aunque al parecer dominabas la lengua italiana. Me volviste a mirar de reojo, pero creo que en esa ocasión sólo te fijaste en mis pies y en mis sandalias blancas. Me pareció un detalle importante, porque no todos los hombres miran los pies de una mujer. Tú lo hiciste, posaste la mirada en mis pies, examinaste mis sandalias, lo que me indicó que eres una persona sensual. Luego abriste el periódico y buscaste inmediatamente la sección de cultura, lo que me hizo pensar que incluso eras una persona interesada por la cultura. Una vez más me miraste, sólo un segundo, pero fue una mirada firme y constante. Lo que quizá no recuerdes es que esa vez sí correspondí a tu mirada. Aunque por un instante, fue la primera vez que nos miramos a los ojos, fue nuestro primer momento de intimidad, pues mirarse a los ojos sin desviar la mirada, que es lo que suele hacerse cuando dos miradas se encuentran casualmente, puede ser algo bastante íntimo. Fue una mirada recíproca. Sospeché que con esa mirada intentabas averiguar mi edad, pero puede que me equivocara. Había acabado la lasaña e intenté encender un cigarrillo con un mechero que no tenía gas. Tú me estabas observando, pero no creo que repararas en que me había dado cuenta de que me observabas. Todo duró unos cinco segundos, lo justo para haberte acercado a mi mesa a darme fuego si lo hubieras tenido, al menos si eras como yo pensaba que eras. Pero fui yo quien se levantó y dio unos pasos

hacia tu mesa para pedirte fuego. Entendiste mi italiano, pero también notaste que era extranjera por el acento. Dijiste que no fumabas, pero en el transcurso de dos segundos cogiste un mechero de otra mesa y me encendiste el cigarrillo. No me mandaste a la otra mesa, te encargaste tú mismo, o mejor dicho, no tuviste nada en contra de encenderme el cigarrillo, más bien te alegraste de que te lo hubiera pedido. El modo de hacerlo me indicó que no era la primera vez que le encendías un cigarrillo a una mujer. Cuando te agradecí el gesto, cubrió tu cara una sombra que me reveló que te encontrabas atravesando algún tipo de dificultad, que estabas buscando la confianza de otra persona y que esa persona podía ser yo. Me di la vuelta y volví a mi mesa –tardé segundo y medio–, y noté tu mirada en mi nuca, aunque también pude habérmelo imaginado. Dejaste el dinero de la cuenta en la mesa y te levantaste para marcharte; en ese momento me miraste con una especie de nostalgia y me dijiste adiós con la mano. Ese gesto me indicó que pensabas que nunca nos volveríamos a ver. Yo te había dibujado en mi bloc porque me gustaba tu cara, pero tú estabas tan poco atento que no te diste cuenta de que te estaba dibujando. Y sin embargo te sonreí con una franqueza intencionada. Con esa sonrisa quise decirte que es una vida extraña la nuestra, y te marchaste, pero tuve la sensación de que te llevabas algo que habías visto en mis ojos. El modo en que abandonaste la pizzería me hizo pensar que subirías al Valle de los Molinos, podía haberme equivocado, pero después descubrí que no. Pensé que, si se presentaba la ocasión, tú eras una persona a la que me gustaría conocer más a fondo.

Me detuve en el estrecho sendero y la aplaudí. ¡Bravo!, dije. Sentía que me habían calado y desnudado; era una sensación deliciosa, me resultaba agradable sentir que me veían y que me conocían, fue como llegar al hogar. Hacía mucho, mucho tiempo que no me esperaba nadie en casa.

Añadí: Antes dijiste que me pediste fuego por casualidad, y ahora acabas de decir que sabías que no tenía mechero.

Beate se rió ante esa pequeña objeción. Era una garantía de que había estado atento a cada palabra pronunciada por ella. Dijo: Al menos fue una casualidad que al encendedor se le hubiera acabado el gas, pero tú no eras una persona casual, eras como un libro abierto, un libro que yo ya había comenzado a leer.

O estaba bien informada de antemano, pensé. Pero enseguida deseché esa idea.

Por varias razones pregunté: ¿Tienes más encendedores?

No entendió lo que quise decir. Añadí: ¿Llevas siempre un encendedor que funciona y otro sin gas?

Me miró y me dio un pequeño cachete. Puede que me lo hubiera merecido.

Seguimos andando lentamente. Cuanto más tienen que decirse dos personas, más despacio andan. Beate me habló de sus acuarelas y de la exposición. Me

contó también que había ilustrado un par de libros infantiles, además de una edición de lujo de los cuentos de los hermanos Grimm. En los últimos años también había empezado a escribir.

Esa información me sorprendió. Me extrañó que hasta entonces no hubiera mencionado que era escritora, pero como lo dijo con cierta timidez, opté por no hacer ningún comentario. A muchos les da vergüenza confesar que escriben; tal vez el no habérmelo contado el día anterior se debiera a su timidez.

Yo le conté que había estado en la Feria del Libro de Bolonia y que desde allí había ido a Amalfi. La observé atentamente, pero no reaccionó de un modo especial. Debería dejar de pensar en Luigi. Beate preguntó: ¿También editas libros infantiles? Le dije que sí y le acaricié el pelo. Ella no dijo nada.

Al llegar a la Via Paradiso media hora más tarde, vimos unas enormes nubes negras que se acercaban amenazantes por el valle desde las montañas. Hacía bochorno. Oímos las campanas de las iglesias de Amalfi, y unos segundos más tarde las de Pontone, y luego, desde la colina del otro lado del valle, se oyeron las de Pogerola. Eran las doce del mediodía del Domingo de Resurrección.

Al oír el primer trueno, Beate me cogió de la mano. Le pregunté si quería que diéramos la vuelta, pero estaba decidida a continuar. Puede que se haya citado con alguien arriba, pensé, a sabiendas de que estaba imaginándome cosas. Desde que salí de Bolonia había previsto mi propia muerte de veinte o treinta maneras diferentes. Pero Beate no formaba parte de ningún complot; yo más bien tenía razones para pensar que ella me salvaría de todas mis imaginaciones. Había empezado a tener esperanzas de que ella me enseñaría a vivir como un ser humano.

Ya estábamos cerca de la cascada cuando empezó a diluviar. Beate señaló las ruinas de un viejo molino paplero donde fuimos a refugiarnos. Nos metimos tan dentro como pudimos. Ella se reía como una niña pequeña y su risa provocaba un sonido sordo. Sólo nos protegían unos metros cuadrados de tejado, pero el suelo estaba seco.

Era la peor tormenta que había vivido jamás, o quizá debería decir la mejor, pues los dos estábamos de acuerdo en que nos gustaba la tormenta. Resultaba emocionante.

El temporal duró más de dos horas. No dejaba de diluviar, pero nos encontrábamos secos y a salvo. Estamos en la edad de piedra, dije. Aquí no hay ni pasado ni futuro, todo es aquí y ahora. Mi voz me sonaba a hueco. Beate se había sentado muy cerca de mí, y la rodeé con el brazo. De nuevo preguntó de qué trataba mi novela. Ahora se lo podía decir, pues teníamos tiempo, señaló. Me dejé convencer. Elegí otra de las sinopsis que había tenido a la venta antes

de que se desmoronara la Ayuda al Escritor. Trataba de una tragedia familiar. Tenía la sinopsis en la cabeza, y la elaboré así:

Al terminar la guerra, la acaudalada familia Kjergaard vivía en una vieja mansión en Silkeborg, una pequeña ciudad danesa. Acababa de entrar una nueva sirvienta en la casa, se llamaba Lotte, y al parecer no tenía apellido, pues era huérfana y aún no había recibido la confirmación. Tenía poco más de diecisiete años. Se decía de la muchacha que era bellísima, por lo que no era de extrañar que el único hijo de la familia no le quitara ojo mientras ella trabajaba duramente para los señores, que eran muy exigentes. La perseguía por la casa, y aunque no era más que un muchacho, consiguió seducirla un día en el sótano, donde ella estaba haciendo la colada. Sucedió sólo esa vez, pero ella quedó encinta.

En los años siguientes circularon varias historias sobre lo que realmente había sucedido aquella fatal tarde en el sótano. Se decía que el muchacho, o Morten, como se llamaba, había violado a la muchacha mientras ella removía la colada, que estaba hirviendo en una gran caldera. En cambio, la familia Kjergaard sostenía que fue Lotte la que se comportó de un modo frívolo, seduciendo al muchacho. Muchas personas daban fe de que, en presencia del muchacho, ella se reía y se comportaba de un modo indecente.

En secreto, la familia buscó una nueva colocación para la muchacha en otra casa del sur de Jutlandia, adonde la enviaron. No obstante, cuando Lotte dio a luz, unos meses más tarde, intentaron quedarse con el niño, ya que llevaba en sus venas la sangre de tan distinguida familia, pues aunque los bienes terrenales sobraban en ella, no así los niños, y por tanto, no debía derramarse ni una gota de la sangre de esa noble estirpe. Lotte se opuso y lloró desconsoladamente cuando le quitaron al niño tan sólo unas semanas después del alumbramiento, pues se pensó que ella sería incapaz de cuidar de él, tanto por razones económicas como espirituales. Y además el niño no tenía padre.

Como era de esperar, Morten no quiso saber nada del recién nacido, era demasiado joven para reconocer la paternidad, y los padres eran, por otra parte, demasiado mayores para adoptarlo como hijo propio. Pero Morten tenía un tío casado y sin hijos, y serían él y su esposa los que asumirían la responsabilidad paternal del pequeño, a quien llamaron Carsten.

Conforme iba creciendo, Carsten pensaba a veces que sus padres eran bastante mayores cuando lo tuvieron –la madre, casi cincuenta años–, pero nunca sospechó que Stine y Jakob, que así se llamaban, no fueran sus padres biológicos. En su cumpleaños recibía siempre tarjetas de felicitación de su «primo Morten», y hasta su confirmación, también le enviaba un pequeño regalo de Navidad por correo. Pero, como es natural, jamás se le ocurrió que su primo,

dieciocho años mayor que él, pudiera ser su padre biológico. Se trataba de un secreto de familia muy bien guardado que nunca le fue revelado.

Jakob era capitán de un gran buque mercante, y, de pequeño, Carsten viajaba a veces con su padre a lo largo y ancho del mundo. Mantuvo una estrechísima relación con sus padres, que sólo tenían ese hijo y al que adoraban por encima de todo. Pero cuando Morten estaba en el último año de bachillerato, Stine y Jakob murieron con sólo unos meses de diferencia, y Carsten se quedó de repente solo en el mundo; solo y sin familia, porque sus cuatro abuelos ya habían muerto. No obstante, cuando Jakob estaba agonizando confió a su hijo la vieja historia en el sótano de la sirvienta y el primo Morten, que en realidad era su padre carnal.

En esa época Carsten no tenía ningún contacto con su primo, y no se habían visto en muchos años. Pero cuando Carsten empezó a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Århus, un día se quedó sin dinero. En su desesperación fue a ver a Morten, que evidentemente sabía que Carsten era su hijo, aunque creía que era el único en el mundo que lo sabía, una vez que Stine y Jakob habían fallecido.

Morten se había convertido en un médico muy renombrado en el hospital de Århus. Estaba casado con la bella Malene, hija de un juez del Tribunal Supremo de Copenhague. Tenían dos encantadoras hijas que cantaban en el coro de la iglesia, y Morten no tenía intención de incluir a su primo en su intachable vida de burgués.

Sin revelar lo que sabía, Carsten pidió un pequeño préstamo a su acaudalado primo, o mejor aún, una beca de cinco o diez mil coronas, porque estaba al corriente de que éste gozaba de una excelente situación económica. Pero Morten rechazó tajantemente la humilde petición del joven estudiante. Le sirvió una copa de un whisky muy noble, hizo unos divertidos comentarios sobre los viejos tiempos y le dio quinientas coronas, antes de señalarle la puerta con algunas frases hechas y buenos deseos para sus estudios. Entonces Carsten –que ya de antes odiaba a su padre carnal debido a esa farsa de tantos años– se volvió hacia su primo, lo miró a los ojos y dijo: ¿No te parece vergonzoso negar a tu propio hijo un préstamo de unos cuantos miles de coronas? La próxima vez quizá tenga que hablar con Malene... Morten se sobresaltó, pero Carsten ya le había dado la espalda y, al salir, se limitó a decir: ¡No digamos nada más por ahora!

Tras unos irregulares años de estudiante, Carsten conoció a Kristine, que a partir de entonces acapararía toda su atención. Sólo un par de veces en los años siguientes llamó a Morten y Malene, pero las dos veces cogió el teléfono Morten. Algo era seguro: Carsten jamás volvería a pedir dinero a su primo. Sin embargo, en un par de ocasiones le llegó un cheque, y cuando se casó con

Kristine, recibió uno de cinco mil coronas del primo Morten, su mujer Malene y sus hijas Maren y Matilde. Pero eso no bastó para refrenar la amargura que Carsten sentía hacia su padre biológico, y al casarse con Kristine eligió adoptar el apellido de su mujer, cuya familia le había acogido calurosamente.

Carsten amaba a Kristine, y desde entonces nunca echó de menos ninguna otra relación familiar. Pero el destino conduce a los voluntariosos y se lleva a los que se resisten: Carsten siempre había tenido un lunar de mal aspecto en la nuca, y cuando de repente empezó a sangrar, Kristine se empeñó en que fuera a que lo viera un médico. El médico le quitó el lunar y lo envió –como exigía la rutina– a analizar al hospital de Århus. Pero ocurrió una fatalidad: el resultado del análisis de la muestra de tejido jamás se envió al médico de Carsten. Al pasar semanas y meses sin recibir nada, ni Carsten ni Kristine volvieron a acordarse del feo lunar. No obstante, en primavera, Carsten enfermó y se constató un cáncer con metástasis, que inmediatamente se asoció con la muestra de tejido que se había enviado al hospital unos meses antes.

En el hospital se confirmaría mucho tiempo después que se había recibido la muestra de Carsten y que el análisis había confirmado la existencia de un mieloma maligno. Pero nunca se supo por qué el médico de Carsten jamás recibió ningún comunicado del hospital. La responsabilidad formal la tenía el médico jefe, Morten Kjærgaard, pero supuestamente no había tenido nada que ver con el análisis en cuestión. Lo más probable era que alguno de los ayudantes del laboratorio hubiera descuidado el caso. En el periódico de Århus se publicó una pequeña noticia sobre «el médico jefe que no fue avisado», por lo que «no tuvo la posibilidad de salvar a su propio primo». Pero el asunto cayó muy pronto en el olvido.

Carsten vivió sólo unas semanas después de caer enfermo. Durante la mayor parte de ese tiempo tuvo que permanecer en la cama, y Kristine y sus padres lo atendieron como mejor pudieron, tanto física como espiritualmente. Contaron además con la ayuda y el apoyo de una enfermera que acudía a diario a cuidar del enfermo. Se llamaba Lotte. Cuando ésta tuvo conocimiento del lugar exacto en el que había estado el lunar maligno, volvió a mirar la fecha de nacimiento de Carsten. Esto sucedió unos cuantos días antes de que falleciera, pero desde ese momento estuvo sentada sin moverse junto al lecho de Carsten, con las manos del enfermo en las suyas, dando muestras de un gran cariño. Lo último que dijo Carsten al abrir los ojos y mirar a Lotte y Kristine por última vez fue: ¡No digamos nada más por ahora!

Tardé más de una hora en contar la historia y todo ese tiempo tuve el brazo alrededor de Beate. Ella no dijo ni una palabra, apenas la oí respirar. Cuando

terminé de hablar, me miró y me dijo que la historia era maravillosa, pero también terrible; maravillosa y terrible a la vez. Era una oyente agradecida. Como ya tenía una sinopsis muy elaborada, no me resultó nada difícil desarrollarla, sobre todo estando sentado con Beate en las ruinas de un viejo molino paplero, recibiendo la fuerza y el dramatismo de una intensa tormenta. Beate repitió que sería una novela fantástica y que estaba segura de que la traducirían al alemán. Dijo que le haría muchísima ilusión leerla.

Los truenos, los rayos y la lluvia torrencial no habían cesado, pero la historia que acababa de contar daba tanto en qué pensar que no parecía oportuno comenzar una nueva. Además, no habría resultado creíble que estuviera trabajando en dos novelas a la vez.

Comentamos algunos detalles de la historia. Dejé que Beate tuviese la impresión de que me estaba dando buenos consejos, y si de verdad hubiera procedido a escribir la novela, seguramente me habrían resultado muy útiles. Se acercó más a mí, me cogió la mano y me besó un par de veces en el cuello. Tal vez fuera yo el que comenzara a besar con más pasión, pero ella me dejó hacer. ¿Somos un poco traviesos?, preguntó, y se desnudó por completo. A la luz azulada de la tormenta parecía un desnudo de Magritte. Nos tumbamos con cuidado en el suelo de piedra.

No teníamos elección. Estábamos indefensos ante los elementos. Habría sido una muestra de mal gusto no haber hecho el amor bajo esa terrible tormenta. Habría equivalido a no ceder ante las órdenes de la naturaleza. Habría sido como impedir el curso de la misma.

Permanecimos tumbados muy juntos hasta que los truenos cesaron. Ella olía a ciruelas y cerezas y sobraban las palabras. Cuando por fin dejó de llover, Beate se incorporó y dijo: ¡Vamos a ducharnos! Era una paradoja, pues la ducha acababa de cerrarse y toda el agua se había gastado. Pero se levantó y yo la seguí. No hacía nada de frío mientras corríamos desnudos por el sendero. Beate me condujo hasta la cascada y me recordó lo que le había prometido. Unos segundos más tarde estábamos debajo de la cascada cantando. Beate empezó; cantó la «Plegaria» de *Tosca*. Me pareció una extraña elección y le contesté con el «Aria de la Torre», que era mucho más adecuada. *Perché, perché, Signore?* Me agradó que tuviera conocimientos operísticos. No me sorprendió, pero me agradó. No sé por qué de repente me puse a cantar una vieja cancioncilla infantil, quizá porque me sentía feliz. No había pensado en ella desde que era un niño, pero la letra era así: *El pequeño Petter el Araña mi sombrero escaló, llegó una tormenta y del sombrero cayó. El sol en mi sombrero volvió a brillar, Petter se reanimó y lo volvió a escalar.*

Cuando volvimos al sendero ya brillaba otra vez el sol. Llegamos a las ruinas

y nos vestimos. No sentíamos vergüenza, lo único que me hizo sentirme un poco mal fue el haber cantado la vieja cancioncilla sobre Petter el Araña. Afortunadamente, Beate no me preguntó qué era eso, tal vez no había escuchado bien; pero yo me arrepentí de mi imprudencia. Una vez más volví a acordarme de la Piazza Maggiore de Bolonia.

Cruzamos el río y empezamos a subir una ladera muy empinada. Una hora después llegamos a un mirador llamado Lucibello, desde donde se podía contemplar Amalfi y una gran extensión de la península sorrentina. Beate se agachó y cogió un gran ramo de zapatillas de la reina y me lo dio. Toma, dijo, son flores de Semana Santa. Le conté que en algunos idiomas esas flores amarillas se llaman «zapatos dorados de María». En inglés se conocen como «zapatillas de niños», añadí, y le mostré por qué.

Empezamos a bajar hacia Pogerola; yo llevaba las flores en una mano y a Beate en la otra. Beate dijo que podíamos casarnos y tener hijos. No lo dijo en serio, pero de todos modos resultó bonito. Sus palabras no fueron más serias de lo que había sido el día anterior su invitación a bañarnos juntos en la cascada. Le respondí diciendo que tenía la intención de invitarla a ir conmigo al Pacífico. Beate se limitó a mirarme y reírse. Pero al menos yo ya se lo había dejado caer.

Al llegar a Pogerola entramos en un bar y pedimos un sándwich y una botella de vino blanco. Nos sentamos a disfrutar de las vistas, y bebimos café, licor de limón y brandy. Pedí un vaso con agua para las flores.

Cuando iniciamos la bajada por las empinadas escaleras de piedra hacia Amalfi, Beate preguntó: ¿Entonces escribes novelas y al mismo tiempo trabajas en una editorial? ¿No es ésa una difícil combinación?

Ya no conversaba; quería saber quién era yo.

Opté por decirle lo justo para que entendiera que yo era El Araña, siempre y cuando hubiera oído hablar del tema, claro. Dije que ayudaba a otros autores a escribir, y mencioné que a veces les proporcionaba temas sobre los que podían trabajar, e incluso les facilitaba notas sobre las que podían construir sus historias. Siempre he tenido más imaginación de la necesaria, dije, y resulta una materia prima barata. Así lo expresé. Dije que la imaginación es una materia prima barata.

Beate reaccionó, era evidente, pues se quedó callada y reflexionando, lo que podría interpretarse de varias maneras. Cabría la posibilidad de que al final me hubiera identificado como El Araña, y eso a su vez podría significar que a pesar de todo representara la conjura. Al menos podría significar que había leído el breve artículo del *Corriere della Sera*. Ella misma había señalado la importancia de leer ese periódico con el fin de mantenerse informado, y había hecho hincapié en las páginas de cultura. Por otro lado, su reacción no suponía que

necesariamente hubiera oído hablar de «El Araña». Había materia de sobra para reaccionar de un modo u otro, pues lo que acababa de describir era al fin y al cabo un extraño oficio.

Le hablé un poco más de imaginación y ayuda a escritores. Ella ladeaba de vez en cuando la cabeza, como si dudara cada vez más. Tomé una decisión radical. Dije que me gustaría que leyera lo que había estado escribiendo durante estos últimos días en el hotel, y también le dije que se lo podía traducir al alemán. No quería tener secretos para Beate, los fingimientos tendrían que acabar de una vez por todas. Pensé de nuevo que podríamos marcharnos y establecernos en otro continente, tal vez los dos tuviéramos algo de lo que huir, aunque ella hubiera previsto pasar el verano en el sur de Italia. Estaba decidido a intentar vivir lo que me quedaba de vida como una persona decente. Sólo tenía una vida, y quería vivir el resto de esa vida.

Eran las seis. Me dolían las piernas de tanto vino y de tanto andar. Nos sentamos en un saliente a contemplar la puesta de sol. Beate no dijo gran cosa, pero yo empecé a contarle un largo cuento. Casi no la miré durante el relato, tal vez porque la historia se iba haciendo según la iba contando. No recuerdo todos los detalles, pero la estructura era como sigue:

En la ciudad de Ulm, junto al río Danubio, existió hace mucho tiempo un gran circo. El director del circo era un hombre elegante que se enamoró perdidamente de la bella trapecista Terry. Un día se le declaró y al año siguiente ella le dio una hija que recibió el nombre de Panina Manina. La pequeña familia vivía feliz en una caravana rosa, pero la felicidad duró poco pues, al año de nacer la niña, Terry se cayó del trapecio y murió en el acto. El director del circo nunca se recuperó de la pérdida de su mujer. Pero conforme su hija iba creciendo, la amaba cada vez más y se alegró de que Terry hubiera tenido tiempo de darle una hija antes de morir. Durante toda la vida mantuvo vivo el recuerdo de su esposa, pues la hija se iba pareciendo cada vez más a su madre. Desde que la niña tenía año y medio, se sentaba todas las noches en uno de los mejores asientos del circo y seguía muy atenta la función. En los descansos se comía de vez en cuando un algodón de azúcar que le regalaba uno de los payasos, y antes de cumplir tres años iba y venía sola a su asiento sin ayuda ni vigilancia. Tanto el público como los artistas empezaron a considerarla la mascota del circo. A veces, gente que ya había estado en el circo volvía con el único propósito de ver a Panina Manina, pues era una sorpresa cada noche, y nunca se sabía lo que se le ocurriría hacer. De esa manera el público conseguía ver dos funciones por el precio de una: veían el programa del circo, pero también a Panina Manina. Muchas veces la niña trepaba por la barandilla de la pista para participar en la función. El director se lo permitía, porque le daba

mucha pena que su pobre hija hubiera perdido a su madre, y quería que disfrutara todo lo posible. Esas participaciones extraordinarias ocurrían siempre de la misma manera espontánea: de repente la niña formaba parte de un número de los payasos, o entraba corriendo en la pista entre dos actuaciones para hacer su propio número, con una pelota que le había prestado el león marino, un par de conos de los malabaristas, un aro, un pequeño trampolín o una divertida pistola de agua que había encontrado entre el atrezzo. Panina Manina siempre recibía fuertes aplausos por esos números extraordinarios. Con el tiempo, la expectación previa a la función se debía más a qué haría la hija del director que a la larga lista de números que presumía el programa de mano.

El único que estaba descontento con esa situación era el payaso Piotr Ilich. No le gustaba que Panina Manina interviniera en sus números, y menos aún que fuera ella quien siempre recibiera los aplausos más fuertes. Decidió poner fin al problema, y un día consiguió raptarla durante el descanso de una función. Como siempre, Panina Manina se acercó al payaso mientras éste estaba fuera de la carpa vendiendo algodones de azúcar. Pero esa tarde el payaso se había aliado con una anciana rusa que estaba de visita en la ciudad. Se llamaba Marushka, y Piotr Ilich le había pagado por llevarse a Panina Manina a Rusia. Así fue como la pobre niña se crió en una modesta granja de un pequeño pueblo muy lejano, en la tundra rusa. La anciana nunca maltrató a Panina Manina, porque siempre había deseado tener una hija, pero la niña añoraba tanto a su padre y la vida del circo que durante un año entero se durmió llorando. De repente una noche se había olvidado de por qué lloraba, y sin embargo continuó llorando, pues Panina Manina estaba tan triste como antes, con la única diferencia de que ya no se acordaba de por qué lo estaba. No tenía ya el más remoto recuerdo del circo del que provenía, se había olvidado del olor a serrín y de que tenía un padre en un país muy lejano.

Panina Manina iba creciendo en belleza, y con los años se convirtió en la mujer más bella al este de los Urales. Todo esto ocurrió mientras Stalin gobernaba Rusia, pero su madre de acogida era un miembro de confianza del partido comunista y un día Panina Manina se mudó a Moscú, donde durante un par de años se ganó el sustento haciendo de modelo para uno de los pintores más famosos de la Unión Soviética. Por casualidades de la vida –y de las casualidades trata esta historia– llegó un día de verano a Múnich, no muy lejos de Ulm. En ese momento el circo de su padre se encontraba allí, y mientras Panina Manina se paseaba por la capital bávara divisó de repente la gran carpa. Fue hacia ella, o mejor dicho, algo la atrajo hacia la carpa, aunque ella seguía sin recordar que antaño había sido una auténtica niña de circo. La carpa ahora se encontraba en otra ciudad, y sin embargo, muy, muy dentro de ella tenía que haber algo que le recordara la pista con todos los payasos y los

desfiles, las desenfrenadas cabalgadas y los leones marinos. Delante de la carpa había mucha gente, faltaba poco para el comienzo de la función de la noche. Panina Manina fue a la taquilla y compró la mejor entrada que pudo conseguir, porque había viajado desde muy lejos, y en aquella época era una gran experiencia para una muchacha rusa visitar un circo moderno en Múnich. Debajo del baldaquín dentro de la carpa, se compró un algodón de azúcar, y tal vez ocasionara un poco de revuelo el que una señora tan elegante se sentara en primera fila comiendo uno de esos algodones. Pero Panina Manina estaba firmemente decidida a probar ese dulce, pues no era nada corriente en su país. Comenzó la función con el gran desfile de todos los artistas del circo entrando en la pista, y luego siguieron los temerarios números de trapecios, payasos y malabaristas, jinetes y elefantes. En el breve descanso entre dos números ocurre de repente algo estremecedor. Panina Manina pierde de pronto el control de sí misma, trepa por la barandilla y se coloca en la pista con el algodón en una mano y un sombrero de ala ancha en la otra. Empieza a saltar y bailar, pero no como baila una mujer adulta, sino dando tumbos y saltos por la pista, tan indómita como una niña pequeña que empieza a dar saltos por el suelo. Al principio el público se echa a reír a carcajadas porque cree que está presenciando el principio de un nuevo número de payasos, pero cuando los burgueses de Múnich, que siempre han tenido fama de ser especialmente puntillosos, se dan cuenta de que la señora del sombrero sólo está loca o borracha, o tal vez drogada, empiezan a abuchearla. Durante unos segundos más, Panina Manina sigue como en éxtasis, hasta que de repente descubre a un apuesto hombre que está delante de la gran orquesta con una fusta en la mano. Es el director del circo. Panina Manina se desploma sobre el serrín y empieza a sollozar amargamente, porque en ese instante se da cuenta de que se ha comportado de un modo vergonzoso. Justo en ese momento, el director del circo se da cuenta de que esa mujer histérica es su propia hija. Va hacia ella, ella lo mira y entonces Panina Manina recuerda que ella es hija del director del circo, la sangre siempre tira. El director del circo decide cancelar el resto de la función, mira al director de la orquesta y le pide que toquen «Smile», de la película Tiempos modernos de Chaplin. Luego envía al público a su casa. Piensa que tal vez esté acabado como director de circo, porque la burguesía de Múnich raramente perdona una metedura de pata, pero está feliz. Ha vuelto a encontrar a su hija, ése es el mejor de todos los números de circo, y quiere pasar el resto de su vida con ella.

Beate no había pronunciado ni una palabra durante mi narración, estaba como paralizada, y cuando al acabar la miré, parecía muy triste. Intenté animarla recordándole que al fin y al cabo el cuento tenía un final feliz, pero de nada sirvió. Antes de que comenzara el relato, Beate tenía cogida mi mano, pero me

la soltó nada más empezar. Me sorprendió que un cuento pudiera emocionarla tanto.

Estaba taciturna y apenas había abierto la boca cuando por fin se decidió a preguntarme la edad. Le contesté que cuarenta y ocho. ¿Cuarenta y ocho justos?, insistió en tono gélido. Era incapaz de entender qué importancia podían tener unos meses más o menos, pensé que a lo mejor le interesaba la astrología. Dije que era Leo y que cumpliría los cuarenta y ocho a finales de julio.

Empezamos a caminar hacia la ciudad. Beate tenía una expresión resignada, o quizá más bien herida. ¿Tenías la esperanza de que fuera más joven?, pregunté. Ella negó con la cabeza. Dijo que tenía veintinueve años. Justo la edad que tenía María aquel verano de 1971, pensé. Ahora María había vuelto. Era el día de la Resurrección, y María había resurgido. Era una idea seductora.

Beate había cambiado totalmente de estado de ánimo. No tenía por qué representar una conjura, pensé, pero de todos modos podía haber oído hablar de El Araña. También ella tenía un pie en el mundo del libro, y, además, me había confesado que escribía. Era probable que lo que hubiera oído sobre mí no fuera muy halagüeño. Incluso podría ser hija de uno de los escritores a los que había ayudado; me acordé de que al menos uno de ellos vivía en Múnich, un hombre de unos cincuenta y tantos, y de cuya familia no sabía nada.

La situación era difícil, se había agudizado, pero estaba convencido de que superaríamos su pena cuando yo supiera la causa. No era la primera vez que lograba superar dificultades. Beate había dicho que su madre había fallecido unos meses antes, y que había mantenido con ella una estrecha relación. No era de extrañar que su estado de ánimo fuera cambiante. Yo también había perdido a mi madre, aunque hacía mucho tiempo de aquello.

Pasamos por delante de una granja en la que había un par de perros que no paraban de ladrar. Antes de bajar los últimos escalones que conducían a la carretera principal, Beate se detuvo y, mirándome, dijo: ¡No deberías haberme contado ese cuento! Y se echó a llorar. Intenté consolarla, pero me apartó de un empujón.

¿Tan triste era?, pregunté.

Beate repitió: No deberías haberme contado ese cuento. ¡Ha sido una torpeza, una enorme torpeza!

Me miró, pero enseguida desvió la mirada. Se comportaba como si yo fuera un fantasma. Estaba asustada y la culpa era mía.

Yo no entendía nada. Me gustaba estar con mujeres a las que no entendía, pero esta situación no era agradable. Estaba seguro de que había metido el dedo en alguna llaga. Tal vez se hubiera sentido identificada con la hija del director del circo, pues yo no conocía el pasado de Beate. No era frecuente que un

cuento surtiera tanto efecto, pero había sido un día muy largo, un día de muchas impresiones.

Me miró de nuevo, esta vez sus ojos echaban chispas y dijo: Tenemos que olvidarnos de este encuentro. ¡No debemos hablar a nadie de ello!

No entendía a qué se debía tanta emoción. En otras ocasiones había visto cómo podía surgir de repente un terrible arrepentimiento después de un rato de placer, y lo había considerado un rasgo del carácter femenino, pero esto era otra cosa. Beate no era la clase de mujer que se avergüenza por haberse dejado llevar por una tormenta. Si realmente se hubiera arrepentido, se lo habría guardado para ella, y no me habría echado la culpa a mí. La que conocí en Amalfi no era una Mary Ann MacKenzie.

Repitió llorando: Tenemos que olvidarlo todo. ¿Lo entiendes? Y añadió: ¡Tenemos que prometer que jamás volveremos a vernos, jamás!

Como no respondí, ella siguió: ¿Pero no entiendes nada? ¿No te das cuenta de que eres un monstruo?

Me estaba contagiando su miedo. Tal vez yo fuera un monstruo, esa posibilidad no me era del todo ajena. Se me había ocurrido que todas esas sinopsis y sagas familiares no eran más que mi propio tango macabro que bailaba con un alma asustada.

Había algo que no recordaba, algo importante y grave de lo que me había olvidado...

Beate había dejado de llorar. Beate era valiente, no era de las que lloriquean cara a la galería. Ahora se había vuelto dura y fría. No la conocía, no sabía qué cruz arrastraba, y su caparazón era ya impenetrable.

Dijo: Tengo miedo. Tengo miedo por los dos.

Eso tal vez era una clave que podría significar que conocía el complot para asesinarme, sólo que hasta entonces no sabía que yo era El Araña, no hasta que le hablé de la ayuda que prestaba a los escritores. No se enteró hasta que le conté el largo cuento sobre la hija del director del circo, y no estuvo segura del todo hasta que le dije mi edad exacta. Había mirado a El Araña a los ojos, y no era sólo un par de ojos, sino muchos. Se había asustado. Sabía que El Araña era un monstruo, pero se había dejado seducir por ese monstruo antes de que le hubiera dado tiempo a identificarlo. Conocía el complot para asesinarme, y ahora tenía miedo por los dos.

Pasamos por delante de la comisaría y atravesamos la ciudad en silencio. De las ventanas y los pequeños balcones que daban a la calle colgaba la colada de los amalfi tanos: camisetas y sostenes ondeaban al viento como banderas de una vida normal y corriente. Ahora toda esa cotidianeidad me parecía tranquilizadora, pero Beate andaba cada vez más deprisa, tanto que me

resultaba difícil seguirla. No se detuvo hasta que llegamos a la playa. Yo no sabía dónde vivía, pero nuestros caminos se separaron allí.

Le puse una mano en el hombro, y fue como si se quedara helada.

No entiendo, señalé.

Sí, no entiendes, repitió, y tampoco te lo puedo decir, dijo ella apartando la mano que le había puesto en el hombro.

¿Nunca más volveremos a vernos?, pregunté.

Nunca, contestó. Y añadió: Tal vez uno de los dos tenga que morir. ¿No lo entiendes?

Negué con la cabeza. Estaba desequilibrada. Volví a acordarme de Mary Ann MacKenzie. Yo no sabía lo que había desencadenado.

Entonces nunca más, señalé.

Pero ella había reflexionado, porque dijo: Tal vez *tengamos* que vernos de nuevo. En ese caso tendrá que ser mañana, y definitivamente será por última vez.

Lo dijo con una frialdad que me asustó. Muy bien, dije. ¿Vienes a almorzar conmigo al hotel?

Hizo un gesto negativo con la cabeza. Estaba amargada, muy amargada. Luego añadió: Sólo daremos un paseo...

De acuerdo.

Podemos ir por la montaña... hasta Ravello.

Yo había oído hablar de Ravello. En una vieja villa de ese pueblo Wagner compuso su *Parsifal* poco antes de su muerte, pues *Parsifal* fue su última obra.

Intenté sonsacarle algo más, ya que se trataba de algo muy grave. A mí tampoco me quedaban fuerzas. No había logrado decir nada en el entierro de mi madre, fue imperdonable. Desde entonces había estado encerrado en un laberinto, mi propia cárcel. Yo mismo había construido ese laberinto, y ahora no sabía cómo salir de él.

Confesé: He vivido una vida vacía y mezquina. Tú eres la única persona por la que siento algo, eres lo único que quiero.

Le entró un nuevo ataque de llanto. La gente nos estaba mirando.

Una idea se me pasó por la cabeza, quizá una tabla de salvación. Dije: Ayer comentaste que me hablarías de tu padre. ¿Lo recuerdas?

Se estremeció. Luego reflexionó un par de segundos, y se limitó a decir: He dicho lo suficiente.

Por un instante se apoyó en mí, dejando reposar su cabeza junto a mi cuello, de la misma manera que un cachorro se acurruca junto a su madre porque el mundo a su alrededor es inmenso. Tras tantas lágrimas y emociones me llené de nuevo de ternura por ella. La abracé y la besé en la frente, pero se retiró con un

movimiento brusco y me dio una fuerte bofetada, y luego otra. No pude ver si estaba enfadada o si sonreía. Se apartó de mí y desapareció.

No cené. Me resultaba impensable sentarme en el comedor. Pero, por suerte, tenía un paquete de galletas y otro de cacahuetes en la habitación. Me senté ante el escritorio a continuar con la historia de mi vida. Era una manera de ordenar las ideas, y, además, de calmarme. Escribí sobre el encuentro con Beate en Amalfi y sobre nuestros paseos a Pontone y Pogerola.

Llevo muchas horas escribiendo, son las dos. He estado un rato delante del ventanal mirando las olas que golpean la Torre Saracena. El hombrecillo sigue paseándose por la habitación. Mientras agita su bastón de bambú exclama: ¡Shhh! ¡Shhh! Procuero no dejarme alterar, pero no puedo evitar que El Metro me contagie su intranquilidad.

Son las dos y media. He vuelto a repasar en mi mente todo lo ocurrido estos últimos días, y sobre todo lo sucedido anoche con Beate. Tengo frío.

Son las tres. De repente se me ocurre algo terrible. Me siento como si hubiera cometido un asesinato, como si me despertara después de haber atropellado y matado a un niño estando borracho. Tengo frío, siento náuseas.

No sé si de nuevo la imaginación me está engañando. Intento anotar lo que pienso, pero me tiemblan las manos. Beate dijo que su madre falleció de repente el día de su cumpleaños, desplomándose en el suelo. Y unas semanas más tarde me encuentro con su hija en Amalfi.

No puede ser, tiene que ser una broma que me está gastando la imaginación.

El pulso me late muy deprisa. He ido al baño a beber agua del grifo, pero siguen las náuseas.

¿Por qué dijo que era un monstruo? ¿Por lo de la Ayuda al Escritor? ¿O fue por otra razón? No me atrevo a concluir el pensamiento. Jamás me hubiera atrevido a acabar una de mis sinopsis con algo tan terrible. Hubiera superado a mi imaginación.

¿Por qué no debíamos vernos nunca más? Ella no podía *decirlo*, pero insinuó que uno de los dos tenía que morir. Yo pensaba que estaba muy alterada. Le había pedido que me hablara de su padre sólo para ganar tiempo, pero ella se estremeció y contestó que ya había dicho suficiente.

Siento náuseas, no por pensar en Beate, ni siquiera es ese encuentro amoroso en el Valle de los Molinos lo que me hace sentir mal. Yo soy el nauseabundo, me siento enfermo de mí mismo.

De nuevo he ido al baño a beber agua del grifo. Me he quedado un buen rato contemplando mi rostro en el espejo. He tenido que hacer esfuerzos para no

vomitarse en el lavabo. También yo tengo los pómulos altos. También yo tengo algo de los ojos de mi madre.

Son las cuatro. Tengo sudores fríos. Mi vida se me ha derrumbado por completo, sólo quedan los huesos.

Había puesto toda mi esperanza en el futuro con Beate, y ahora ya no queda nada.

Ella no se puso verdaderamente tensa hasta que le conté la historia de la hija del director del circo. Me dijo que no debería haberle contado ese cuento, que había sido una torpeza, una enorme torpeza por mi parte. No dijo que lo hubiera oído antes, pero tal vez fue eso lo que quiso decir, insinuó que no debería haber contado el cuento sobre la hija del director del circo aquella vez hace muchos, muchos años. Aunque ella no lo recordara, era probable que su madre le hubiera hablado de ese extraño señor que le había puesto el vestido mientras le contaba la historia de la niña que se perdió en lo más profundo de los bosques suecos y que por eso no pudo volver con su padre.

María ya no vive, pobre María, murió el 19 de febrero, el día de su cincuenta y ocho cumpleaños. No estaba enferma, pero el destino no quiso que se hiciera mayor. Tenía veintinueve años cuando Beate fue concebida, y Beate tenía ahora veintinueve años; no podía ser una casualidad.

María vivió sólo hasta que su hija tuvo la misma edad que tenía ella cuando, de un modo tan frívolo, permitió que El Araña la dejase embarazada. Entonces, tanto ella como la hija se topaban con su némesis. Era el castigo de la vergüenza, tan lógico como ineludible. Al mismo tiempo, también yo me encontraría con mi humillación. De esa manera los tres volveríamos a unirnos en la ignominia y la deshonra. Yo ya sabía que los elfos malignos y los ángeles de la muerte trabajan en estrecha colaboración.

Es probable que mañana sepa más sobre Wilhelmine Wittmann, pero sospecho que es Beate quien se esconde detrás de ese curioso seudónimo. Ése era su secreto.

María tenía cuentos en abundancia para compartir con su hija en el transcurso de los años en que convivieron. Tal vez algunos de ellos sirvieran como historias para antes de dormir, porque algunos de los cuentos que conté a María eran muy tiernos. Así todas mis historias tuvieron pronto un nuevo destino, y ahora Beate se estaba apoderando de ellas, una por una, primero *Das Schachgeheimnis* y luego *Dreifach Mord post mortem*. María no había dado señales de vida hasta que su hija fue adulta y capaz de escribir.

Beate se mostró un poco avergonzada al contarme que escribía, y yo debería ser el mayor especialista del mundo en ese tipo de vergüenzas. No es de

extrañar que uno se sienta avergonzado al publicar una historia como propia cuando en realidad ha sido robada de la boca de otro.

Triple asesinato post mortem. Me estremezco, me asusta mi propio título. En cierto modo, el triángulo ha recibido ya un azote de la fusta de la muerte. Pero quedamos dos, tres con El Metro.

Tengo que pedir permiso para levantar a la pobre niña del circo que acaba de desplomarse en la pista. Se desplomó sobre el serrín y allí la ultrajó el director del circo. Tras todos esos años de exilio había retornado a su propio padre, pero él interpretó tan mal el destino que la ultrajó. Él ya se había fugado del gran circo del libro en Bolonia. No habría más funciones.

Dentro de unas horas tal vez oiga la historia sobre una madre y una niña de casi tres años que durante algún tiempo vivieron en Suecia y luego se mudaron a Alemania. O tal vez nunca vivieran en Suecia; tal vez la hija de María naciese en Alemania, pues allí vivían entonces sus padres; también de eso me había olvidado.

Lo malo fue que no se me mantuvo al corriente. Lo fatal fue el intento de María de marcharse lejos de la monstruosa hilandería de seda para que El Araña nunca más volviera a atraparla. Yo ni siquiera debía saber el nombre de la niña, lo cual fue una terrible equivocación. Todo padre debe conocer el nombre de su hija.

Había otra equivocación más reciente, y ésa era mía: me había dejado cegar por el galimatías de Luigi sobre una conjura de escritores traicionados. Por eso no me había presentado debidamente a Beate. No se me había ocurrido la idea de que fuera a encontrarme de nuevo con «Orito». Nunca me había imaginado a la niña como una mujer, tampoco había pensado en la edad que tendría.

Es de noche, pero todavía oigo pasar alguna que otra moto por la carretera de la costa. Llevo un rato delante del ventanal mirando las luces de un barco que se mueve a lo lejos, desapareciendo de vez en cuando en la cresta de una ola para luego volver a aparecer. Hay media luna, está menguante y sin embargo dibuja una ancha franja plateada en el agua.

De nuevo me he sentado delante de la mesa. Estoy mirando un estúpido perchero que hay en la habitación, parece un espantapájaros y me hace sentir como un polluelo.

No tengo más deseo que el de vivir como un ser humano. Sólo quiero mirar los pájaros y los árboles y escuchar las risas de los niños. Quiero estar en el mundo, quiero dejar atrás toda la imaginación y sólo estar en el mundo. Primero tengo que rogar que me dejen ser algo tan normal como el padre de mi propia hija. Ella tal vez no vea más solución que romper toda relación

conmigo, no me resultará difícil entenderlo. Soy culpable, ¿pero no hay una pequeña diferencia entre la culpa subjetiva y la objetiva? Lo que le había hecho a Orito había sido una imprudencia, pero no intencionada.

Son las cinco. Ya no me quedan fuerzas. No importa, porque no tengo nada más que defender.

El hielo ha comenzado a agrietarse, y se está abriendo la fría y oscura profundidad bajo la superficie. Ya no se harán más piruetas. A partir de ahora tendré que aprender a nadar en las profundidades.

El Metro está delante de la chimenea francesa, con una expresión casi solemne. Por primera vez se ha puesto el bastón sobre el hombro, como si de una pesada carga se tratara. Me mira y dice: *¿Y ahora qué? ¿Vamos a recordar ya?*

Pero pienso que es imposible guardar un claro recuerdo de algo que sucedió cuando tenía sólo tres años. Miro al hombrecillo y digo: No puedo expresarlo con palabras. Me he olvidado del lenguaje que usaba entonces. Es un niño pequeño el que me grita en un lenguaje que ya no entiendo.

El hombrecillo dice: *¿Pero recuerdas algo?*

Es como una película, contesto. Es como si se tratara de unos metros de rollo de película.

Entonces escribiremos la sinopsis de ese trozo de película, señala El Metro.

Trago saliva. Pero será la última sinopsis de todas, pienso cuando me pongo a teclear:

Oslo, mediados de la década de los cincuenta, otoño. Petter, tres años, vive en un piso moderno de un bloque de viviendas con sus padres. El padre trabaja en las cocheras de los tranvías del barrio de Grefsen, y la madre trabaja a tiempo parcial en el Ayuntamiento.

Imágenes de una idílica vida familiar, de doce a quince minutos un picnic junto al lago de Sogn, excursión de domingo a Ullevålseter, etc. Imágenes de la madre y el padre saludando al nuevo vecino del primero. Tiene un perro labrador.

Temprano por la mañana: Petter y su padre están en la entrada preparados para salir. La madre (en bata) sale de la cocina con unos bocadillos para los dos. El de Petter lo mete en una pequeña mochila azul, que cuelga del hombro del niño, y la cierra con el cordel. Bromea con Petter, se agacha y le besa. Luego se incorpora, da al padre un breve beso en la boca y le desea un buen día.

Petter y su padre sentados en el autobús. Petter pregunta por qué tiene que ir

a la guardería. El padre dice que él tiene que ir a trabajar para cuidar de que todos los tranvías estén en buen estado, y que la madre tiene que ir a la lavandería a lavar la ropa, y luego a la peluquería. Petter dice que puede acompañar a su madre a la lavandería y a la peluquería, pero su padre dice que también Petter tiene que ir a trabajar. Su trabajo consiste en estar en la guardería y jugar con los demás niños. El padre reflexiona un instante y confía a su hijo que el juego de los niños es tan importante como el trabajo de los adultos.

Cuando llegan a la guardería se encuentran una nota en la puerta en la que pone que la guardería está cerrada porque las dos profesoras están enfermas. El padre lee la nota a Petter en voz alta. Luego le coge de la mano y dice que va a acompañarle a casa. Pasan por una repostería y compran panecillos recién hechos, unas lonchas de jamón de york, un paquete de pepinillos en vinagre (marca NORA) y cien gramos de ensaladilla rusa. El padre dice que él no tendrá tiempo de comer esas cosas tan buenas que acaban de comprar, que son para Petter y su madre.

Petter y su padre de nuevo en el autobús. Los dos están de buen humor, Petter aplasta la cara contra la ventanilla y mira a la gente, los coches (al menos un taxi), las bicicletas y una apisonadora (o sea: el gran mundo fuera del núcleo familiar).

Durante el camino de la parada del autobús a casa, el padre va silbando la melodía «Smile» de la película *Tiempos modernos* de Chaplin.

Suben por la escalera. A Petter le hace mucha ilusión volver con su madre. El padre abre la puerta del piso con la llave. La madre sale precipitadamente del cuarto de estar aterrada, se tapa con la bata, está casi desnuda. Pánico.

Punto de vista de Petter desde un metro de altura: los padres gritan y se dicen cosas terribles. También Petter grita para acallar a los adultos. Se refugia en el cuarto de estar, donde el nuevo vecino se levanta de la alfombra también desnudo, su ropa está tirada sobre un puf persa que hay delante de la estantería, sobre la que hay un viejo aparato de radio (marca Radionette), él se cubre con un libro de partituras (por ejemplo con la antología *Ópera sin palabras*).

Una escena tipo cine mudo con muchos gritos (punto de vista de Petter), pero sin palabras comprensibles. Los padres entran en el cuarto de estar. El padre abofetea a la madre y ésta cae y se golpea la cabeza con un viejo piano blanco. Empieza a sangrar por la boca. El vecino quiere intervenir, pero el padre arranca el teléfono de la pared y se lo tira a la cara, el vecino se lleva la mano a la nariz. Todos gritan, Petter también. Lo único que se oye son palabras feas, muy feas. Petter intenta superar a los adultos gritando las palabras más obscenas que conoce.

Petter se echa a llorar. Sale corriendo escaleras abajo. Llama a todos los timbres mientras grita: ¡POLICÍA, BOMBEROS, AMBULANCIA! ¡POLICÍA, BOMBEROS, AMBULANCIA!

Vuelve a entrar en el portal y baja corriendo al sótano. Sobre la puerta que da al sótano pone REFUGIO en letras verdes fosforescentes. Abre la puerta y se esconde detrás de unas bicicletas. Se queda sentado, inmóvil.

Petter sigue en cuclillas detrás de las bicicletas. Ha pasado mucho tiempo.

La madre entra en el sótano y lo encuentra. Los dos lloran desconsoladamente.

El niño no recuerda nada más, y yo no le puedo forzar. No puedo estar seguro de que sus recuerdos sean auténticos.

A El Metro se le ha caído el bastón al suelo, o lo ha depuesto para siempre, pues no lo vuelve a coger. Se queda mirándome con una mirada nostálgica, triste. Luego dice: *¡No digamos nada más por ahora!*

Al instante ha desaparecido, y sé que jamás volveré a verlo.

El suelo que estoy mirando está cubierto de azulejos verdes y rojos, y me pongo a contarlos.

He delimitado un cuadrado de 4 azulejos en medio del suelo, están rebosando, expandiéndose, como si desplazaran al resto del suelo, pero a la larga se vuelven monótonos. Aíslo 9 azulejos, 3 por 3 son 9. También esto resulta demasiado pobre, pues ¿cómo me van a contar algo a mí nueve azulejos? He delimitado un cuadrado de 16 azulejos, cada uno de ellos se encuentra ahora en un contexto superior, ellos no lo saben, pero yo sí. Da igual, pues ya he aislado un cuadrado de 25 azulejos. Escribo B, E, A, T y E en los cinco azulejos de arriba, intentando configurar un cuadrado mágico con las cinco letras, intento también con M, A, R, Í y A, pero las dos cosas me resultan tan complicadas que decido aplazarlo hasta que tenga más tiempo.

El suelo es tan grande que no me resulta difícil formar un cuadrado de 36 azulejos, tras apartar un par de zapatos. Los 36 azulejos pertenecen al hotel, pero el contexto superior me pertenece a mí. Puede que ningún huésped de este hotel se haya fijado antes en ese cuadrado tan armonioso, soy yo quien lo ha elevado a un contexto superior, al reino del espíritu y de la atención. Ese contexto superior no se encuentra en el suelo, sino que está a salvo dentro de mi cabeza. Los 36 azulejos del suelo toman prestado de mi alma un marco imaginario, pienso que soy generoso por llevarle la contabilidad. Mi mirada se mueve por los 36 azulejos, horizontal y verticalmente, y en diagonal. Los azulejos no se dan cuenta de que los estoy repasando con la mirada. He empezado por concentrarme en el azulejo número 13, es el primero de la tercera

fila. Tiene un pequeño defecto en la esquina inferior derecha, pero no tiene que preocuparse por ello, pienso, pues apenas hay un azulejo en el suelo que no tenga algún defecto. Los azulejos están tumbados de espaldas, con la nariz hacia arriba, de modo que no pueden verse entre ellos, juntos cubren un suelo entero, pero no necesitan relacionarse, aquí y ahora sólo se relacionan conmigo, y yo los contemplo uno por uno. Si divido el azulejo número 13 en diagonal en dos partes iguales, obtengo dos triángulos rectángulos, por supuesto son isósceles, pero no muevo un dedo, no soy el tipo de persona que destroza el inventario, aunque si sigo mirando ese azulejo, puede que lo haga añicos con la mirada. De nuevo me concentro en todo el tablero de seis por seis. Se pueden hacer muchas cosas con seis por seis azulejos, muchísimas, se podría, por ejemplo, escribir un cuento por cada uno de ellos, pienso, es fácil.

Aparto una silla y consigo concentrar mi atención en 49 azulejos. Puedo verlos todos a la vez, sin parpadear, creo que debo de tener un talento especial para observar azulejos. Sobre todo estoy satisfecho con este último cuadrado, y nunca lo olvidaré, pues 7 por 7 azulejos constituyen la verdad suprema, y nada menos que la solución de la propia existencia. La esencia de la existencia es un cuadrado compuesto por 49 azulejos verdes y rojos en la habitación número 15 del hotel Luna Convento, Amalfi. Echo un vistazo al perchero, pero sólo tengo que desviar la mirada de nuevo hacia el suelo y vuelvo a divisar el cuadrado, no se ha desplazado ni un milímetro; es porque mantengo la forma en mi mente, no está en el suelo, sino que la crea quien mueve la mirada. Si alguna vez me meten en la cárcel, nunca me aburriré mientras pueda volver a recordar este cuadrado de 49 azulejos. He visto el mundo. Si trazo una diagonal invisible desde la esquina superior derecha, es decir, desde el extremo del azulejo número 7 hasta la esquina inferior izquierda, es decir, el azulejo número 43, me quedo con dos triángulos rectángulos, eso ya lo he dicho, pues es exactamente igual que dividir un azulejo, un cuadrado es un cuadrado. Cada uno de los triángulos tiene dos catetos de 7 largos de azulejo. La suma de los cuadrados de los dos catetos es 98 largos de azulejo, pero no soy capaz de calcular la raíz cuadrada de 98. Cojo la pequeña calculadora de mi maletín de piloto. La raíz cuadrada de 98 es 9,8994949. La hipotenusa de los dos triángulos rectángulos es entonces 9,8994949 largos de azulejo. Bien, entonces lo sabemos, pero me parece extraño que la diagonal de 7 por 7 azulejos pueda ser un número tan feo, diría que es casi una emboscada, pero el caos siempre ha tendido a aplastar el cosmos desde dentro. Además ahora hay algo que no cuadra, es como si hubiese fantasmas actuando entre los azulejos, claro, es ese espíritu que vuela sobre los azulejos, pero no puedo dividir 49 azulejos entre 2, entonces, ¿cómo puede haber mitad de azulejos rojos y mitad verdes? Me siento confundido, he empezado a dudar de mi propia razón.

Me salva un orden aún superior, es un cuadrado de 64 azulejos, pero primero he de empujar un poco el escritorio de Ibsen; es pesado y suena como un trueno en mitad de la noche. 8 por 8 son 64, de eso no cabe duda, ahora hay 32 azulejos rojos y 32 azulejos verdes en cada cuadrado, y sin levantar un dedo he conseguido restaurar el equilibrio total entre el rojo y el verde, entre el verde y el rojo. Además, ahora podré jugar al ajedrez, tal vez ésa ha sido la intención desde el principio, el que jugara al ajedrez. Se me da muy bien jugar al ajedrez conmigo mismo, y sin fichas; siempre se me ha dado bien: primera, segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta, séptima y octava fila. Coloco las piezas blancas en la primera fila: a, b, c, d, e, f, g y h. Es fácil, controlo todo el tablero, y veo todos los escaques a la vez. Sitúo las piezas una por una sobre el tablero, no tardo nada en verlas nítidamente, están hechas de alabastro negro y blanco, y son bastante grandes, las figuras más grandes miden más de 30 centímetros de altura, son los reyes y las reinas.

Yo soy el rey blanco y me encuentro en la primera fila, me han colocado en un asiento rojo, en la entrada pone 1E, es una buena localidad, primera fila en el patio de butacas, faltaría más. En el gran escenario delante de mí están todas las demás piezas, me irrita un poco la densa fila de mis propios peones, están demasiado cerca de mí y huelen mal, pero arriba a la izquierda, vislumbro a la reina negra en 8D, también a ella le han dado un azulejo rojo donde ponerse, buena localidad también, pienso y la saludo con el brazo izquierdo, ella me devuelve distraída el saludo, lleva en la cabeza una brillante corona de oro macizo.

Las piezas ocupan ya sus puestos, y empieza la partida. Salgo con una apertura normal de rey: **e2-e4**, y ella responde igual de cortés, con **e7-e5**. Saco el caballo para proteger al peón: **b1-c3**, luego ella hace un movimiento sorprendente, pues lleva la reina de **d8** a **f6**. ¿Pero por qué lo hace? ¡Es agresiva, es atrevida! Muevo el peón de **d2** a **d3** con el fin de proteger al peón de **e4**, y ella responde sacando el alfil: **f8-c5**. ¿En qué está pensando la señora? Vuelvo a mover el caballo y amenazo a la reina, lo hago para intentar forzarla hacia atrás: **c3-d5**. Entonces ocurre, sin que tenga posibilidad alguna de cambiar nada: la reina baja y come un peón, **f6** se come a **f2**. La reina negra está muy cerca y me da jaque, huele a ciruelas y cerezas, pero no puedo tocarla, eso es lo terrible. He cometido el mayor error que puede cometer un jugador de ajedrez, no he pensado a largo plazo, y además, no he tenido en cuenta movimientos anteriores. He olvidado que la reina tiene un pasado, que es de alta cuna, que su casa está llena de sedas, y que tiene un alfil secreto en diagonal de **c5**, es el que en el momento de la verdad protege a la reina de ser derrotada. ¡Me ha dado jaque mate!

Ha sido una partida corta, demasiado corta. La reina negra me ha derrotado.

Soy culpable, no intencionadamente, sino por una grave imprudencia. Me avergüenzo. Así es, me avergüenzo, yo que siempre he señalado que la gente ya no tiene vergüenza, voy y cometo el acto más vil que un hombre puede cometer.

Me tumbé en la cama, conseguí dormir un par de horas. Al abrir los ojos fue como si despertara al primer o al último día de mi vida. Tuve un hermoso sueño sobre una niña que venía hacia mí con un gran ramo de zapatillas de la reina. ¿Era en el lago de Sogn, o fue en Suecia, junto a uno de los grandes lagos? Pero sólo fue un sueño.

He vuelto a sentarme junto al escritorio, son las nueve. He hecho el equipaje, bajaré a pedir la factura dentro de unos minutos. Si Beate no me permite dejar mi maletín de piloto en su habitación, iré a la comisaría a ver si puedo dejarlo allí. No lo dejaré en hotel. No me gustaría tener que volver a por algo.

Tengo la sensación de haber perdido un importante punto de apoyo. Ahora me acuerdo: ¿a qué hora y dónde iba a encontrarme con Beate? No lo acordamos. Sea como sea, he de salir de aquí, he de salir de mi propia conciencia.

Dejo el ordenador portátil en la habitación. Lo dejaré olvidado, o simplemente lo dejaré, que la gente se pregunte por qué. He borrado todos los archivos que deben desaparecer, pero no he borrado los que deben quedar. Hay muchí - simas obras completas. Hay sinopsis e ideas en abundancia, suficientes para decenas de obras, tal vez más. Puedo pegar una nota al ordenador en la que ponga que pertenece a todos los escritores del mundo. Por favor, sírvanse, podría poner, aquí todo es gratis. Que hagan lo que quieran, por lo que a mí respecta, pueden seguir bailando todo lo que quieran.

Pero cambio de idea. Pongo PARA BEATE en una nota amarilla que pego al ordenador. Yo, por mi parte, sólo deseo convertirme en un ser humano normal y corriente. Sólo deseo contemplar los pájaros y los árboles y escuchar las risas de los niños.

Alguien llama a la puerta. Un momento, digo, luego oigo la voz de Beate. Dice que me espera abajo en el jardín.

Es el primer o el último día de mi vida, no sé si atreverme a esperar que suceda el milagro. Grabo y salgo. Todo está listo. Está listo para el salto más grande.

Título original: *Sirkusdirektørens datter*

Edición en formato digital: noviembre de 2012

© Jostein Gaarder y H. Aschehoug & Co.
© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2002
© Ediciones Siruela, S. A., 2002, 2010, 2012
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-65-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

El vendedor de cuentos	4
Petter el Araña	10
María	39
Ayuda al Escritor	66
La escritura en la pared	102
Beate	119
Créditos	153